

Paola Sualvez

El azul intenso de tu

alma

UNIVERSO
de LETRAS 

TABLE OF CONTENTS

- [1. El guayacan rosado](#)
 - [2. La isla de las Marias](#)
 - [3. Culpa y tribulación](#)
 - [4. Coincidenciao destino](#)
 - [5. Cantarega](#)
 - [6. Las visionesde marienne](#)
 - [7. La escuela](#)
 - [8. Andreas](#)
 - [9. La historia de Patricio Gimenez](#)
 - [10. Isabel y Camilo](#)
 - [11. El jardín de Miriam](#)
 - [12. La fiesta](#)
 - [12. Lola](#)
 - [13. Tormenta](#)
 - [14. Almíbar de rosas](#)
 - [15. Renuncia y liberación](#)
- [Addendum](#)

Paola Sualvez

**EL AZUL INTENSO
DE TU ALMA**

El azul intenso de tu alma

Paola Sualvez

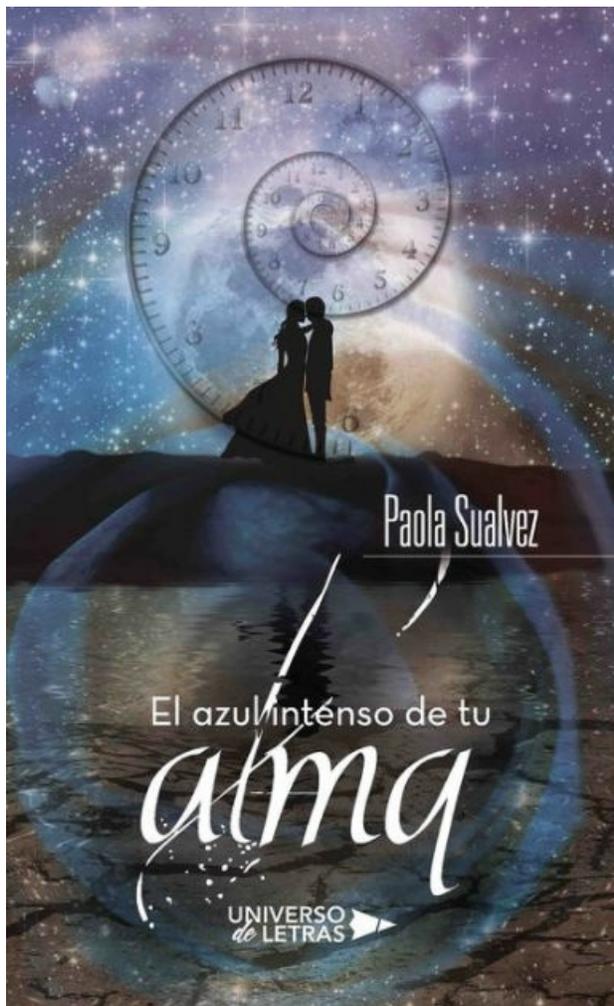
Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Paola Sualvez, 2017

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com



Primera edición: Noviembre, 2017

ISBN: 9788417139377

ISBN eBook: 9788417037871

“Yo también debí morir muchas veces, pero detrás de mí, para que no empleara mi conocimiento, habían cerrado las puertas”

RUDYARD KIPLING

El cuento más hermoso del mundo.

1. El guayacan rosado

La blusa púrpura, sublime y reveladora la hacía sentir excesiva. Sin embargo, quería impresionarlo. Esta sería la primera vez que se verían. Se ubicó, a la espera, en la barra. La mesa que había reservado estaba todavía vacía. No habían transcurrido cinco minutos cuando un ángel humano apareció de la nada. Se sentó y empezó a dar vueltas con su mirada hasta que tropezó con los ojos grandes que lo asediaban. Supo de inmediato que se trataba de ella, la mujer con la que esperaba pasar la noche, la mujer que lucía desinhibida y enteramente dispuesta.

Mientras que ella se decidió por una cerveza ligera, él optó por whiskey. El tono de su voz y su mirada relajaron los segundos y los minutos. Se sentía maravillado con la mujer. En realidad era mucho más hermosa en persona. Su belleza era tan natural como sus rizos que bailaban con la brisa; impetuosos y volátiles. Para Ignacia, por otro lado, el escepticismo se agigantaba con cada gesto, con cada sílaba. Se sentía incomoda, atosigada por sus preguntas. Cuando sintió la mano de él en su entrepierna, supo que hasta ahí llegaría la velada. Pensó que tal vez la blusa había sido muy sugestiva, que tal vez malinterpretó algo en sus palabras. Se dijo a sí misma que era el momento de marcharse, pero para él la noche apenas empezaba. Trató de disuadirla y de retenerla sosteniendo firmemente su muñeca. Aunque ella parecía inerte, algo en sus ojos lo dejó paralizado, frío, sin aliento. Ese mismo frío heló su mano hasta entumecerla, pero él no fue consciente de ello hasta mucho después, y en medio de la excitación lo único que hizo fue reclamarle a gritos al verla abandonar la mesa. Por fortuna, no hubo golpes ni sillas rotas cuando algunos pretendieron defenderla y lo retuvieron mientras se marchaba. Ignacia lo observó, a través del cristal denso azulado que apenas dejaba filtrar la escena, recomponiéndose, pellizcándose la mano, pidiendo más licor, y se hizo consciente aún más de lo fácil que es mentir cuando no se ve directamente a los ojos.

Aunque la esperaba un duro día de trabajo, quiso hablar un rato con Marienne antes de llegar a casa. Su trabajo como coordinadora de una Fundación-Escuela atrapaba todo su tiempo y su energía. Por ello, intentó pensar en los preparativos para iniciar el año escolar y, además, en que debía recibir al nuevo profesor de Lenguas que, al fin, habían asignado. Sin embargo, a su mente volvía, una y otra vez, la imagen del hombre que la había decepcionado.

Marienne era una de sus mejores amigas. Se había dedicado a buscar la verdad que los otros no querían aceptar: espectros poco densos, mujeres pequeñas aladas, enanillos de sombreros multicolores, habilidades poco corrientes como interpretar los silencios de los animales y de los hombres, en fin, toda una suerte de eventos y misterios que para muchos solo habitaban en su mente. Quizá por eso y lo poco agraciada que era no había conquistado más que a un gato gordo de color negro, con una mancha rojiza en el lomo, pero que era su único aliciente en una soledad sempiterna que disfrazaba de logro vital delante de los demás, menos frente a Ignacia con quien compartía sin timidez su insufrible necesidad de ser amada.

Marienne, que tenía por costumbre estar siempre lista por si alguien llegaba de visita,

la esperaba con chocolate caliente y panecillos de queso. Ignacia los devoró con ansiedad mientras le narraba su desagradable cita.

—A mí nunca me han gustado esas citas por chat. Debes estar agradecida que no trascendió a mayores ¿Te imaginas? ¡Nosotras corriendo ahora para inventarnos una nueva vida! —dijo Marienne un tanto contrariada.

—Tienes razón, pero pensé que era alguien que valía la pena conocer.

Las palabras naufragaron entre sorbos de chocolate y miradas al vacío hasta que Ignacia asumió una nueva postura: Le preguntó por sus logros recientes. Marienne le respondió con una negativa, señalándole el bonsái que destacaba sobre la repisa. Entonces, se acercó al pequeño árbol y al deslizar su mano sobre él; diminutos capullos rosados, que de inmediato florecían, desplegaron una fragancia indescriptible.

—Eres maravillosa —le dijo mientras se acercaba al guayacán rosado para aspirar su aroma—. Mira todo lo que eres capaz de hacer. ¿No le hiciste sufrir, aunque fuera un poquito?

—No mucho —dijo sonriendo—. Tú sabes, también como yo, que no debemos transgredir las leyes naturales porque lo que nos esperaría sería insufrible. Pero debo confesarte que hizo falta poco para que le hiciera verdadero daño. Menos mal no lo voy a volver a ver jamás.

—No estoy muy segura. Mientras hablabas, lo he sentido de nuevo en tu vida y más pronto de lo que imaginas.

—Por favor, no me digas eso. Apiádate de mí.

—Está bien. Olvídalo. Toma esto, guárdala en tu bolso —le dijo Marienne entregándole una estrella de badiana—. Te ayudará a relajarte.

—Gracias. Lo necesito.

—Y a todas estas, ¿de dónde sacaste esa blusa? —le preguntó, entre risas.

—Ocurrencias de Paloma —le dijo Ignacia que empezó sonriendo y se unió a la risotada de Marienne.

Ignacia decidió irse caminando hasta su casa. El camino, que no era muy largo, lo aprovechó para distraerse detallando las calles adoquinadas, amparadas por tenues luces amarillas, y los balcones cargados de trinitarias púrpuras, rosadas y malvas.

Cantarega era una ciudad embrujadora. Una pequeña península amurallada por el mar Caribe, siempre llena de extranjeros que, como ella, decidían quedarse a vivir en el paraíso terrenal. Su casa de fachada blanca e interior igual con algunas paredes en azul tenue quedaba en el centro de la ciudad. Era algo antigua, pero acogedora, plagada de obras de arte que, cuando debía, mostraba como imitaciones. En el centro de la casa deslumbraba el patio interior con una fuente. Dos ángeles cargaban unas vasijas a través de las cuales el agua caía en un ciclo sin fin que contemplaba por horas: Añorando el pasado, deleitándose con los recuerdos felices, con las palabras ausentes, con los aromas ya lejanos. El cansancio la venció de tal manera que no tuvo tiempo para nada más y al contacto con la almohada mullida y perfumada; las agonías del día se perdieron entre nubes y cantos de pájaros violetas.

...

El cristal roto refleja mi rostro... al tiempo que siento su sombra cubriéndome como una densa neblina... Mis latidos casi imperceptibles me recuerdan la razón de mi existencia... Volví a fallar y nuevamente el ciclo empieza. Mil rostros y voces atraviesan mis pensamientos... se transfiguran... pero es una sola alma, una sola energía...

2. La isla de las Marias

Mucho antes que el sol asomara su rostro, Ignacia había desayunado y estaba lista para partir. Se había decidido por el algodón blanco, perfecto para ampararse del calor que magullaba hasta las ideas, sobre todo cuando se aproximaba el medio día y seguía doblegando el ímpetu, en ocasiones, hasta entrada la noche. Debía emprender un viaje de un poco más de una hora para llegar a la escuela donde trabajaba, en una de las pequeñas islas aledañas a la ciudad. Con frecuencia, debía esperar que la pequeña embarcación completara todo el cupo para emprender el viaje porque de lo contrario no resultaba rentable para los nativos, mientras, aprovechaba el tiempo para leer o escuchar algo de música. Prefería la música clásica, en especial disfrutaba el concierto de Brandeburgo No. 3 de Bach; le encantaba el sonido de los violines al compás de las olas y de la brisa saturada de sal. Amaba esa ciudad, pues era el paraíso... pero sola, al mismo tiempo era el infierno.

—Hola.

Un saludo la trajo de vuelta a la pequeña embarcación y frente a los ojos del hombre que había pensado nunca volvería a ver. Se había sentado justo en frente de ella. Y no pudo dejar de admirar lo evidente; su cabello a medio peinar, su mirada dulce y a la vez agresiva y la fortaleza de su cuerpo.

—¡Tú!

Ignacia sin pensarlo se quitó sus audífonos, calzó sus sandalias y trató de pararse, pero al mismo tiempo el barquero zarpó y nuevamente quedó sentada donde estaba.

—Creo que ya no puedes hacer lo mismo de ayer.

Ignacia intentó ignorarlo, pero sentía que la miraba y rozaba sus pies a propósito. Él, por su parte, pensaba que había sido muy descortés, que quizás había malinterpretado sus señales y tal vez era un poco tímida, lo que para nada le agradaba, pues estaba acostumbrado a que las mujeres se rindieran ante él. Sin embargo, no podía negar que había algo en ella que le atraía sin entenderlo. Por eso, a sabiendas de que la incomodaba, seguía mirándola hasta desesperarla.

El viaje que era de unos cuarenta minutos se había convertido para Ignacia en un viaje de mil horas de martirio. Esperaba con ansía que no se bajara junto con ella. Deseaba que continuara su viaje a alguna de las otras islas. Algo en su interior se deshizo cuando el barquero le indicó a él que ahí debía quedarse. La postal de arena blanca pulida, bañada por el sol y las olas blanquísimas, infestada de cocoteros encorvados era la Isla de las Marías. Extasiado no pudo dejar de admirar la belleza novedosa para él, pero consuetudinaria para los demás. Ignacia pensó en su interior que su tragedia apenas comenzaba y se preguntaba hacia donde se dirigía, si más bien era una isla pequeña, aunque la mayor de todas las que integraban el archipiélago y en realidad a parte de las hermosas playas, un hotel pequeño pero lujoso, algunos negocios de ventas de artesanías y dos o tres restaurantes, no habían muchos sitios a donde ir. La duda la carcomía por dentro, pero lo último que haría sería preguntarle por su itinerario. Debe ser solo turismo, pensó. Luego de preguntarle algo al barquero se despidió de ella con una sonrisa. Se veía confundido, perdido. Lo vio acercarse a un grupo de lugareños. No es asunto mío, se dijo a sí misma mientras bajaba del bote.

Ignacia seguía a distancia lo que hacía hasta que sintió la voz de Andreas, el dueño del hotel.

Nunca dejaría de arrepentirse de haber salido un par de veces con aquel hombre que, aunque atractivo, parecía llevar una vida poco ejemplar. Existían rumores de que su dinero no provenía de actividades lícitas y había ido a parar a esas tierras solo por la necesidad de ocultarse tras una fachada de bonachón y filántropo, que levantaba suspicacias. Y, además, había algo en él que le causaba incertidumbre y no le permitía aceptarlo, aun cuando él le insistía una y otra vez.

Andreas era un hombre de unos cincuenta años, delgado sin ser atlético y con una sonrisa eterna. También era extranjero, pero nunca revelaba su verdadero origen y su acento era tan neutro que prácticamente era imposible definir su procedencia. Al escuchar a Andreas, Ignacia tuvo que detenerse, se saludaron y cruzaron unas cuantas palabras. Le ofrecía el hotel para la fiesta de bienvenida que ella, como coordinadora, les organizaba a los pequeños al inicio del año escolar; así animaba a los pequeños y a sus padres a no abandonar la escuela para ir a trabajar o tomar otros caminos realmente siniestros. No quería aceptar, pero pensó en los niños y se rindió ante la propuesta de Andreas. Feliz, la estrechó contra sí y la abrazó con vehemencia, porque parecía que Ignacia, al fin, cedía a sus proposiciones.

Desde donde estaba, a la sombra de un tendal, él veía toda la escena y pensaba, con algo de alivio, que no se había equivocado la noche anterior al haberla tratado de esa manera.

...

Es tiempo de tomar decisiones y no dejar el destino al azar. No puedo mantener esta incertidumbre mientras mi corazón sangra lentamente y el oxígeno ya no me alcanza ni para caminar hasta la quebrada. ¿Por qué no se ha dado cuenta de que soy yo? ¿Qué le falta para constatarlo?, si ha naufragado en mis ojos y ha escuchado mis susurros al oído. Hemos dormido juntos más de cien veces y me he entregado a él en todas las formas posibles. He cedido incluso, aun sabiendo que Yuldor puede asesinarlos. Nunca lo hubiera permitido, pero apenas lo vi lo reconocí. Otra oportunidad de estar con él, de recuperar lo vivido, de lograr salir de este círculo grotesco. No puedo negarme a sus pretensiones, a nada de lo que me pide. Además, en parte yo soy la culpable de su trasegar infinito. ¿Por qué apareció ahora que estoy casada? Y nada menos que con este monstruo con el que no he avanzado nada. Su alma es oscura y siniestra. Me imagino que de niño les arrancaba las patas a las hormigas y disfrutaba su sufrimiento. Tenía dieciocho años cuando me acerqué a él. Un mes después ya era su mujer. Era lo que tenía que hacer, violé las leyes naturales y en mi trasegar debo recuperar o al menos inducir al bien a no sé cuántas almas. Mi vida con Yuldor no puedo decir que haya sido una tortura. Conmigo es diferente, se doblega ante mí a pesar de su crueldad. He caminado por todos los vericuetos de sus sinsabores. Y es que, increíblemente, tiene sentimientos. Nadie podría creerlo. Alguien capaz de hacer todo lo que hace de esa manera tan fría causa terror. Antes era una bestia y ese rezago permanece en su alma que apenas empieza a conectarse con el dolor humano. Yo he tratado de ser una guía porque su camino es muy largo. A mí no me exige nada en absoluto. Me mira a los ojos y su energía se apacigua mientras adquiere ligeras tonalidades azuladas, visibles para mí, pero solo son instantáneas porque nuevamente se torna rojiza y fría. Tan fría que su cercanía duele. Al grupo se unió Alexis el mes pasado. ¿Cómo ha sido posible? Los dos vamos a terminar muertos. Otra vez se va a repetir la historia. Y lo peor es que Alexis también es un desalmado. Si percibiera que soy yo, todo se acabaría y podríamos regresar a la Fuente Suprema. Pero no. Está tras la cabeza de Yuldor. Han ofrecido mucho dinero por él. Demasiado dinero. Incluso me ha pedido que lo ayude. No tiene ni idea. Lo material no tiene ninguna transcendencia. No sirve para nada. Este castigo de permanecer aquí por miles de años, y en el caso de ellos; ese ir y venir sin freno, no lo compensa nada. Está tan mal como la inmensa mayoría. Yo no puedo hacer nada, si él no llega por sí mismo a la luz que todo lo devela. Esta noche volveremos a encontrarnos aprovechando que Yuldor viaja a una aldea cercana a recaudar sus "impuestos". Isidora, aunque no está de acuerdo, termina cediendo a mis peticiones y nos acolita en todo para ver si ella también puede irse ya. Cada vez soporta menos la tragedia humana. Esta epopeya escrita con la sangre de niños, mujeres y hombres que no tienen la culpa de nada es un sitio común en la historia del hombre. Pero debe seguir a mi lado hasta que pague todo el daño que causé. Son las diez en punto. Alexis no llega y es tan extraño. Su única cualidad loable es la puntualidad. La algarabía de la gente pidiendo la muerte de alguien me hace salir de mi resguardo para encontrarme con la escena más aterradorante. Alexis está en el suelo bañado en sangre mientras Yuldor lo sigue agrediendo sin compasión. En medio de la agonía Alexis levanta la mirada y me observa. Es solo una fracción de segundo, pero suficiente para que Yuldor lo confirme todo, pues me desplomo en medio de un silencio ensordecedor. La sangre se cuele por mi abrigo y forma un río que choca con una piedra. Yuldor me besa en la boca y derrama una lágrima sobre mi mejilla. Luego siento el cuerpo de Alexis cerca de mí. Aún está vivo. Me susurra algo, pero ya no hay remedio.

3. Culpa y tribulación

La soledad de la escuela se hacía estrepitosa al caminar por el pasillo y comprobar que las risas y los sueños ausentes eran el alma de aquella casona. Ignacia, que a veces reanudaba labores antes que el resto del personal, la aprovechaba para enfocarse en nuevos proyectos con el fin de disminuir las deserciones provocadas por la incredulidad de los padres al no ver un beneficio tangible e inmediato en la educación de sus hijos. Al mismo tiempo, esperaba al nuevo docente que habían asignado, pero que quizás se había arrepentido como solía pasar con la mayoría. Ya era bastante tarde. Y era comprensible, el salario no era bueno y el trabajo si era mucho. Pocos se aventuraban a enseñar en medio de tanta escasez e incertidumbre. En medio de su caos particular apareció el nuevo profesor. Aunque la sorpresa fue mutua, Ignacia recordó las palabras proféticas de Marienne. Trató de tomar la situación con serenidad y de hojear el curriculum que había llegado antes de salir de vacaciones. Alejandro Juan del Castillo. 22 años. Oriundo de Villa Amberes. (Fue la información que pudo recabar antes de enfrentarse a la mirada escrutadora del hombre que se había sentado frente a ella.)

—¡Qué casualidad! —dijo Alejandro con sarcasmo—. Mi jefa.

—Las casualidades no existen. Son fragmentaciones anti-sentido del espacio-tiempo.

Ignacia esbozó una sonrisa que le hizo sentir temor a Alejandro y ganas de irse, pero se dijo a si mismo que tomaría todo con naturalidad. Necesitaba quedarse en la ciudad, tenía muchos asuntos pendientes que ya no podía seguir evadiendo.

—Tienes muy buena imaginación, pero parece que nada de sentido del humor ¿No podemos empezar de nuevo? Me dejé llevar por el licor. Además, tienes que reconocer que estabas vestida de una forma... y te estabas insinuando demasiado.

—Eres muy machista. Una mujer puede vestirse como quiera y, además, yo no me arrojé sobre ti. De cualquiera forma, lo que pasó, ya pasó. Y estás designado a esta escuela. ¿Hay otro profesor de Lenguaje disponible? No, no lo hay. Entonces, no nos queda más remedio que olvidar —le dijo Ignacia mientras le extendía la mano, se perdía en la profundidad de sus ojos y le sonreía. Un silencio mutuo se hizo cómplice del minuto en que ambos se sintieron extasiados, pero que se disolvió cuando Ignacia bajó su mirada para enterrarla en los papeles que tenía sobre el escritorio.

—Veo que eres licenciado en Filología... —dijo Ignacia mientras terminaba de leer su hoja de vida.

—Así es. Recién me gradúo y quiero ganar experiencia en esta fundación, aunque no lo creas, me preocupa la niñez desamparada.

Se sintió tentada a hacer uno de sus comentarios acusadores, pero se abstuvo. Ella también se sentía culpable porque Alejandro tenía razón, esas citas muchas veces culminaban en sexo casual o... en las páginas rojas de los diarios. No podía creer que por prestarle atención a Paloma hubiera terminado en esa situación tan absurda, sobre todo ella que parecía tan centrada.

—Vamos a verificar que todos tus documentos estén completos —le dijo Ignacia mientras rectificaba la carpeta que Alejandro le entregó, cuando él intencionalmente rozó sus manos en medio de un ligero temblor que lo había sacudido por dentro sin

explicación aparente.

Enseguida Ignacia se dedicó a resolver lo concerniente a la programación académica, al horario y otros temas relacionados con el inicio de clases. También le hizo ver la importancia de no limitarse a transmitir un conocimiento, sino a entender y a buscar soluciones a sus problemas. Le narró algunas de sus experiencias, en especial la vivida con Lucía, una niña de ocho años que tenía muy bajo rendimiento y a la que no parecía importarle la escuela, pero que gracias a su seguimiento pudo descubrirse que en realidad se trataba de un problema visual que había pasado desapercibido por mucho tiempo.

Mientras hablaban Ignacia hizo un gesto como si hubiera recordado algo, se levantó y se dirigió a uno de los archivadores, sacó unos cuantos documentos, imprimió una carta, la firmó y la sumó al resto de papeles dentro de una carpeta que cuidadosamente había seleccionado, todo lo cual depositó a un lado del escritorio. Alejandro solo se limitó a ver lo que hacía, pensaba que tendría que hacer quien sabe cuántos trámites adicionales para su contrato. Supuso que Ignacia aprovecharía la situación para vengarse y hacerlo transitar por infinitos ciclos burocráticos. Sin embargo, a los pocos minutos apareció, una joven desgarbada con una camiseta repleta de colores estrambóticos.

—Gracias a Dios, todavía te encuentro aquí, Ignacia. Imagínate que necesito una copia de mi hoja de vida y una referencia para unas clases privadas. Me van a pagar muy bien, pero no me van a dar nada, sino llevo estos papeles.

—Toma, Isabel ¿Cuándo vas a ser más precavida con estos asuntos? No puedo estar pendiente de todo lo tuyo —le dijo Ignacia.

Solo entonces Isabel, aparentemente, se percató del joven que estaba sentado a su lado.

—Ignacia —dijo Isabel señalándole con la mirada a Alejandro.

—Isabel, la profesora de Arte; Alejandro, el nuevo profesor de Lenguaje —dijo Ignacia, con desgano, mientras volvía a escribir en su agenda.

—Hola, ¿cómo estás? —dijo Alejandro sonriente.

—Bien, tú no eres de por aquí ¿cierto?

—¿Por qué lo dices?

—Mírate, espera unas semanas y verás como terminarás bronceado como nosotras — Alejandro sonrió y solo en ese momento detalló el tono acanelado de la piel de Ignacia. No había encontrado, hasta ese momento, la razón por la que no podía evitar mirarla, descubriendo nuevos detalles de su apariencia que en un principio le habían pasado desapercibidos; la sonrisa diáfana, el cabello delicadamente recogido en una trenza y la delicadeza de sus gestos.

Isabel se despidió deseándole a Alejandro éxitos en su nuevo trabajo.

—Es muy simpática —dijo Alejandro.

—Sí, es muy especial. Seguramente harán buena amistad. Aunque no seas de aquí, la amabilidad y espontaneidad de la gente terminan contagiándote.

—Eso espero.

—Te lo digo yo que tengo varios años viviendo en este paraíso.

—Entonces, tengo esperanza de que seamos amigos.

—Tampoco exageremos —le dijo sonriendo.

- Y ¿cómo supiste que ella vendría?
- Intuición, simple intuición.
- También te contagiarás de ella —le dijo Ignacia entre risas.
- Ya veo que esta experiencia será más que enriquecedora.

Alejandro tenía un asunto que le preocupaba; encontrar un sitio estable y cómodo donde quedarse y organizarse. Le trasladó su preocupación a Ignacia y si bien estuvo tentada a ayudarlo, quizá con una de las habitaciones que sobraban en su casa, pensó que lo mejor era limitar el trato a lo laboral y mantenerse distante por todas esas sensaciones que le producía. Alejandro, por su parte, sentía que algo en ella lo seducía de una forma extraña, nueva para él. Pensaba que tal vez esos treinta años o más que tenía le daban un aura de sabiduría, de paz, que lo llamaban a contemplarla, a sentirse bien en su presencia. Al poco rato de haberse marchado, apareció nuevamente Isabel.

- ¿Qué quieres de nuevo? —le preguntó Ignacia llena de ira.
- Hablar contigo.
- Está bien, pero primero, te voy a rogar el favor de que no vuelvas a hacer eso... Nunca más, ¿me entiendes?
- Recuerda que soy tu guardiana —le dijo Isabel.
- ¿Cómo lo voy a olvidar? Si no me dejas respirar. Por favor, déjame tranquila.
- Regresemos entonces, ya has pagado lo que debías. De lo contrario no me queda más remedio que acompañarte aquí... ¿Por cuánto tiempo? ¿un siglo? ¿dos quizás?
- Déjame vivir esta vida, al menos como quiero. No sé de qué te preocupas... Esta ciudad a pesar del tiempo es como nuestro hogar. No hay ningún peligro. Por favor, déjame en paz y no te metas en mi mente. Isabel no sabes lo difícil que es todo esto para mí.
- ¿Solo para ti? ¿acaso no he tenido que padecer también toda clase de sufrimientos únicamente para protegerte? ¿No lo reconoces verdad? ¿no has visto a través de sus ojos?
- ¿Ahora qué pasó? —le dijo Ignacia sin mirarla, con los ojos sobre el computador.
- El muchacho. El muchacho —le dijo Isabel tomando el pisapapeles en su mano.
- ¿Alejandro?

Ignacia detuvo su mirada en los ojos de Isabel. Y al tiempo que varios rostros llegaron a su mente, el rostro de Gabriel se instaló como una ventisca que estremeció su cuerpo.

- ¡No es posible!
- Sí. No entiendo que ha ocurrido que ahora no puedes reconocerlo. Quizás es a causa de lo que hizo la última vez que se encontraron.
- Todo esto es mi culpa... Jamás hubiera querido hacer tanto daño... Nunca imaginé que esto trascendería de esta manera.

Ignacia sintió que la vida se le iba por instantes, que el mundo se esfumaba frente a sus ojos, que su única realidad se distorsionaba y que el aire ya no era suficiente para respirar. Salió corriendo hacia la playa solitaria que estaba detrás de la escuela y se detuvo frente al mar cuando sintió el contacto del agua cálida, viva. No podía creerlo. Nuevamente, frente a Gabriel. Ahora todo era más claro, el porqué de esa extraña sensación en su presencia, el porqué de la visión de Marienne...

Su confusión llegaba a tal grado que lo primero que pensó fue en buscarlo, pero casi

de inmediato apareció Isabel para recordarle su realidad y la de Alejandro.

—Ignacia, no debo recordártelo... Tú lo sabes —le dijo Isabel.

—Sí... No debo tratar de influir en sus sentimientos ni cambiar el curso de los eventos y mucho menos recordarle quien soy... pero no puedo, no puedo Isabel... Quisiera hablar con él... Decirle todo —dijo Ignacia ente sollozos.

—La decisión depende de ti, solo de ti... Yo solo estoy aquí para aconsejarte, para guiarte... Tú decides... y ten presente que, aunque es tu deber reencontrarte con él para liberarlo, sabes que puedes renunciar.

—¿Y dejarlo aquí para siempre? ¿Qué sugieres... que me olvide de él y ni siquiera lo intente? —Enfurecida le contestó Ignacia.

—Tú sabes bien que encendida esta espiral, tu voluntad se rendirá ante él y no sabemos que tanto ha cambiado... para bien o para mal...

—Y si esta vez fuera diferente. ¿No existe alguna posibilidad? —Ignacia le preguntó esperando encontrar alguna voz de aliento.

—¿Cómo podríamos saberlo? La vida es un libro por escribir, pero en el que no se pueden hacer enmendaduras, aclaraciones ni adendas.

—No entiendo nada. ¿Por qué no lo reconocí?

—No te angusties, estoy segura que encontraremos una explicación a todo esto.

Las dos se quedaron mirando el horizonte de tenues naranjas y rosas encendidos, con los pies sumergidos en el agua templada, conforme iban y venían las olas que se suicidaban sobre la arena blanca, sin musitar palabra alguna y temerosas del futuro ahora que, mucho antes de lo esperado, Gabriel había llegado nuevamente a sus vidas.

...

Este viaje ha sido interminable. Tengo hambre y sed. Los demás, sobre todo los que tienen heridas por cuenta de los latigazos, están casi muriendo. ¿Cómo es posible? ¿Por qué tanta crueldad? ¿Cómo creer que por ser diferentes nos pueden tratar como animales? No hay diferencias. Todos sentimos y amamos igual. ¿Cómo puede alguien creerse superior a otro? Las luces de sus almas están casi extinguiéndose. En mis brazos, sin poder hacer prácticamente nada, muere una joven de quizás catorce. Al fin, nos detenemos y una luz penetra al interior del infierno. Pero en realidad las puertas se abren ante un nivel superior de maldad que hace crepitar la médula de los huesos. La ignominia no tiene nombre. Nos registran, nos tiran baldados de agua, nos meten los dedos a la boca para contar nuestros dientes. Yo siento náuseas. Unos nuevos harapos cuelgan de nuestros emaciados cuerpos y nos untan con algo lustroso, para que nuestra piel no demuestre la verdad de nuestro sufrimiento. Sí, porque yo también he sufrido al verlos sufrir de una forma tan inmisericorde.

Nos hacen caminar encadenados hasta una pequeña plaza donde se agolpa una multitud cuyo barullo desplaza cualquier pensamiento. De uno en uno, van ofreciendo la mercancía. Nos observan y reparan con detalle. Luego de la compra, observo como la esculcan y revisan para devolverla sino cumple con lo esperado. Llega mi turno. Mi belleza es sublime. Y la algarabía se arrecia y todos ofrecen y ofrecen. Un hombre joven, pero de aspecto duro, ofrece una cantidad que nadie puede superar. Me bajan con rudeza de la tarima. El hombre entrega algo escrito, aparentemente, diciéndoles que envíen a alguien a la hacienda a cobrar. Me mira, aunque no ve mis ojos. Uno de sus acompañantes pretendía tocarme, pero lo impide. Cuando por fin su mirada choca con mis ojos, me lleno de terror... Está vacío... Le ordena a uno de sus empleados que me suba a una mula. Le recalca que su mercancía es demasiado costosa y no quiere que nada le pase. Mientras, lo veo partir en su caballo no sé a dónde.

El camino está plagado de cocoteros y un sol que molesta tanto como los silbidos del hombre que guía el camino. Al poco rato se une al grupo el hombre que me ha comprado. Se me acerca, pasa su mano por mi pierna y la aprieta con fuerza, me golpea suavemente y emprende el galope hasta que ya no se le ve. Cuando llegamos hay tantas bongas, plátanos y laureles como siempre. Ya había vivido aquí, pero yo era diferente. En la entrada está Ismena esperando, callada, pero con la mirada puesta en mis ojos. Me reconoce de inmediato. Y le sonrío. El hombre desaliñado y sucio me deja con ella. Ya no hay vuelta atrás, otra vez el juego comienza. Me toma de la mano y me sacude con fuerza. Haciéndome ver que no han pasado cuatro meses desde mi muerte y Raúl no ha cambiado en nada. Está enfurecida porque la abandoné sin contarle lo que planeaba. En realidad yo tampoco sé muy bien que pasó.

Me veo de nuevo en el infierno apiñada contra otros esclavos, sin poder moverme y viviendo la barbarie. Como si la esperanza y la vida se hubieran marchado muy lejos, pero con la capacidad de sentir el dolor y el sufrimiento de las más de cuatrocientas almas embebidas en cuerpos astillados por la maldad humana... Reviviendo todo... hasta que Ismena cae al piso, casi sin aire, en medio de sollozos... respirando con dificultad y con las palabras entrecortadas. Me pide que la perdone. Tampoco entiende que ocurre... ¿porque nuevamente estoy aquí? Ismena solo esperaba mi regreso para marcharnos. Ahora me implora que nos vayamos. No soporta más tanto sadismo. Y el hecho de no poder intervenir la enferma, la asfixia, le hace crujir los dientes. Yo le sostengo la mano y su energía empieza a fluir sin prisa, sin angustia. Me dice que el hombre joven es el hermano de Raúl. Los dos hermanos se han convertido en los esclavistas más crueles y sanguinarios de toda la región. Una esclava llega a la estancia y me

dice que la siga. Las escaleras me traen recuerdos, muy vívidos, de mi última muerte. Rodé por ellas, luego que Raúl me arrojara como si fuera una muñeca de trapo. Los recuerdos huyen y queda el presente. Debo arreglar la habitación y disponer todo para el regreso del señor. La jovencita me deja sola.

Yo era su esposa. Y debía de alguna manera hacerle entender el mal que hacía. Todos sus crímenes se le cobrarían una y otra vez cuando renaciera. Yo tendría que estar ahí todas esas veces hasta que me reconociera con el alma iluminada. Nunca debió pasar lo que pasó. Fue mi error que se paga con mil renacimientos el que nos llevó a su miserable y espantosa existencia.

Las sábanas blancas y la pulcritud de las almohadas contrastan con el veneno y la violencia que albergan las paredes y los muebles de la casa. No hay niños ni alegría. Nada que emane vida o algo de espiritualidad. Mi foto cuelga en la inmensidad de una pared vacía. Ni siquiera ahí estoy sonriendo. La fuerza de una mano que aprisiona mi brazo me hace volver al presente. Es el hermano menor de Raúl, ahora lo reconozco. La última vez que lo vi era un mozuelo. Me pide que le sirva agua mientras se lanza sobre la cama. Al llevarle el agua, nuevamente me aprieta la pierna y me tira sobre él. Me abraza con una fuerza tal que siento crepitar mis huesos. El temblor que revela mi miedo y recorre todo mi cuerpo lo hace soltar una carcajada mientras me echa de su lado.

Aterrorizada recojo la platería que se ha caído. Me dice sin aspavientos que soy un regalo para su hermano; me toma de la cabeza y me besa hasta hacerme sangrar. Me mira, me abraza con fuerza y con sus labios limpia las evidencias de su atrocidad. Siento su respiración agitada en mi oído y sus manos delineando mi delgada figura. Luego se detiene. Me mira de nuevo, esta vez con furia, y se marcha. Yo caigo sin aliento al piso con lágrimas adoloridas que se deslizan quedamente por el temor.

Unos pasos frenéticos y fuertes me llenan de terror, es Raúl. Ha regresado de su viaje y viene en busca de su nueva compra. Me sorprende limpiando uno de sus retratos. Me toma del brazo y me acerca a él con brusquedad; examina mi piel y mis dientes y ve la marca en mi labio. Se enfurece y me tira contra el piso. Al salir de la habitación empieza a vociferar y a llamar a Martín su hermano. Desde la ventana, los observo discutir y veo cuando Raúl sale en su caballo. Martín alcanza a verme y con los ojos llenos de ira me arroja mil veces a un barranco sin fin. Siento temor. Un helor me quiebra por dentro. Martín me tira de los cabellos y me arrastra por todo el pasillo. Ismena no puede hacer nada. Estoy de rodillas y mientras muere mis labios, sin compasión, descarga su arma sobre mi costado.

4. Coincidencia o destino

Alejandro decidió tomar un descanso antes de comer algo e iniciar la búsqueda de los hospedajes que Ignacia le había recomendado. La habitación, que lo había cobijado durante esos dos días en Cantarega, estaba pintada de amarillo ocre con algunas acuarelas de poca calidad en las que se veían paisajes marinos con diminutos barcos, gaviotas y palmeras retorcidas, pero había un óleo pequeño en el que se veía una mujer recogiendo peras que le pareció familiar y no pudo evitar el deseo de deslizar su mano sobre éste. Por un momento, la mujer le recordó a Ignacia y pensó que estaba comenzando a entrar en un terreno de arena movediza con una mujer que apenas conocía y por la que no sabía realmente lo que sentía.

En su vida era común saber las cosas antes de tiempo. A veces tenía la extraña sensación de haber visitado con anterioridad ciertos lugares. Otras, creía firmemente, sin recordar en donde, haber conocido mucho antes a personas que recién le presentaban. En fin, aunque era de mente abierta esas sensaciones le causaban cierta incertidumbre, pero prefería no prestarles atención. Su vida era, en apariencia, como la de cualquier otro muchacho de su edad, la red era su delirio y su atractivo físico le daba ventaja sobre las mujeres. Sin embargo, por primera vez, una mujer le producía emociones exuberantes y volcánicas, al tiempo que tenía la sensación extraña de conocerla de siempre.

Llegó a ella a través de una comunidad que estaba muy de moda. En segundos, su imagen trastocó algo en su interior. Durante esa semana, previa al viaje, permanecieron horas conectados en un chat de todo lo que se les ocurría; música, cine y la búsqueda frenética del amor, que él había interpretado realmente como sexo. Se había imaginado una aventura amorosa que le hiciera olvidar sus angustias. La experiencia laboral como maestro de Lenguaje en la Isla de las Marías, no era la única razón para su viaje, también había otra razón muy poderosa, más bien la verdadera razón para su viaje a Cantarega. Aunque trataba de no pensar en ello por el momento y solo se interesaba en disfrutar de la novedad y de las posibilidades que le ofrecía ese paraíso, lo cierto era que regresaba al país porque, por primera vez, debía participar personalmente en uno de los negocios de su familia.

Miró su Patek Philippe y constató que eran casi las siete de la noche. Había esperado mucho la llamada que supuso ya la harían al día siguiente. Salió en busca del pequeño bistró que por azar había encontrado a su llegada y en el que la especialidad eran unos deliciosos bollos rellenos de pollo y verduras y una incomparable bebida cítrica; mezcla de naranjas, limas y mandarinas. Los callejones y las placitas donde se daban cita los enamorados y en ocasiones presentaciones espontáneas de poesía, teatro o danza seducían los sentidos de los transeúntes que en la noche disfrutaban del centro de la ciudad. Alejandro no era ajeno a ese jolgorio y pese a que se desvivía por todo eso, se sentía cansado y prefirió solo sentarse a comer. Aprovechó para hojear el periódico del día mientras esperaba su pedido. Nada nuevo, calamidades y la crisis financiera global, pensó para sí y de inmediato dejó de leerlo, lo acomodó y fue a

dejarlo donde estaban apilados los demás. No vio la mujer que pasaba cerca de su mesa y al chocar hizo que toda la bebida que la mujer sostenía se derramara sobre el vestido blanco que llevaba puesto.

—Pero cómo se le ocurre, ¿por qué no se fija por dónde camina? —dijo la mujer furiosa, sin levantar la cabeza, tratando de despejarse el vestido que se había mojado en toda la parte de enfrente.

—Ignacia —dijo Alejandro consternado—. No puede ser. Soy un imbécil.

Ignacia se detuvo, por un instante, en sus ojos y comprobó lo que Isabel le había revelado. No le habló. Salió del bistró a paso lento, pero seguro, decidida a evitarlo esa noche como fuera. Alejandro la observó desesperado mientras le pagaba a la mesera. Tomó solo el pastelillo, que había pedido para llevar, y salió a la entrada para ver si la alcanzaba. A la izquierda, a unos cuantos metros alcanzó a verla y corrió hasta ella.

—Ignacia, por favor, mírame. ¿No vas a creer que esto fue a propósito? —le dijo Alejandro siguiéndole el paso rápido que llevaba.

Ignacia no le contestaba ni lo miraba. Su casa estaba muy cerca y cuando llegó a la entrada, cayó en cuenta de que lo había conducido, directamente, hasta allí. Sacó de su bolso las llaves, pero no encontraba la correcta y tuvo que insistir con varias antes de hallarla y lograr abrir el portón de madera tallada. Siguió caminando por el pasillo, como si estuviera sola, encendió las luces y se perdió en el interior de la casa. Alejandro aunque pensaba en la furia que debía sentir por los malos ratos que le había hecho pasar, la siguió con la mirada. Cuando decidió cruzar el umbral en busca de Ignacia, sintió una corriente de aire tan cálida y estremecedora, que lo llevó ante la imagen de una mujer bellísima, ataviada con vestiduras de otro siglo; recorría el pasillo en dirección hacia él hasta que atravesó su cuerpo como si se tratara de una aparición. Súbitamente, se encontró de nuevo frente a Ignacia. Vestía de lino azul celeste, usaba sandalias tres puntadas y el cabello castaño, largo y rizado lo traía medio recogido con una mariposa de cristales Swarovzki tornasolados.

—Por favor, perdóname —fue lo primero que pudo decir Alejandro en medio de la excitación que le producía su cercanía. Ni siquiera fue consciente de lo inexplicablemente rápido que había regresado.

—Solo vine a cambiarme y ya que llegaste hasta aquí, si quieres te acompaño a buscar el hospedaje... o si lo vas a hacer mañana... —le dijo sonriente.

—Sí, sí... realmente te lo agradecería. Me sorprendes, pensaba que me odiabas.

—¿Por qué te odiaría? Lo importante de las equivocaciones es reconocerlas. No repetir los errores. ¿Dime, volverías a comportarte así conmigo? —le preguntó Ignacia, aunque por experiencia sabía que en el caso de Alejandro la balanza se inclinaba siempre hacia el desastre.

—Jamás —le dijo sonriendo, pero con un temblor inexplicable que recorría todo su cuerpo.

Alejandro le cedió el paso a Ignacia. Mientras rozaba a escondidas con la punta de los dedos sus rizos castaños sintió la necesidad, por un instante, de aspirar el perfume de sus cabellos y de todo su cuerpo para calmar su ansiedad.

—Pero primero llegamos donde una amiga mía... Tengo que llevarle algo.

—Claro. Como tú digas —dijo Alejandro. Las emociones que lo embriagaban se

estaban arraigando poco a poco, pero con firmeza en su interior. Se desplegaban y se extendían como las alas de las aves que intentan surcar el océano para sobrevivir, para no morir de hambre.

...

Un rumor de hojas secas se desvanecía con el viento. La frescura de la mañana dibujaba un día sin prisas ni malos augurios. En medio de las oquedades de los árboles una joven loca, que llegamos acompañando, empezó a delirar anunciando el fin del mundo. Nos unimos a ella en el camino que de la vereda Las Vegas llevaba a la gran urbe. Cruzamos la calle de la Cárcel para llegar al parque Santander y ahí vociferó, hasta perder la voz, que era tiempo de pedir perdón porque la ciudad iba a ser borrada de la faz de la tierra. La gente nos miraba y reía. Algunos hacían señales de la cruz en su frente. Otros pasaban de largo y evitaban el tumulto que ya se iba aglomerando. Para esas fechas aparecía la programación de las fiestas patrióticas que se celebraban dentro de dos meses. El regocijo que inundaba la población era mayor que los aspavientos de una loca con predicciones apocalípticas. Así que, cuando eran las diez de la mañana, ya cada uno se había marchado a continuar con su rutina. Ese 18 de mayo quedaría grabado por siempre en la memoria de las gentes. A las once y quince de la mañana la tierra se sacudió con tal violencia que las piedras se rompieron y los ríos cambiaron de curso. Los estertores del monstruo se escucharon en la distante sabana fría. Los pájaros perdieron su rumbo y los duendes que habitaban las cavernas sucumbieron bajo rocas de cristales. El viento huyó para no causar más estragos y se ocultó tras las montañas. Los edificios se desplomaron hacia dentro y fuera de las calles, dejando una densa bruma gris que sofocaba, que cegaba. Y el almuerzo que a esa hora se servía, se mezcló brutalmente con caliza, madera y tierra. Poco quedó en pie. De lo poco; la botica Germana. Y las gentes... las gentes renacían de entre los escombros como sino fueran de carne, sino de polvo. Un polvo terroso. ¡Qué infundía espanto! Nosotras todavía estábamos en el parque, cuando el cataclismo se deslizó entre los sueños y la confianza. Pero la loca premonitora ya había desaparecido. Igual daba su presencia. Todo el esmerado cuidado que se veía reflejado en la hipnótica belleza de la ciudad, se había ido al traste en pocos segundos. La noticia se extendió por telégrafo a la nación y al país frontera. El llanto limpiaba los rostros. Los gritos de auxilio hacían resquebrajar al más valiente y la mirada otrora impertérrita de algunos temblaba en un vaivén, que destazaba viva la esperanza. Los ríos de gente comenzaron a avanzar hacia veredas vecinas en busca de refugio. Inés y yo dedicamos nuestro espíritu a ayudar en lo que el libre albedrio nos permitía. Otros se unieron a la causa a pesar de las heridas y la angustia de no saber de sus familias. La noche llegó y con ella los vándalos que querían hacerse ricos con los tesoros sepultados bajo el dolor ajeno. El caos y la anarquía se unieron al desastre natural que se tragó sus ilusiones. La lucha sentenció el silencio a muerte. Y al estrepitoso número de víctimas del terremoto, se unían los heridos y los muertos por el pillaje. A los pocos días llegó el ejército extranjero, cuya base estaba más cercana que la del ejército nacional, para controlar los disturbios y los saqueos. Ese mismo día capturaron a uno de los responsables. Tendría unos quince años. El Purito no quiso aceptar su culpa y ese mismo día fue condenado a muerte. La gente se agolpó en el parque para presenciar el fusilamiento. Ahí estaba con la mirada perdida, pero con los tintes que distinguían su alma. Esa misma tarde a las cuatro y treinta lo asesinaron.

5. Cantarega

A pesar de su angustia y su delirio, Ignacia trató de comportarse como una verdadera anfitriona. Mientras caminaban a casa de Marienne le mostró algunos sitios interesantes de la ciudad: *el Museo de Ingmar*, un glorioso héroe de origen africano al que, por siglos y siglos, la memoria de la gente le había reservado un espacio por sus fabulosas hazañas; *el Monumento a los Desvalidos*, una obra contemporánea dedicada a los mutilados sobrevivientes a la cruenta guerra que la nación, no hacía muchos años, trataba de dejar en el olvido. El más visitado era un monumento a *Beatrice de la Rochelle*, una especie de heroína moderna que había decidido no cortar su cabello hasta que la paz llegará a la región. El famoso escultor Mori la materializó sentándola sobre un cuenco relleno de flores, el cual era sostenido por una columna de más de un metro y medio de alto mientras su largo cabello, que caía como una cascada, terminaba recogido por algunos querubines semidesnudos que rodeaban la escultura, exceptuando el frente de la misma. Para todo turista, la visita a ese monumento era algo obligatorio y lo disfrutaban mucho más porque se ubicaba en el centro de un pequeño parque rebosante de verdes laureles, cauchos y cayenas rojas y amarillas. No se detuvieron mucho, pero Ignacia si le habló de lo más importante o por lo menos de lo que más recordaba, no quería demorarse, le urgía llegar a casa de Marienne.

En el camino, Alejandro le habló de su pueblo natal; Villa de Amberes, un pueblito del interior donde el clima, las costumbres y la gente eran muy diferentes. Le contó del único hermano que tenía. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vio. La guerra los había separado. Tal vez tendría once años, desde esa última vez, cuando se marchó y no supo más de él. Se preguntaba si estaba vivo y si lo volvería a ver. Ignacia escuchaba sus palabras, pero no asimilaba prácticamente nada de lo que le decía.

Cuando llegaron frente a una reja de hierro fundido, Alejandro se sorprendió un poco y no era para menos; el hábitat destartalado, cubierto de rastros y rodeado de infinidad de plantas, que eran el delirio de su amiga, eran la fachada de una casa que parecía sacada de un cuento de terror, pero que contrastaba con el ambiente sereno y apacible que se podía ver a través de los inmensos ventanales.

Cruzaron la verja de hierro, caminaron sobre la guía de adoquines que conducía hasta una puerta de color rojo semiabierta e Ignacia lo conminó a seguir. Alejandro pensó que esa persona debía ser muy extraña por ser tan confiada, pero la sensación de haber vivido las cosas y de haber caminado antes por ese sitio le abrumó, de manera que no le permitió hacer ningún comentario. El interior era confortable y se respiraba un aroma a incienso frutal que lo serenaba. Las paredes y los pisos blancos eran ocupados con muebles en madera caoba que lucían antiquísimos. La particularidad eran los candelabros abarrotados de velas blancas y rojas, y las plantas que invadían los rincones y que estaban dispuestas por niveles, de modo que transmitían la pasión de esa persona por la naturaleza. Alejandro sonrió al ver a Aarón, el gato de Marienne; estaba dormido plácidamente, abrazando un osito de felpa, sobre el sofá de estilo Luis XV que se encontraba en el amplio pasillo que conducía a la sala.

—Por favor, sigan, sigan —dijo Marienne invitándolos a seguir con la mano—. Hay panecillos de queso y chocolate caliente.

Alejandro recordó el pastelillo que llevaba envuelto en una bolsa de papel y que no había alcanzado a comer por lo sucedido, sentía mucha hambre y complacido caminó hacia donde Marienne les llamaba.

—Marienne, te presento al nuevo profesor de lenguas de la escuela —dijo Ignacia sonriendo.

—Hola, mucho gusto.

Marienne miró a Ignacia haciendo un gesto de complicidad. Sin lugar a dudas, era un hombre hermoso y, además, cortés; para nada correspondía al abusivo de la cita de Ignacia.

—¿Nos esperabas? —preguntó Alejandro.

—Marienne siempre está esperando visitas.

—Así es, pero sigan no dejen que se enfríen... siéntense... si quieres te caliento lo que traes ahí —le dijo Marienne arrebatándole la bolsa de papel.

—Ah, bueno... Gracias.

—Disfrútenlos, están recién hechos —les dijo Marienne mientras se dirigía a la cocina, entonando una canción que a Alejandro le pareció un poco familiar, pero que no recordaba exactamente donde la había escuchado.

Alejandro no dejaba de mirar, disimuladamente, a Ignacia; le provocaba emociones fuertes y contradictorias que no asimilaba del todo, pero empezaba a disfrutarlas como una especie de droga que enajenaba sus sentidos. Los panecillos preparados por Marienne rellenos de dulce de guayaba y queso eran indudablemente una delicia que, acompañados del chocolate ni demasiado dulce ni demasiado amargo que ella preparaba como nadie, provocaban sensaciones de bienestar y alegría sobre todo en quienes empezaban a sentir alteraciones en sus niveles de endorfinas.

Alejandro no supo cuántos panecillos devoró por la sensación de euforia que le producían junto con la cercanía de Ignacia. No supo tampoco, en qué momento Marienne se había unido a la conversación sobre la frugalidad emocional de las relaciones modernas, cuando detalló su cabellera roja revuelta y sus ojos verdes, en un rostro dominado por pequeñas pecas. Alejandro se preguntaba porque ambas le seducían de formas tan diferentes. La tertulia, que les había permitido conocerse un poco más, se había extendido hasta las once más o menos hasta que, preocupada, Ignacia recordó que al día siguiente debía llegar más temprano al trabajo.

—Alejandro, que pena contigo, mira todo lo nos tardamos y no te llevé a los hospedajes.

—No importa. Ha sido un placer charlar con ustedes, pero y lo que venías a traerle a Marienne, ¿se te olvidó?

—¿Qué cosa? —preguntó Ignacia, al mismo tiempo que recordaba. —Ah... sí... ya está todo resuelto.

—No se ofendan, pero ustedes son un poco extrañas —dijo Alejandro entre risas.

—¡Extrañas! —dijo Ignacia, mirándolo aparentando algo de molestia.

—Solo un poco, diría yo —contestó Alejandro, desviando su mirada hasta la repisa donde destacaba el bonsái de guayacan colmado de flores rosadas.

—Es extraordinario —comentó Alejandro maravillado ante la belleza del árbol.

—Sí... ¿Lo quieres? —preguntó Marienne.

—¿De verdad?

—Sí, claro.

—Pero debe ser muy difícil mantenerlo.

—Para nada —le dijo Ignacia sonriendo —Solo háblale de vez en cuando y por supuesto no olvides un poco de agua unas tres veces por semana.

—Por cierto... ahora que recuerdo, aquí cerca hay un señor ya mayor que está arrendado una habitación, su casa es inmensa y confortable —dijo Marienne

—Sí, ¿Quién? —preguntó Ignacia un tanto preocupada de que fuera una de sus imprudencias.

—El señor Patricio Giménez.

—¿El viudo?

—Pasa algo con él —preguntó Alejandro.

—No, nada. Es un poco excéntrico. Su esposa murió hace varios años, pero no lo ha superado y a veces, él sí, se comporta un poco extraño.

—Después que no sea peligroso.

Ignacia y Marienne no pudieron evitar reír.

—Más peligrosas somos nosotras y mírate; estás completo —le dijo Marienne, todavía riendo. Alejandro sonrió un poco perplejo.

—Ella solo lo dice, por molestar —le dijo Ignacia.

—Sí, es verdad... No te angusties —Asintió Marienne.

—Bien, entonces mañana hablo con el señor Patricio, que ya debe estar durmiendo, estoy segura que no se negara.

Alejandro le pidió a Marienne que conservara el arbolito mientras obtenía una respuesta del señor Patricio, y se ofreció a acompañar a Ignacia hasta su casa. Ella trató de negarse, pero no pudo, ya no podía. Su voluntad ya empezaba a ser propiedad de sus ojos oscuros y profundos. De regreso, la tensión creció un poco, pero ninguno daba atisbos de lo que le atormentaba, predominaron los silencios sin miradas ni comentarios. La despedida más bien fría fue el comienzo de una noche llena de pesadillas y arrepentimientos.

...

—¿Cuántos años tienes? Pareces de quince —le dije mientras sujetaba mi larga trenza con un lazo rojo.

El no musitó palabra alguna. Se sentía apenado. Aunque en realidad tenía veintiuno, era tan escuálido que no aparentaba su verdadera edad. Le gustaba hacerme bromas y regalarme dulces o flores del monte. Yo sabía muy bien quien era, lo reconocí apenas lo vi colgado de uno de los árboles del parque. Acababa de entrar a la universidad, pero no le gustaban las leyes. Quería ser poeta, mas su padre, un abogado destacado, nunca se lo hubiera permitido. No asistía con regularidad a clases, prefería colgarse de los árboles. Pensaba que así se haría fuerte y podría enfrentar al mundo. Allí lo conocí. Yo venía de misa y sus ojos se tropezaron con los míos... el pasado y el presente se conjugaron en una fracción de segundo. No esperaba encontrármelo en esta vida. Nunca tuve ese presentimiento. Y ya me había comprometido en matrimonio. ¿Qué podía hacer ahora? Nuevamente, la encrucijada. Los encuentros furtivos y los besos se hicieron cómplices de un amor prohibido. La decisión de escapar no tardó en llegar a nuestras charlas y a convertirse en una promesa concreta para el primer día de una semana cualquiera. Con algunas pocas cosas, para no despertar sospechas, lo esperaba con ansia y determinación en el puerto, pero nunca llegó. Isidora me consoló durante todo ese tiempo en que su ausencia causó estragos en mi fortaleza. El matrimonio con Antonio debía realizarse para, al menos, justificar esta presencia corpórea en medio de la nada. Él ascendió rápidamente en el ejército y su crueldad había venido a instalarse de forma natural en sus palabras y en sus actos. El régimen era su religión, su conversación, su imposición, su delirio... La anarquía había quebrado todas las instituciones y las libertades... El terror imperaba bajo el auspicio de la impunidad. Estábamos en guerra. Yo servía como enfermera voluntaria de las Damas de María y él me lo permitía porque ante mí, de forma inexplicable, se convertía en un ser humano. Además, si bien era inentendible, en verdad me amaba. (Los monstruos también establecen vínculos, aunque muy raros, con algunos seres humanos.)

Habían pasado cinco años y cuando ya había perdido toda esperanza de volver a ver a Miguel, lo encontré tirado en una cama. Estaba tan flaco como siempre, pero le faltaba una pierna y uno de sus ojos había perdido la luz irremediadamente. Isidora me ayudó a confirmar que se trataba de él. Su energía, aunque no era azulosa como antes, se sentía cálida y confortable. Permanecí a su lado varios días esperando que se recuperara, que quizás me recordara, pero parecía transitar ya muy cerca de la oscuridad. Mientras, el país desolado bajo su propia ruina, orquestada por los intereses mezquinos de un gobierno embelesado por la riqueza y el poder, naufragaba ante la mirada inocente de miles y miles que, ya sin esperanza, solo trataban de sobrevivir. El tirano de Antonio estaba a punto de regresar. No había logrado mucho con él, eran pocos los que había logrado salvar del fusilamiento por mi intercesión. Para él, quien no estaba con el régimen, era un traidor, alguien que debía destruirse y enterrarse para siempre en el olvido. Su telegrama era muy claro: quería encontrarme en casa y no sirviéndole a los moribundos. El odio que destilaba hasta en lo que escribía era inenarrable. No soportaba ya su cercanía y sentía, como le decía a Isidora, que debíamos escapar a otro lugar... muy lejos de la guerra. Pero el reencuentro con Miguel, tan inesperado y a destiempo, me obligaba a estar ahí en medio de la debacle. Solo esperando. El día que despertó Miguel, sentí como el mundo volvió a recobrar sus colores. No sabía a ciencia cierta si me reconocía del todo, pero me sonreía y tomaba mi mano con mucha ternura. La llegada de Antonio me complicó la existencia. Ya no podía estar al lado de Miguel tanto tiempo como

antes. Necesitaba saber qué había pasado ese lunes que nunca llegó. Si me hubiera reconocido... tal vez, no habiéramos vivido todo este suplicio. Tal vez. Ahora me agobiaba Antonio con su pasión desenfrenada y sus celos desquiciantes. Temía que me prohibiera seguir asistiendo a los enfermos en el hospital improvisado, que más bien era, una especie de purgatorio para la antesala final. Tuve que ausentarme por una semana y someterme a los caprichos de mi marido. Por fortuna, pronto tendría que marcharse y yo podría ver nuevamente a Miguel. En medio de un descuido, pude escabullirme y llegar al hospital. Ahí estaba sentado, ayudado por Isidora, tomando un poco de caldo y sonriéndole por fin a la vida. Cuando me vio, su sonrisa se transformó y fue verdadero terror el que vi en sus ojos. No comprendí hasta que sentí el perfume de Antonio... Me había seguido... para despedirse. Me besó en la mejilla y se marchó a continuar con sus atrocidades. Me sentí en medio de la nada, pero tuve la fuerza para acercarme a Miguel y preguntarle cómo estaba. Cuando roce su mano, pude ver y sentir todo lo que había vivido. Su energía crepitaba y danzaba con algo de histeria y de locura. Eran tantas emociones juntas que se convirtieron en pensamientos que pude ver como si leyera un libro.

Antonio lo supo todo desde el principio y ese fatídico día, el primer día de cualquier semana, varios hombres se lo llevaron. Creyéndolo muerto lo arrojaron en un potrero. El mismo Antonio supervisó todo hasta que lo desecharon. Su memoria sucumbió ante la barbarie. Y después de tanto trasegar, vino a parar muy mal herido a mis brazos. Sus recuerdos revivieron cuando, después de tantos años, se encontró frente al artífice de su desgracia. Ya no le interesaba nada de la vida. Aunque su cuerpo maltrecho estaba conectado al mundo, su alma ya transitaba caminos y vericuetos muy distantes. Otra batalla perdida. No había nada que hacer. Quizás en otra vida pudiera encontrar la forma de rehacer el daño que había hecho. Un beso en la mejilla y un apretón de manos. Su mirada perdida y su silencio; fue el último recuerdo de aquel entonces, de aquel intento fallido, de aquel instante que perduraría por siempre en mis sentidos.

6. Las visiones de marienne

El día le trajo a Alejandro una energía que emanaba de lo más profundo de su ser. Antes de lo que había estimado ya estaba esperando que el barquero completara el cupo para irse. Recordó la noche terrible que había pasado pensando en todas las veces que su mano casi rozaba la de Ignacia, pero una fuerza casi sobrehumana no se lo permitía. Revivió la triste despedida cuando casi a punto de besarla, la razón se lo había impedido y solo se había atrevido a estrecharle la mano. En medio de su enajenación recordaba su silueta perfecta bajo el lino azul que la cubría, su fragancia, su risa... Esperaba con ardor encontrarse otra vez con ella, como el día anterior, para al menos sentir su cercanía y calmar su ansiedad, pero nunca subió. Se preguntaba, si hubiera sido mejor pasar a buscarla o ese acto hubiera sido un atrevimiento que echara a perder una relación futura, en fin, no encontraba una explicación satisfactoria a su desilusión.

La brisa de ese día era fría y el viento se sentía con más ímpetu, pero el agua se sentía cálida al salpicar la ropa por el contacto violento de la embarcación con el mar. Como si la desilusión de no encontrarla durante el viaje no hubiera sido suficiente, tenía que encontrarla charlando de nuevo con su amigo. A primera vista, por tenerle la mano sostenida y estar acariciando su cabello, todo indicaba que eran algo más que amigos o conocidos. Su primera intención fue acercarse a ellos para saludarlos, pero dudó en hacerlo, quizás por miedo a parecer demasiado abusivo, pues al fin y al cabo no estaba seguro de nada ni de lo que él sentía ni de si ella sentía algo por él. Su cabeza era un hervidero de ideas que iban y venían, lo arañaban y lo sanaban. Trató de evitarlo, pero no pudo hacerlo. Llegó hasta ellos sonriendo y saludó a Ignacia.

—Buenos días. Llegaste bien temprano —dijo Alejandro dándole un beso en la mejilla delicadamente. Ignacia se sintió algo incomoda, pero no tuvo más remedio que presentarlos.

—Entonces, eres el nuevo profesor de Lenguas —le dijo Andreas.

—Sí, así es. Es mi primera experiencia como maestro.

—Disculpa, ¿cuántos años tienes? —le preguntó sin soltar la mano de Ignacia.

—Veintidós —dijo Alejandro un poco consternado y a la vez enfurecido por la confianza entre Ignacia y Andreas.

—Debes tener mucha paciencia, lo cual es extraño porque la mayoría de las veces solo llega con la edad

—¿Por qué lo dice?

—Por tu trabajo. ¿Sabes? yo no la tendría. Es más, ahora que lo pienso bien, nunca la tuve hasta que conocí a Ignacia... Es hermosa, ¿cierto?

—Tiene toda la razón.

Alejandro que se sentía lleno de ira, no pudo dejar de reconocer la verdad; el cabello rizado a medio recoger, el vestido de lino blanco, los ojos cafés grandes orlados de pestañas largas, sus labios brillosos y la piel bronceada le daban la razón a Andreas.

—¿Escuchas, Ignacia? Ya se ha unido otro admirador a tu club de fanáticos —dijo

Andreas sonriendo.

—Entonces, pasado mañana traemos a los niños para la fiesta de bienvenida.

—Sí, todo estará listo —dijo Andreas.

—Nos vemos, Andreas —dijo Ignacia tratando de despedirse de Andreas, quien no desaprovechaba cualquier ocasión para acercarse a ella.

—Ignacia, ¿cuándo salimos otra vez?... ¿Cuándo me vas a dar otra oportunidad? —Insistente le preguntaba Andreas esperando una respuesta positiva.

—Hablamos luego, Andreas. Hablamos luego... —le dijo Ignacia mientras tomaba a Alejandro del brazo y lo obligaba a caminar para alejarse de Andreas, al tiempo que se despedía abriendo y cerrando su mano derecha.

—Hasta luego. Ha sido un placer —se despidió Alejandro muy cordial.

—¿Con que un club de admiradores? —le preguntó Alejandro ya a solas mientras caminaban, en tono de burla, aunque en su interior la ira le carcomía.

—¿Tú también? —le contestó Ignacia un poco airada—. Andreas exagera... él es el único integrante del club de fanáticos

—No lo creo. Tú despiertas muchas emociones.

—Tienes razón, fíjate ese día... —Ignacia intentó recordarle la desastrosa cita en que se conocieron, pero Alejandro no se lo permitió, tomándola suavemente de la mano.

—Ni me lo recuerdes... ¿Me creerías si te dijera, que todavía no sé por qué me comporté así?

—No te preocupes, Ale... Eso es pasado —dijo Ignacia con una sonrisa que hizo brillar los ojos de Alejandro.

Siguieron el camino juntos hasta la escuela. Alejandro veía cómo la gente se le acercaba a saludarla, al tiempo que algunos nativos le regalaban plátanos, cocos y pescados que prometían llevarle a la oficina y a la vez le pedían que llegara a visitarlos. La efusividad y el cariño de los aldeanos para con ella lo desconcertaba en algún grado, pero no le sorprendía porque parecía que lo hubiera vivido antes.

—Ignacia... ¿No nos habremos visto en otro lugar? —preguntó Alejandro sin meditarlo, un poco sin saber el porqué de de su inquietud.

—Noooo... ¿por qué me preguntas?

—No sé, a veces tengo la sensación de haberte conocido antes... Algún evento, algún curso... qué se yo...

—En absoluto... ¿No será que me parezco a alguna conocida tuya o te recuerdo a alguien? —le dijo Ignacia mirándolo con un poquito de tristeza.

—No sé, tal vez —contestó Alejandro un tanto pensativo. Luego ambos guardaron silencio.

En el camino, Ignacia recordó la segunda visita que le había hecho a Marienne la noche anterior, después de que Alejandro se marchara. No pudo esperar hasta el día siguiente y por ello, regresó a casa de Marienne tratando de saber que había logrado percibir y si le había llegado alguna visión. Sus visiones la llevaban por nuevos senderos y vericuetos que le hacían sentir temor y dolor. Marienne había logrado verla al lado de Alejandro, pero sin sentirse feliz porque incluso él mismo había empezado una búsqueda, en la que una parte de él estaba perdida en este mundo tratando de abrirse paso en medio de la oscuridad. Le vaticinaba momentos de dicha y sufrimiento que cuando lograra superar con entereza, tal vez le permitirían regresar de una vez a la

fuente original de energía. La razón del amor y desamor por Alejandro la expondría a situaciones impredecibles y se vería en medio de la tentación por otro hombre. Marienne todavía no lo alcanzaba a ver en las nublosas imágenes que, por momentos, le llegaban cómo ráfagas a la mente. El desconcierto ante la cercanía de Alejandro solo era el comienzo de una lucha entre la pasión y la ternura que la llevaría al límite de lo que era posible soportar, incluso para alguien tan poderoso como ella. Ignacia empezaba a temer que, debido al proceder de Gabriel en su vida previa, su energía se hubiera dispersado y se hubiera perdido toda posibilidad de salvarlo. La ansiedad y la angustia intentaban desesperarla, pero de inmediato se transportaba hacia su interior para autosanarse y convencerse de lo ilusorio del mundo en que vivía. Entonces, un azul violáceo intenso brotaba de su interior para sanar todo a su alrededor.

...

El primer contacto con el agua cálida de tonalidades verde azulada me transportó a un oasis de felicidad sobredimensionada que desapareció, súbitamente, cuando la punta de mi pie al intentar caminar dentro del agua se estrelló contra una piedra y casi de inmediato contra otra. Los pequeños lagos infestados de piedras me hicieron separar de los demás y al saberme sola sentí angustia porque ya no podía retroceder, solo avanzar. Y fue justo ahí que Edmund apareció con su sonrisa metálica para salvarme. Con paciencia me ayudó a escalar hasta la parte media y desde allí pude observar a Isis y a Marienne disfrutando con mi agonía. Estaban sorprendidas al verme tan vulnerable y convencida de mi humanidad... mi humanidad.

Al unirse a nosotros se percataron de lo mismo. Nuevamente, él había reencarnado. La sensación era extraña y ambigua. Su energía era por completo azul y equilibrada, distaba de aquel rojo enardecido con el que me había tropezado en vidas anteriores. Él estaba con sus padres y su hermana. Tenía una buena vida. Estaba de visita como yo y mis amigas. Dunn's river falls era como lo describían: ¡Maravilloso! Un verdadero paraíso para la vista y para la piel. Cuando sentimos su felicidad, las tres coincidimos en que esta vida tal vez era una especie de descanso. ¿Pero desaprovechar la oportunidad de reencontrarme con él y poner fin a este suplicio? Por mi propia voluntad decidí alejarme. El bullicio y la algarabía de la gente por unos actores famosos, nos permitieron escapar aquella vez de sus ojos café claro.

Casi cuatro años después, sin proponérmelo, me reencontré con Edmund en otro país del caribe agobiado por una violencia que, en aquella época, renacía con más ímpetu. Estaba pintando grafitis en una pared de un edificio municipal. Desde lejos lo vi, lo llame a gritos y se subió a mi auto. Aun con el cabello larguísimo y unas trenzas, me reconoció de inmediato. Me recordaba todos los días y en ese primer encuentro bastó el contacto leve de mi cuerpo húmedo para no olvidarme. Me buscó desesperadamente ese día, pero solo alcanzó a verme de lejos, cuando me marchaba junto con una de mis amigas; la pelirroja de ojos verdes.

Terminamos charlando hasta media noche mientras él tomaba cerveza. Había cambiado, su energía ya no era brillante; estaba opaca, deshidratada. La guerra, que comenzaba a destrozarse el país, se filtraba a las universidades. Era una época turbulenta y él se había inclinado por la protesta, manchando paredes, distribuyendo panfletos, cavando su propia tumba. ¿Cómo había cambiado en tan poco tiempo? ¿A dónde se había marchado su felicidad? Fue entonces cuando constaté que mi cercanía desataba en él su verdadera esencia y sino me hallaba para catalizarla, su autodescubrimiento terminaba en una reacción inimaginable. La trascendencia de mi hallazgo me ahogaba en la desesperación... Era una maldición... La dificultad de mi cometido se multiplicaba por millones.

Edmund me quería a su lado solo para satisfacer su deseo. Estaba atado a esta existencia corpórea y no podía verme como era. Así era imposible que lo recuperara. Isis me convenció de que no era el momento y que debía abandonarlo para intentarlo en una nueva vida. No entendía este juego del destino y en verdad nada podía hacer. Una mañana cualquiera me levanté más temprano que de costumbre, le preparé chocolate con agua y especias, huevos revueltos con cebolla larga y arepas de maíz dulce. Lo serví primorosamente, y me senté a su lado solo para verlo comer. Su sonrisa de nuevo era amplia, pero ese desagradable tono rojo de su energía no desaparecía. Persistía incólume, devastando hasta las plantas a las que se les acercaba. (Sus hojas empezaban a tomar tonalidades amarillentas y blanquecinas. O se moteaban a su antojo.) Ese día tomé la decisión de abandonarlo. Simplemente desaparecí.

Entonces, él en medio del desconsuelo y de la angustia, arrojó su vida al abismo.

El alcohol empezó la ruina y su intento de atravesar la bahía, esa fatídica noche, se convirtió en la antesala de su infierno porque, aunque sobrevivió, su encuentro cara a cara con la muerte le borró todo miedo, toda humildad. Y en un acto de total e incomprensible locura tomó la decisión de abandonar la vida por su propia cuenta. Se encerró en su habitación y bebió licor ámbar, hasta sedarse, hasta que casi exánime, la última botella se estrelló contra el piso mientras su mente se acurrucaba en una nube mullida de algodón y se dormía para siempre. La liberación del dolor que lo ataba a la vida, no era tal, sino más bien el inicio de un camino pedregoso y sinuoso en el que su energía empezaba a trasegar confusa y ya libre de todo vestigio de bondad.

7. La escuela

El primero en recibirlos fue el señor Mauricio Velazco, un nativo de la isla que tenía más de quince años de estar trabajando en la escuela como conserje y que tenía alrededor de sesenta y cinco años, aunque para él fueran en realidad como cien, pues había vivido en carne propia la guerra que había dividido al país: Le faltaba una pierna. El recuerdo perenne de aquel tiempo en que, por azares de la vida, había ido a trabajar en un pueblo de los llanos, pero en cuyo suelo permanecían resguardados artilugios de guerra, marcaría para siempre el resto de su vida y su forma de pensar. Por ello, cuando estuvo mejor, regresó a la Isla de las Marías de donde pensaba que nunca debía haber salido, y se dedicó a vivir el amor: Sus tres mujeres, sus quince hijos y todos sus nietos eran testigos de ello. Y a pesar de que Ignacia le había insistido en el uso de la prótesis, nada lo convencía, pues siempre afirmaba que estaba vivo de milagro y, eso, no quería olvidarlo.

Mauricio e Ignacia se saludaron efusivamente; los unía el cariño, la admiración y el amor por la escuela, la única en todo el archipiélago. Alejandro en medio de su regocijo se presentó como el nuevo profesor. Mauricio que era muy buen conversador y dueño de esa curiosidad innata de las gentes del Caribe; le revolvió el pasado, el presente y el futuro en pocos minutos. A Alejandro le pareció una persona admirable, pero reconocía algo de tristeza debajo de toda esa alegría y su filosofía de vida, pues no coincidía con él: «*Muchacho, la vida e' solo un paso pa' otra cosa q' no entendemo'*». Para Alejandro esta vida era la única que existía y todo lo demás eran simples especulaciones irracionales producto de nuestro afán por creer en una vida más allá de la existencia física. Lo inmediato, lo tangible, lo hedónico gobernaban su existencia. Mientras charlaban apareció Isabel, vestida de pantalones de mezclilla, con una pañoleta de girasoles y una camiseta pintada a mano por ella misma, imprimiendo su desparpajo con su risa y unas galletas de limón que les regaló antes de seguir a la oficina. Ignacia y Alejandro hicieron lo mismo, no sin que antes sus ojos tropezaran por un segundo eterno en el que parecía que sus almas se hubieran fundido.

Aparte de las aulas de clase y la biblioteca había dos oficinas con funciones administrativas. También se podía disfrutar de una sala de estar que estaba decorada con fotos de anuarios y de algunos lugares exóticos del archipiélago. Sin embargo, lo más gratificante eran los enormes ventanales que refrescaban el ambiente con la brisa marina. En la biblioteca que era un poco chica, pero confortable, se podían encontrar tanto los libros de texto de todos los cursos como la obra completa de Luis Domínguez Alcázar, un prominente escritor cuya obra había sido elevada a la altura de los clásicos griegos y era el orgullo de la Literatura de Transición. (Así agrupaban las obras de los escritores contemporáneos que habían tenido el valor de escribir sobre las realidades de la guerra desde el punto de vista del vacío existencial humano.) Los niños no los leían, simplemente, admiraban las cubiertas doradas y escarlatas de los textos que se ubicaban en el último nivel de los estantes, pero como siempre habían estado allí, Ignacia había preferido conservar la biblioteca con lo que tenía, eso sí, adicionándole nuevas obras que a los niños le encantaban: Las obras de María Espinoza y de Lourdes de Guevara, dos escritoras de cuentos infantiles que enloquecían hasta a los adultos

con sus historias de nunca acabar, también había música y videos educativos sobre todo de ciencias. Ignacia le explicó a Alejandro que ante la carencia de bibliotecario, todos asumían esa función cuando creían conveniente el desarrollo de talleres para los niños al abrigo de los libros con que contaban.

En la primera sala de profesores encontraron a Mario Estévez, el profesor de matemáticas, que llegaba al menos media hora antes que todos y a Camilo Nuñez, el profesor de sociales, que estaba entrando a la oficina. Alejandro simpatizó enseguida con todos, incluso con la señora Clarita que consideraban malgeniada y a quien a veces ni se atrevían a pedirle un tinto; hasta galletitas de coco y una taza de café le brindó para que se sintiera a gusto y como en familia.

El mismo efecto produjo en Paloma Sáenz, la profesora de Ciencias Naturales, que asumía funciones de secretaria, auxiliar contable, confesora y hasta casamentera dependiendo de quién solicitara su intervención. A pesar de a sus constantes achaques por una artritis y un sobrepeso a los que no les prestaba atención, con cincuenta años bien vividos y tres matrimonios a cuestas, la vida para ella era una delicia y se decía a si misma que no le importaría en absoluto nacer y morir mil veces con tal de sentir a plenitud todas las maravillas que podía brindarle. Cuando los vio llegar no pudo ocultar una sonrisa maliciosa, pues nada se le escapaba y aunque parecían ignorarlo, sus ojos brillaban intensamente y el tono de sus voces se sentía impregnado de alegría. Por un instante pensó en preguntarle a Ignacia por su cita, pero se abstuvo porque creyó que podía ser una imprudencia.

Ignacia no había tenido en cuenta que a Alejandro tendría que ubicarlo junto a ella, ya que en la otra oficina no había espacio para él y la sola idea de tenerlo cerca todo ese tiempo le provoco algo de vértigo. Paloma coincidió con Alejandro en ubicar el escritorio cerca a la ventana lo cual no le agradó mucho a Ignacia porque estaría casi en frente de ella, pero para cuando quiso decir algo, ya Alejandro lo estaba cambiando de sitio. Con el fin de que no se ilusionaran mucho con la distribución del espacio, les recordó que aún estaba pendiente, aunque todavía no había recibido ninguna respuesta positiva, la llegada de la sicóloga que año tras año solicitaban y nunca les enviaban.

Todos se dedicaron a organizar y planear sus actividades para el nuevo año con el fin de preparar la totalidad del trabajo con los estudiantes de los diferentes cursos, en especial, porque debían sacar adelante la preparación de los exámenes estatales que se les realizaba a los niños para medir sus aptitudes verbales y matemáticas. Era un trabajo arduo y constante. Desde que Ignacia había asumido la coordinación, al menos, dos de los niños obtenían resultados sobresalientes y el resto, calificaciones muy satisfactorias. Esto para Ignacia era vital ya que así garantizaban en parte la subsistencia de la escuela y el futuro de los niños que más se destacaban. Por ello, concentraba todos sus esfuerzos en lograr las metas que se proponían al inicio del año.

Al medio día Mario, Camilo e Isabel les anunciaron que iban adelantando camino para escoger una mesa amplia y poder charlar ya que los veían todavía un poco ajetreados, pero Paloma que, cuando quería, era más veloz que cualquiera; se unió a ellos muy rápidamente a pesar de su cojera. Ignacia que casi estaba lista para irse con los demás, observó a Alejandro todavía complicado con algunos papeles y prefirió esperar para acompañarlo.

La soledad los llevó a guardar un silencio eterno, en el que se espiaban mutuamente, hasta que Alejandro tomó la iniciativa y desde su escritorio la convidó a almorzar. Cuando Ignacia se paró a buscar su bolso, sintió el perfume de Alejandro aún más cerca y luego su cuerpo casi tocándola.

—¿Qué pasa? —preguntó ella un poco nerviosa sin mirar atrás.

—No te das cuenta... Conforme pasa el tiempo esta agonía que siento por ti no se calma, sino te tengo cerca, al menos para respirar tu aroma y tocar tu piel —le dijo Alejandro, ya libre de cohibiciones y estrechándola contra él, tratando de aspirar todo el perfume de violetas y orquídeas que envolvían el cabello, la ropa y la piel de Ignacia.

Fueron unos segundos intensos en los que un temblor descomunal se apoderó de sus cuerpos quitándoles el aliento, subiéndoles a mil metros de altura para estrellarlos de nuevo contra el suelo, cuando sintieron la voz de la señora Clarita. El frenesí culminó con una aparente distancia de menos de veinte centímetros en los que todavía sentían el calor y la agitación de sus cuerpos.

—Profesora Ignacia, para recordarle mi cita médica de esta tarde —le dijo la señora Clarita asomando solo la cabeza a través de la puerta entreabierta.

—¿Ya se van?... Salgamos juntos —les dijo la señora Clarita al verlos en disposición de salir.

—Sí, ya salíamos —dijo Ignacia, ya un poco más serena.

—Me tienes desesperado —le susurro Alejandro al oído mientras caminaban hacia la puerta.

...

Por primera vez lo vería de nuevo. Habían transcurrido ya seis meses. Mi corazón se aceleraba ante la sola idea de tenerlo cerca, de escuchar su voz... Era una emoción indescriptible, comparable a la primera vez que lo vi marchando con el ejército que estaba reuniendo el general Miguel de las Casas y Rada. (Habían llegado a la villa a reclutar jóvenes que quisieran unirse a la causa independentista.) Fue justo en ese momento, cuando mis ojos tropezaron con los suyos y lo reconocí de inmediato. No sabía que lo encontraría en medio de esta revolución. Mi hermana Ifigenia y yo habíamos llegado, hacía pocos días, recomendadas ante doña Cecilia López de Tagle por una pariente suya, que vivía en uno de los estados de las Provincias Unidas cercanas al norte. Nuestro supuesto viaje en barco había tardado menos de un mes. Ella nos recibió afablemente, no solo por la recomendación, sino por los cofres repletos de doblones que traíamos con nosotras. El idilio, sorpresivo para algunos, empezó con el ímpetu de una tormenta, pero sosegado por las circunstancias que nos rodeaban. Yo era una viuda todavía de luto y, además, con algunos años de ventaja sobre el apuesto joven que no superaba los veinticuatro. Para muchos era también mi dinero y la posición lo que le interesaba, pero yo sabía muy bien que me amaba; lo podía ver a través de sus intensos ojos azules. Su gallardía y valentía le hicieron unirse al ejército independentista, no podía ser de otra manera, estaban en juego su honor y el de su familia, pues su padre siempre había sido un insurgente y por otro lado, la libertad era una posibilidad más real, aunque ahora se viera ensombrecida por la retoma de los ibéricos.

El rumor ya se había esparcido por la villa, mas la fortaleza de los corazones no se disipaba. A lo único que podían aferrarse era a la fe para no hundirse en el desespero. El tiempo no fue suficiente para abastecernos. Solo se podía esperar. El regreso del ejército trajo algo de tranquilidad, pero esta se esfumó junto con el frescor de la mañana para dejar que se instalara la agonía de forma omnipresente. Francisco me estrechó con vehemencia. Me besó en las manos y me pidió en matrimonio. La fecha se fijó, ingenuamente, para después de dos meses. Antes había que apoyar la causa. El asedio que se extendió por casi cinco meses develó el interior oscuro del hombre. Las personas se convirtieron en fantasmas agonizantes por el hambre. Los rastros de la dignidad y la moral caminaban otras tierras muy distantes, pero para quienes tenían mayor abolengo y riqueza el alimento, aunque poco y nada suntuoso, todavía llegaba a la mesa. La esclava Nicasia se veía en serios apuros tratando de solventar con tan poco, para servirnos de la mejor manera. Ifigenia y yo con el permiso de doña Cecilia, al segundo mes del sitio, llevamos algo de harina y levadura a la iglesia para que se distribuyera entre los más pobres con la creencia de que el suplicio no iba a ser tan largo. Ya conscientes de que lo más seguro era la muerte por el hambre o a manos del Pacificador ibérico, no se nos permitió volver a salir para evitar exponernos a un robo o a un ataque porque el desconcierto había sembrado el temor y la desconfianza.

Francisco rebajó tantos kilos que parecía un espectro. Por mi parte, aunque estaba más delgada, mi belleza permanecía intacta a pesar de las sutiles ojeras que enmarcaban mis ojos avellana. Era su rutina llegar hasta la casa con las provisiones para una semana, ya que era el ejército quien custodiaba el abastecimiento de toda la ciudad. Se tomaba un refresco y conversábamos un rato. Nos narraba lo difícil de la situación y el futuro incierto que nos deparaba. Si bien el general Miguel era un hombre valiente, a veces pensaba en la rendición del puerto. Mas sus hombres no lo consentían. Y algunos extranjeros llamaban a mantener la guardia y a no desfallecer. Se había urdido un plan de escape si la ciudad caía en manos del

Pacificador, aunque todos esperaban que llegara el ejército del Gran Libertador a salvarnos. Una escapatoria en barco para unos pocos era, para Francisco y el general, una terrible deshonra. Nos contaba que, llegado el momento, él no huiría y se quedaría luchando hasta el último aliento; no importaba si lo apresaban y lo condenaban a muerte. Sin embargo, para nosotras había cupos, que desde ya estaban arreglados, pues él nunca permitiría que nos hicieran daño. Me hizo jurarle en vano... porque yo jamás lo abandonaría.

En verdad sentía amor por mí, pero la angustia y el desespero no lo dejaban verme tal cual como yo era. Su energía tenía tonalidades azules con algunos rastros naranjas. No era mucho el tiempo que podíamos estar juntos, además, tampoco se nos permitía estar a solas, usualmente nos acompañaba Ifigenia o alguna esclava. Me hacía sentir bien estar a su lado. Aquellos momentos cerca de la fuente adornada con ángeles, que se encontraba en medio del patio interno de la casa, nos transportaban a una tierra utópica libre de guerra y odio. Por primera vez, en mucho tiempo, nuestras almas se regocijaban libremente ante el amor.

Cuando la pestilencia llegó, empezamos a verlo con menos frecuencia porque el temor a la enfermedad hacía resquebrajar hasta el ánimo más fuerte. En las noches, Ifigenia y yo salíamos a hurtadillas a auxiliar a los enfermos. Al menos teníamos que hacer algo. Aquellos desarraigados, botados a su suerte, durmiendo a la intemperie, milagrosamente amanecían sanos y de alguna manera esto hacía que la fe se mantuviera viva.

La ciudad estaba rodeada por tierra y por mar, no había escapatoria, y el aliciente de la sanidad evitaba que tomaran la decisión de quitarse la vida. La gente se sorprendía de ver crecer, de la noche a la mañana, pequeños arbolillos rebosantes de frutos desconocidos. Eran unas drupas de piel amarilla y carne blanca y jugosa, de sabor dulce y consistente, que saciaban como el pan. Pero eran solo un tentempié, una forma de aliviar tanto dolor y sufrimiento. Nos estaba prohibido ir más allá, atentando contra el destino y su libre albedrío. El tiempo ya estaba por cumplirse y Francisco no me reconocía. Ifigenia trataba de consolarme, aunque ya no había remedio.

La entrada triunfante del Pacificador todo lo transformó. Ahora Francisco había sido condenado a muerte y yo no podía hacer nada. La esperanza se había vestido de gris para convertirse en una sombra nauseabunda, bañada de sangre. De camino al paredón alcanzó a verme entre la multitud y sus ojos azules me hablaron en silencio. Ifigenia me tomó de la mano. Nuevamente, se perdía otra oportunidad y ahora con tanto odio, muy probablemente, en su siguiente vida se iba a perder todo lo que había avanzado.

8. Andreas

La felicidad de Alejandro se dispersó, como semillas de ceiba arrastradas por el viento, cuando Andreas retuvo a Ignacia en la entrada del hotel. Sin embargo, mantuvo la tranquilidad al sentir la mirada cálida y cómplice de ella invitándolo a seguir. Alejandro no pudo dejar de admirar la estancia que era lo suficientemente amplia como para albergar unas doscientas personas. Pero no había muchos huéspedes quizá por la temporada. Las paredes azules estaban decoradas con oleos y acuarelas alusivas al mar y a personajes fantásticos. La brisa salobre fluía libremente a través de los ventanales de hierro forjado y la arena granulosa se sentía al contacto con el piso rústico de color rojizo, saturado de grabados geométricos en tonos amarillos, verdes y ocres. Sentado ya a la mesa, luego de haber respondido algunas preguntas de Isabel sobre su primer día de trabajo, comenzó a hojear una de las cartas que tenía cerca; la especialidad de la casa eran mariscos y pescados en al menos diez preparaciones diferentes, todas con precios exorbitantes al igual que las bebidas. Paloma le explicó que había otro menú para ellos; uno típico con pescado u otra carne que prefiriera a precios muy económicos, pero exquisitamente preparados.

Alejandro observaba de lejos como Andreas sostenía la mano de Ignacia y luego se despedía con un beso en la mejilla. No podía contener la ira, toda clase de ideas se cruzaron por su mente y solo se apaciguaron con el intenso frescor del agua de limón, que bebió casi de un solo sorbo.

El almuerzo transcurrió entre bromas y anécdotas de su trabajo. Alejandro estaba distante y muy serio al parecer de Isabel que insistía en animarlo y preguntarle si algo le ocurría. Ignacia estuvo la mayor parte del tiempo, absorta en sus pensamientos, recordando las palabras de Alejandro. Mario y Camilo hablaban por momentos de política y de economía, cuando no estaban respondiendo alguna de las preguntas de Paloma sobre su vida privada. Al final todos hicieron un brindis por su nuevo compañero.

El resto de la jornada para Ignacia y Alejandro, ya en la escuela, transcurrió con lentitud. Poco a poco los profesores se fueron despidiendo, conforme iban cumpliendo su jornada laboral. En ocasiones, para Ignacia era un poco más larga, ya que había asumido la funciones de coordinadora hacia al menos unos seis años y, además, se encargaba de la clase de Ecología y Medio Ambiente. Alrededor de las tres y media de la tarde casi todos se habían marchado. Ignacia, con la aserción de Paloma, le recordó a Alejandro que su horario también terminaba a las tres y media. Más aún, le recomendó salir a esa hora por la dificultad posterior de conseguir transporte, pero hizo una negativa con la cabeza. Estaba esperándola. Ignacia lo sabía y por eso, tan pronto como pudo, terminó lo que estaba haciendo y salió de la oficina con premura despidiéndose de los dos. Alejandro trató de alcanzarla, pero Paloma lo llamó para consultarle algo. Sin embargo, le dio tiempo de salir y verla entrar al hotel de Andreas. La ira lo carcomía, pero se quedó esperándola sentado en el zaguán a la entrada del hotel. Debió demorarse un poco más de media hora.

—Alejandro... ¿Qué haces aquí? —le preguntó Ignacia, un tanto sorprendida.

—Esperándote... ¿Qué tanto hacías ahí dentro Ignacia? —le inquirió Alejandro.

—Resolviendo algunos asuntos pendientes... además, eso a ti ¿qué te importa?
—Tienes razón... No tengo ningún derecho.
—Perdóname, Ale... A veces ni sé porque me comporto así... Mejor nos vamos ya, antes que sea más tarde... —le dijo Ignacia, más benevolente, al recordar lo que le estaba pasando.

Andreas, desde el balcón del tercer piso, observaba la escena y al tiempo que tomaba una forma juvenil y agraciada, envuelta en un halo de luz indescriptible, se preguntaba si esta vez podría recuperarla. Estaba atado de pies y manos, no podía hacer nada, a menos que Ignacia infringiera nuevamente las leyes.

—¿Y ustedes todavía no se han ido? —les preguntó Paloma que los alcanzó ya en la pequeña embarcación.

—Paloma, ¿y tú que hacías todavía por aquí? —dijo Ignacia tratando de cambiar el tema.

—Ni les cuento —dijo mientras reía—. La tecnología y yo no tenemos nada en común... más bien parece mi enemiga... esa impresora... me ha atrasado como no tienen idea. Pero pude terminar todo el trabajo.

—Paloma, cuando necesites que te colabore en algo, por favor, solo dímelo —le dijo Alejandro.

El viaje se sintió más bien corto con todas las intervenciones de Paloma y los relatos de sus primeros días de travesía por el mar. Les narró la vez en que por equivocación había tomado la embarcación que conducía al Islote de Bonavento. Un lugar muy visitado por parejas de enamorados en el que había un hotel de ensueño, además, de algunas cabañas más discretas para parejas furtivas con diferentes distracciones como buceo y snorkeling. A causa de su constante distracción, por estar escuchando música, no se percató de su error hasta que llegaron al idílico destino. Sus reclamos y su histeria de nada le valieron. No le creyeron. Esa mañana tuvo que trabajar en la isla para pagar su estancia: tendió camas, sirvió de guía a los clientes, atendió la barra en el bar y aunque pareciera excesivo, realmente no fue nada agobiante, sobre todo porque disfrutó de un succulento róbalo con arroz de coco y una maravillosa sopa de pescado. El delicioso almuerzo lo compensó todo. Y así era la vida para ella. La comida era uno de los mayores placeres de este mundo y su inmensa figura daba cuenta de ello. Ignacia a pesar de que ya había escuchado decenas de veces la historia, nuevamente reía con sus ocurrencias.

Alejandro aseguraba no creerle, pero Ignacia asintió con la cabeza recalcando que tales sucesos solo le ocurrían a ella. Hasta recordó en su charla el amor platónico que sintió por un antiguo psicólogo de la escuela a quien nunca fue capaz de confesarle nada, y que había terminado casándose con una profesora muy joven que también trabajó en la escuela. Mencionó la trágica muerte de aquella muchacha en un viaje que tuvo que realizar al extranjero, para culminar su tesis de maestría, y como el pobre hombre casi pierde la razón. Alejandro intentaba prestarle atención, a pesar de no poder dejar de mirar a Ignacia una y otra vez.

Eran casi las seis de la tarde cuando atracaron a puerto, y los tintes rosados y naranjas del atardecer cubrían el paisaje en todo su esplendor, al tiempo que una tenue brisa fría se apoderaba de todo lo que envolvía, haciéndoles pensar en los tiempos lluviosos que de un momento a otro se instalarían, casi omnipresentes, en su transcurrir diario.

Paloma se despidió de ambos con prisa; tenía que empezar otro largo recorrido en uno de los transportes urbanos que la llevaría casi al otro extremo de la ciudad. Vivía en la casa que había heredado de sus padres, en un lugar tan acogedor que muchas veces había servido de sitio de encuentro para sus celebraciones de fin de año... hasta cuándo apareció Andreas con sus mejores ofertas. A Paloma él no le agradaba, no le inspiraba confianza en absoluto, y estaba convencida de que su intenso cariño por Ignacia estaba subordinado a algo más que ella no alcanzaba a ver en sus habituales lecturas de agua de mar que, según ella, revelaba quienes éramos en realidad.

Alejandro e Ignacia continuaron caminando en silencio, sin una aparente dirección, pero con un cúmulo de emociones bullentes que emanaban con el leve roce de sus manos. Aunque Ignacia pensó en decirle que quería llegar sola a su casa, sabía que de nada valdría; la espiral ya se había encendido y no había vuelta atrás, sin importar todo lo nefasto que pudiera resultar para Alejandro. Su instinto la condujo hasta la puerta de su casa que abrió de inmediato, a pesar del enredo de llaves que cargaba consigo y al entrar invitó a Alejandro a que siguiera; sin palabras, sin gestos, sin miradas... Alejandro, después de cerrar la puerta la siguió hasta la fuente de ángeles en donde Ignacia comenzó a jugar con el agua.

—Es hermosa —dijo Alejandro refiriéndose a la fuente, pero pensando también en ella.

—Sí, así es... Es una antigüedad que para mí es invaluable —le dijo Ignacia tratando de aprisionar entre sus manos el agua que caía desde la vasija que sostenía uno de los ángeles.

Alejandro no pudo contener el deseo irrefrenable que sentía y se acercó a ella, aprisionándola con sus brazos, mientras aspiraba el perfume de violetas y orquídeas que le producía una demoledora pasión. Ignacia sentía que flotaba en medio de gasas púrpuras y pétalos multicolores que la llevaban hasta las nubes algodonosas, en donde ahora comenzaba a habitar. El desasosiego se transformó, al primer contacto de sus labios, en un volcán del que emergían destellos azules y dorados, al tiempo que un río cálido de claveles se deslizaba por su piel en medio del lino blanco y el algodón que los cubría. Ignacia empezó a sentirse fuera de control y, en medio de la agonía, una fuerza sobrehumana antepuso sus dudas a la locura que la estaba llevando a un camino sin retorno, antes de lo imaginado. Alejandro trató de doblegarla a sus impulsos, pero las lágrimas que inundaban los ojos de Ignacia lo hicieron renunciar a sus deseos.

—¿Qué pasa?... ¿Estoy haciendo algo mal?... por favor, contéstame —le dijo Alejandro—. Yo sé que tú también sientes lo mismo...

—No... no puedo ahora... Dame tiempo... Dame tiempo... Por favor.

—Es Andreas... ¿verdad? —le dijo Alejandro mientras ocultaba sus puños a punto de brotar sangre, tratando de volver a respirar—. ¿Por qué no eres sincera conmigo?

—No entiendes nada, Alejandro... nada... pero ¿cómo podrías? —le dijo Ignacia acariciando su rostro y mirándolo con ternura.

—Entonces, explícame.

—Solo... dame tiempo...

—Está bien, perdóname por presionarte... No tengo derecho, apenas nos conocemos... pero es algo tan extraño, no sé qué me pasa cuando te tengo cerca,

cuando me miras... es cómo si te hubiera conocido hace mucho tiempo —dijo Alejandro en medio de una ansiedad que apenas controlaba—. No entiendo nada y no me importa... lo único que sé es que estando a tu lado... este dolor, que estoy sintiendo, desaparece.

Ignacia besó a Alejandro en los labios y se alejó tratando de contener el deseo que sentía de abrazarlo, de contarle todo y sobre todo de pedirle perdón. Alejandro besó los nudillos de sus manos, a manera de despedida, mientras se preguntaba porque ella lo rechazaba si sentía la misma pasión desenfrenada.

—Tómate el tiempo que necesites —le dijo Alejandro fingiendo una serenidad que estaba muy lejos de sentir.

—Mañana nos vemos, voy a casa de Marienne para averiguar qué noticia me tiene.

—No es necesario, el señor Patricio te espera... Marienne me llamó...

Luego de despedirse sin besos y sin abrazos, pero con el más profundo sentimiento de desolación, Alejandro inició el camino hacia el hotel donde había pasado esas últimas noches. El hambre, que era común que sintiera a esas horas, se había trasladado a alguna tierra lejana de la que ni siquiera sabía el nombre, pero si sentía sed y por ello, compró una de esas aguas carbonatadas que le hacían sentir tan bien, cuando la esperanza comenzaba a dibujarse en grises y neutros. Empacó todo lo suyo y hasta estuvo tentado a llevarse el pequeño oleo que colgaba de la pared, pero se abstuvo, pagó su factura y se marchó.

...

Flores secas de alhelí, jugo de escaramujo, polvo de cáscara de lima, pétalos macerados de rosas rojas y amarillas, diente de león, grasa de cordero, algo de badiana y polvo de cebolla eran los ingredientes de la pócima que le entregué a la anciana para sanar una úlcera, que ya se había vuelto su compañera inseparable el último año. Solo el amor podía hacer el milagro, pero la naturaleza era el símbolo de ese amor o dicho de otra manera; el vehículo para canalizarlo. No era frecuente que hiciera estas cosas, en especial, porque era muy riesgoso para mí y para Idalides, mi madre. Si alguien contaba lo que hacía, muy seguramente, íbamos a terminar en manos de los inquisidores y tendríamos que desaparecer sin poder ayudar a quienes lo necesitaban. La noticia de la llegada de un nuevo inquisidor desató el terror entre todos los habitantes de la provincia. La sola idea de terminar en manos del desalmado, bastaba para que la gente desconfiara una de otra. Una sola palabra, un solo señalamiento eran suficientes para ser llevado al palacio de la crueldad y terminar confesando crímenes inverosímiles: transmutación, levitación, teriomorfismo, espiritismo, ubicuidad, encantamiento, sodomía, nigromancia, adivinación, herbolaria, vampirismo, licantropía, herejía, apostasía, paganismo, blasfemia, participación en aquelarres... ¡Todo cuanto pudiera ocurrírseles a sus mentes febriles y maquiavélicas!

La primera vez que encarnamos, mi guardiana y yo, fue algo insufrible porque padecimos el dolor como los mortales y dependíamos del destino. Por todas nuestras acciones altruistas y heroicas, en las subsiguientes encarnaciones, se nos dio libertad para ir y venir como quisiéramos. Nuestra vida actual que discurría con mayor tranquilidad porque ya podíamos asumir la corporeidad a voluntad, estaba entregada por completo a la sanación material y espiritual.

Los golpes fuertes en el portón no eran un buen presagio. Eran casi las seis de la tarde cuando vinieron por mí. La acusación había sido hecha solo en mi contra. Tenía quince años y una belleza exuberante. Era alta y delgada, de cabellos castaños oscuros larguísimos y profundos ojos marrones. Idalides sabía muy bien que podían llevarme con ellos, pues más tardarían en cerrar la celda que yo en regresar. No hubo aspavientos ni llanto ni gritos lo que les causó sensible extrañeza. Me despedí con una sonrisa y mantuve la calma con un estoicismo digno de alabanza.

Haber escapado en ese momento hubiera sido inútil; significaba poner en riesgo la vida de los esclavos que protegíamos y de las pobres mujeres que trabajaban para nosotras. Fui llevada de inmediato frente al inquisidor. Las acusaciones eran muy graves y provenían de varias personas, incluso de algunos ya condenados a la hoguera. Mi mirada la mantenía enterrada en el piso. No quería ver a ese hombre. Era supuestamente un hombre santo y sabio, pero su energía se sentía roja, como brasa, comparable a la del peor asesino.

Cuando se acercó a mí me obligaron a mirarlo a los ojos. ¡Era él... él!... Lo supe en el momento en que sus ojos se sumergieron en los míos y su energía comenzó a fluir con sutiles destellos azules. No podía creerlo. Sentí temor y un inmenso dolor me carcomió por dentro. No me hizo ninguna pregunta. Con la mirada fija en mi rostro ordenó que me trasladaran a una de las celdas ubicadas en el ala este del segundo piso. Al fondo se encontraba una enorme alberca y algo suspendido en la parte superior. La escalera de madera se escuchaba como un crepitar grave de hojas secas. Muchos objetos de hierro y cadenas pesadas estaban en las habitaciones que pude ver cuando atravesamos el pasillo. La celda estaba limpia y tenía una

cama y un taburete. También era bien sabido que a las personas adineradas, a veces, les perdonaban la vida y les daban buen trato, si entregaban toda su fortuna. Supuse que eso era lo que buscaba, así que lo esperé de pie contando los segundos.

El ruido de las llaves me anunció su llegada. Tenía unos cincuenta años y una panza bastante notoria. Llevaba colgada en el cuello una camándula de plata que no le había visto antes. Nuevamente me detalló, pero con lascivia y se acercó a mí para empezar a caminar a mi alrededor y luego detenerse a mis espaldas. Escuché su respiración fuerte y sentí como ponía sus manos sobre mi cintura, abrazándome con fuerza hacia él, para luego girarme y encontrarse con mis ojos frente a frente. No había nada que hacer. Su alma se había condenado mil veces. Era imposible que me reconociera o sintiera algún tipo de afecto por mí.

De forma inesperada, me besó en la boca con tanta agonía que sentí asco. ¿En qué se había convertido? El poder lo había trastornado y sumergido en el apego sin límites, sin control. Cuando me arrojó a la cama no opuse resistencia, pero alcancé a tocar su rostro y de alguna forma, algo se movió en su interior y de sus ojos brotaron lágrimas, cientos de lágrimas que no podía detener. Despavorido, se alejó de mí gritando que era una bruja. El resto de su vida lo acompañaría un río de lágrimas que no lo dejaría vivir nunca más con tranquilidad. Tal acto quizá me pesaría un poco por violar las leyes, pero tiempo era lo que tenía para purgar mis culpas. Esa misma noche regresé con Idalides y ni siquiera le mencioné mi reencuentro con él. No valía la pena.

9. La historia de Patricio Gimenez

La casa de Patricio Giménez era una construcción moderna con una fachada de estilo sobrio, rodeada por trinitarias púrpuras y blancas que matizaban el entorno. A través de las ventanas no se alcanzaban a ver más que luces tenues y la silueta de alguien un poco encorvado. Alejandro tocó a la puerta después de abrir la reja de metal marfil y cruzar un camino de piedras pulidas en cuyos costados resplandecían varios rosales dispuestos de manera simétrica. El mismo Patricio fue quien le abrió la puerta; mostraba una vejez precipitada: pelo entrecano, surcos en las comisuras de los labios y la frente, una voz poderosa y un brillo intenso en los ojos. Al comienzo, lo trató con mucha austeridad, pero algo que provenía de su interior lo conmovió hasta el punto de que lo invitó a sentarse con él, por unos momentos, en el jardín del patio de la casa.

El jardín estaba bien cuidado, pero sin ningún diseño específico; abundaban los azahares de la india, los coralitos naranjas, escarlatas, amarillos y blancos, y en menor proporción; caminitos de margaritas y rosas miniatura. La iluminación descansaba en dos faroles de estilo colonial, estratégicamente ubicados, para poder observar a plenitud la belleza de las flores desde cualquiera de las bancas que sumaban tres en total, y que habían quedado como recuerdo de las impetuosas ideas de Miriam, su fallecida esposa. Las bancas estaban hechas de madera y metal moldeado en forma de ramillete de manera que, en conjunto, denotaba mucho esfuerzo y amor, amor que, todavía estaba presente en las palabras de Patricio para quien era inevitable nombrarla, como si todavía estuviera viva.

Patricio le pidió a Alejandro que lo acompañara al interior de la vivienda para mostrarle algunos de los bocetos al carbón y las acuarelas oníricas que conservaba de Miriam; sus únicos legados antes de que su intempestivo viaje terminara por arrebatarla de su lado. Alejandro pudo notar en su voz y la expresión de su rostro el inmenso dolor que aún sentía, a pesar de que habían transcurrido ya muchos años desde aquel fatídico accidente. La habitación donde Miriam y él habían sido tan felices, era un refugio que había decidido conservar intacto porque en su interior algo le decía que todavía estaba viva, ya que nunca pudo recuperar el cuerpo, aunque incluso el mismo se apersonó de todo por más de dos meses. Por ello, conservaba la esperanza secreta de verla regresar con su morral, sus tenis y sus pantalones de mezclilla, impregnando todo con su alegría y su juventud.

Luego de compartir unos tragos de ron blanco, Patricio acompañó a Alejandro hasta su habitación. En el pasillo pudo observar un retrato magistralmente ejecutado; se apreciaba el rostro de una mujer rubia, cubierta con un primoroso chal azul verdoso que dejaba ver parte del busto, con un fondo marino de espuma blanca y un cielo cobrizo, en el que la mirada triste y la expresión de su rostro hacían preguntarse si era una fotografía. Antes de que la pregunta emergiera, Patricio le hizo saber que era un retrato de Miriam su difunta mujer. Alejandro, sin dudar, se solidarizó con su pena, pues él inexplicablemente también se vio cautivo ante su cálida belleza.

Había algo en la mirada de la mujer del retrato que la hacía tan viva y a la vez tan cercana como si la conociera o le recordara a alguien, pero quizás la melancolía que

desbordaba su mirar era lo que más le había impresionado y aún ya medio dormido después de haberse instalado de forma apresurada, dejando muchas cosas pendientes por ordenar, traía a su mente la mirada de esa mujer que le hacía pensar en Ignacia de alguna forma. Solo sonreía al imaginarse ya totalmente poseído por los sentimientos hacia ella y la única explicación razonable para él era que ya la empezaba a ver en todos lados, hasta en los retratos de mujeres que en apariencia no tenían ninguna similitud con la mujer que le causaba tanto desvelo.

La noche no fue buena con él. Morfeo lo sacudió con furia y lo llevo por parajes alucinantes en los que veía a Ignacia con el rostro de muchas mujeres y distintos atavíos. Se veía a sí mismo diferente, pero siempre con un profundo sentimiento por ella, que luego se convertía en el más lacerante de todos los dolores. Cuando quiso despertar, ya era justo la hora de levantarse para lograr alcanzar el primer bote que zarpaba. No había logrado descansar nada y sentía que esas pesadillas eran tan reales que hasta el cuerpo le dolía, y lo peor era que en su memoria Ignacia permanecía indeleble, atada a sus pensamientos, a su sangre, a su agonía.

La casa se sentía sola, pero pudo notar la presencia de Patricio en el patio. Estaba dedicado a sus plantas con la devoción de alguien que solo cuenta con el día a día y la esperanza de un milagro. No quiso despedirse, para no distraerlo, al verlo tan absorto en su quehacer y porque, además, ya iba bastante retrasado. Antes de marcharse echó una última mirada al retrato de Miriam buscando alguna respuesta a su desasosiego, aunque fue en vano. La mirada era la misma; sombría e intensa, con una sonrisa que ahora, nueva para él, le hacía estremecer y sentirse más seguro de haberla visto antes. A su mente llegó, al mismo tiempo, la calidez del cuerpo de Ignacia con una sensación de plenitud y tranquilidad que jamás había vivido; entonces, miró el reloj, suspiró y apresuró el paso con la esperanza de encontrarla en el viaje de ida a la Isla de las Marías.

...

Lo amé, lo amé desde que lo vi. Cuando descendió de su caballo para auxiliarme con mi vestido, un delirio de orquídeas y violetas se confabularon para enaltecer la fragancia de mi piel y mis cabellos. Había salido a recoger ciruelas y guayabas del huerto de La Aurora, pero por mi celeridad no me fijé en un arbusto de espinas en el que enredé las gasas de mi falda. Era el hombre más bello que jamás hubiera visto. Sus ojos castaños me transportaron, en un instante, a todos los fragmentos del pasado que habíamos vivido. El contacto de su mano fuerte y segura derribó todas mis defensas y me arrinconó frente al deseo y la razón. El temblor de mi cuerpo lo estremeció y necesitó ambas manos para evitar que cayera al suelo. Su risa serena y contagiosa me devolvió la esperanza. Sin embargo, debajo de su hábito parecía esconderse una realidad ominosa. Venía a visitar al sacerdote que cuidaba a los esclavos. Cantarega era el mayor de los puertos negreros y por ende; la antesala del infierno. El sufrimiento de todos esos inocentes secuestrados se multiplicaba por mil ante la indiferencia de un mundo que solo veía en ellos una mercancía, un puente al poder y la riqueza. Y Pablo era un héroe en medio de la infamia, de la crueldad, de la ignominia... Su luz blanca iluminaba el camino en medio de la oscuridad. Yo era una benefactora de la causa del santo hombre. Muchos lo perseguían y temí que se tratará de un ardid en su contra.

Fray Augusto del Rio había sido enviado a las nuevas tierras para evangelizar y servir a su credo, pero también a constatar los relatos que se escuchaban del sacerdote loco, que se hacía llamar "esclavo de los negros". Mi tía Irmadiz y yo le agradecemos que me auxiliara; ofreciéndole vino, pan, gallina asada y queso fresco. No podía apartar los ojos de él a pesar de su condición. Lo peor era que él también me miraba y me coqueteaba, muy sutilmente. Me disgustaba el desprecio que se sentía en sus palabras por los esclavos. Veía como pérdida de tiempo el trabajo de Pablo, ya que las almas que importaban eran las de los blancos, además, eran ellos los que contribuían a engrandecer sus arcas. Sus palabras despectivas y su falta de caridad me hicieron verlo como un ser vil y despreciable, pero aun así no se calmaba la pasión que despertaba en mí. Lo inevitable ocurrió, me convertí en su amante. Me sometí a sus caprichos y a sus irrefrenables pasiones que me lastimaban físicamente, hasta convertirme a través del dolor en su esclava. Llegaba a visitarme casi todos los días para someterme y regocijarse con mi creciente falta de voluntad.

Irmadiz constató que uno de sus informes era muy nocivo para Pablo y que incluso solicitaba que lo trasladaran a una leprosería. Había permanecido expectante ante mi locura, hasta que me hizo ver las dimensiones de mi fracaso. Y como si el encantamiento hubiera dejado de surtir efecto, comencé a rechazarlo, a ausentarme para no encontrarme con él... pero su furia se desató como una tormenta, al punto de despertar en él sus peores sentimientos. No había esperanza alguna de que me reconociera. Y la única opción fue escapar de las brasas de su tormento...

La historia de su vida terminó para nosotras el día que nos marchamos. Con la piel ajada y vestidas de blanco, nos mantuvimos al lado de Pablo, atendiendo a los leprosos que en aquella villa todos despreciaban...

10. Isabel y Camilo

Camilo alcanzó a ver a Alejandro desde la pequeña embarcación, pero ya habían avanzado mucho y, además, el cupo estaba completo. Por eso, ni siquiera intento pedirle el favor al barquero, que era conocido suyo, para que regresara por él. Isabel no se percató de nada por estar embelesada con una de sus manualidades. Camilo secretamente la miraba, no podía evitarlo, notaba en ella algo diferente a todas las mujeres que había conocido y se regocijaba viéndola en medio de su confusión y enajenamiento.

Veía en ella una mujer especial y algo extraña al mismo tiempo, aunque realmente atractiva. A pesar de su apariencia desgarrada; su cabello lacio oscuro y sus ojos verdes hacían detenerse a muchos para mirarla. Sin embargo, ella no reparaba en nada ni nadie. Solo quería regresar a su mundo, a su vida de siempre.

La vida de Camilo era un secreto a voces. Había participado en la guerra siendo casi un niño. Arrastrado por el holocausto de su familia y guiado por la sed de venganza, tomó las armas enrolándose en el frente contrario a los asesinos. Pero no sintió alivio. Se transformó en lo que más odiaba. Era un reflejo retorcido de los asesinos de sus padres y hermanos. Alguien que se creía con el derecho de ajusticiar, de la forma más abominable, a todo el que fuera su enemigo. Los recuerdos traicionaban su alegría y su esperanza. El tinte rojo que veía en sus manos ni en el lavabo podía borrarlo. La pena impuesta le pareció poca para todo lo que había hecho, pero el sistema de atenuación de penas le permitió hacer una nueva vida y por ello decidió estudiar Ciencias Sociales con el fin de transmitirles a los niños la necesidad de construir una sociedad de personas reales, de verdaderos seres humanos. Camilo era un hombre taciturno que en muy pocas ocasiones mostraba interés por alguien. Alguna vez sintió amor por una mujer que no le correspondió a plenitud y que murió en medio de una ofensiva. Sus otras relaciones habían sido meramente físicas, sin ningún trasfondo emocional. Ahora su interés por Isabel lo sentía como algo diferente y novedoso sin dejar de ser inquietante.

Inexplicablemente, Isabel dirigió su mirada por un momento a Camilo para sonreírle, algo que nunca hubiera esperado el atónito hombre que pensó para sí que, tal vez en medio de todo, había alguna posibilidad de acercársele en un plan diferente de amigo. Se la imaginaba vestida diferente y menos impetuosa, quizás un poco más dulce y cariñosa porque en realidad, aunque tenía muy buen humor, tendía a ser seca y hosca cuando intentaban sobrepasar los límites que interponía en sus relaciones con los demás.

Camilo intentó hablarle, pero ella estaba absorta en su mundo. Isabel no encontraba la manera de llegar hasta Ignacia para convencerla de regresar y evitar más sufrimientos. Intentaba encontrar una explicación a lo que pasaba. Sospechaba que algo bastante inusual estaba sucediendo y era probable que otras fuerzas más poderosas estuvieran influyendo en toda esta nueva situación.

—Isa... Isa... —la llamó Camilo, pero sin obtener respuesta, hasta que acarició su mano con delicadeza, trayéndola al presente soleado, salpicado por las olas del mar.

— Sí, dime.

—Isa, me preguntaba si te gustaría salir conmigo uno de estos días a caminar al centro de la ciudad y a comer algo

—¿Me estas invitando a salir?... ¿Por qué?

—¿No quieres ir?

—¿Es que me parece extraño? ¿Pero sí, por qué no? ¿El sábado? ¿Te parece bien?

Isabel detuvo la mirada por un momento en Camilo y detalló su sonrisa y su cabello un poco largo y medio desordenado, al igual que su piel morena oscura. A la respuesta de Camilo, Isabel contestó con una sonrisa tan diáfana que hasta ella misma se sorprendió. No había notado hasta ese momento sus rasgos exquisitos ni la forma en que la miraba. Motivada por la implacable monotonía de los días, quiso experimentar esas sensaciones humanas tan ajenas a ella y que le eran tan difíciles de entender. Además, tiempo era lo que tenía; la llegada de Gabriel amenazaba con prolongar, aún más, esa vida que no quería, que despreciaba.

Alejandro esperó la segunda embarcación, pensaba en su último encuentro con Ignacia, en su perfume que sentía todavía enredado en su cuerpo y en sus ojos llenos de lágrimas. Sabía que detrás de esa indecisión se escondía algo que no alcanzaba a entender, quizá relacionado con Andreas. Sin embargo, sonreía... sonreía porque estaba seguro que a pesar de todo, ella le correspondía con la misma intensidad.

Al llegar a la escuela, Alejandro se vio contrariado al no ver a Ignacia. Paloma no supo darle respuesta, pero le aseguró que no demoraba, que a veces tenía asuntos que resolver y generalmente antes de mediodía aparecía y si tenía algún problema quizás ella podía ayudarlo. Pero el problema de Alejandro no podía resolverlo nadie más que ella; no entendía cómo podían devorarlo tantas emociones en tan poco tiempo.

Alejandro recordó, por un momento, una de sus relaciones anteriores con una estudiante de intercambio que, aunque no era bonita, había logrado con su pasión y su buen humor enredarlo en su cama, sin ningún tipo de inhibiciones por casi un año. Más allá de disfrutar intensamente el sexo con ella, no llegó a albergar algún tipo de necesidad agobiante de tenerla cerca. Las mujeres, para él, iban y venían sin trascendencia. Sin embargo, lo que sentía ahora por esta mujer que apenas conocía era inenarrable, casi al extremo de ser doloroso y a la vez insoportable. Se preguntaba una y mil veces por qué comenzaba a atraerle de esa forma tan intensa e inexplicable y por qué, si bien ella parecía corresponderle, se negaba a vivir a plenitud lo que sentía.

En su mente, solo la existencia de otro hombre, podía explicar su extraño comportamiento. Y sí era Andreas, estaba perdido porque no podía hacer nada en contra de él... Jamás...jamás.

Alejandro no recordaba cuantas veces había visto a Ignacia sentada en el escritorio, sonriéndole, y luego desvaneciéndose como si fuera una aurora. Paloma lo espiaba intrigada; se veía molesto, dubitativo... cuando una llamada le cambió la expresión del rostro y en medio de monosílabos y unas breves anotaciones, observó cómo sacaba de su morral otro portátil más ligero en el que empezó a trabajar por alrededor de una hora. Le pareció inusual, pero no quiso preguntarle nada; su mutismo era aterrador.

Eran las 11:00 a.m. cuando Ignacia apareció ataviada con un vestido de algodón que le daba a los tobillos pleno de flores pequeñas fucsias, azules y malvas organizadas en

ramilletes limitados por cuadros que se veían superpuestos, con unas sandalias planas adornadas con piedras de colores. El cabello no lo traía rizado sino impecablemente liso, con poco maquillaje, pero el suficiente para resaltar una belleza que no podía pasar desapercibida. Su aparición fue como la de un huracán impregnando todo con una energía que emanaba desde su interior. Después de haber dejado sobre el escritorio el inmenso bolso multicolor, una artesanía típica de las manos indígenas del Caribe, se acercó a Paloma que la saludó afablemente contrario a la sequedad casi agresiva de Alejandro. Ignacia, no reparó en ello, tenía muchos asuntos pendientes para la fiesta de bienvenida de los pequeños. Necesitaba coordinar todavía algunos detalles y quería que todo saliera perfecto. Paloma le entregó unas cotizaciones que faltaban y trató de adelantar algo.

Mientras todos salían a almorzar Alejandro aparentaba que tenía todavía mucho por hacer, solo para poder quedarse a solas con Ignacia.

—Ni siquiera tengo tu móvil, así al menos podría saber que estas bien para no preocuparme —dijo Alejandro en un tono grave tratando de hacerla sentir culpable.

—¿Para qué? Si siempre lo olvido en cualquier lado —le dijo sin mirarlo mientras organizaba unos documentos.

—No entiendo, ¿te pasa algo? Pareces molesto.

—Me preocupo por ti. Simplemente eso. La sola idea de que te pase algo... me hace perder la cordura.

—Alejandro te puedo asegurar que nada malo me va a pasar —le dijo mientras firmaba unas cartas—. Ya terminé... Vamos a Almorzar... ¿Te falta mucho?

Alejandro iba a responderle cuando apareció Andreas.

—Nacha, ¿qué haces? Vine a buscarte o me vas a dejar esperando —dijo Andreas sonriendo y tomando la mano de Ignacia. Percatándose casi de inmediato de Alejandro.

—Hola, Alejo. ¿Mucho trabajo?

—No, ya salíamos.

—Bueno. No te molesta si Ignacia y yo vamos adelantando camino —le dijo Andreas guiñándole el ojo.

—No, no hay ningún problema —dijo Alejandro imaginándose a Andreas en el fondo del océano, devorado por monstruos marinos, aunque de inmediato se arrepintió de sus pensamientos.

—Vamos, Nacha —dijo Andreas mientras tomaba a Ignacia de la mano.

—Está bien, está bien —dijo Ignacia, despidiéndose de Alejandro, con una sonrisa.

Alejandro por su parte sentía que la tierra se lo tragaba, pero nuevamente lo escupía por todo el veneno y la ira que albergaba en su interior.

...

La noticia de una mujer santa que venía del extranjero hizo eco en la región. La pobreza de las gentes a causa de la violencia se notaba no solo en la expresión de sus rostros, sino en sus pies y en las despensas fatigadas, casi exánimes. Verde y naranja eran los colores de la división de ideas y pensamientos, hechos partidos políticos que arañaban las entrañas desde dentro o esculpían cicatrices con paciencia y odio sobre la piel curtida por el sol. Se era de uno u otro bando y ante la presencia del contrario la muerte era lo más seguro. Imperaba la anarquía, el desespero y el desamor. No eran muchos los habitantes del pueblito cobijado por oíties, almendros y ceibas medio verdes, medio tristes (en verdad tristes porque la naturaleza compartía el dolor y la falta de comunión).

Nos acomodamos en una casa un poco alejada del pueblo y poblamos el alrededor con rosas, jazmines y narcisos. La romería llegaba de todas partes en busca de una cura para el cuerpo o para el alma. El agua de panela y un bizcocho hacían menos larga la espera. Dolor, falta de aire, cansancio, úlceras, algunos no tan enfermos y otros casi moribundos desfilaban ante mí en busca de una mejoría incierta, pero movidos por la fe que era lo único que tenían. Mi sola presencia les devolvía algo de la calma perdida por sus males y cuando les imponía las manos la sanación llegaba casi de inmediato. Me comenzaron a llamar "la santa". Mi cabello era rubio nórdico y mis ojos intensamente azules. Tenía menos de treinta años y era muy delgada. Era agraciada pero no bella. Irma, mi compañera y otras dos mujeres que nos acompañaban, también eran tan descoloridas como yo, en contraste con la gente del lugar de piel trigüeña y cabellos oscuros. Sabían que veníamos de muy lejos y por nuestras vestimentas; que pertenecíamos a alguna comunidad religiosa. Vestíamos de blanco y cubríamos con velos negros nuestro cabello.

Quizás había transcurrido un mes, cuando unos hombres del partido naranja llegaron a buscarme. Aunque la gente trató de interponerse, no se los permití por temor a que les hicieran daño. Irma quedó encargada del hospital improvisado que recibía a todos por igual. Atravesamos la manigua siguiendo el lecho del río, para luego adentrarnos aún más en la espesura de la selva. Antes que oscureciera llegamos al campamento. La santa está aquí... ¡Es como un ángel!... escuchaba que decían. Me llevaron frente a un hombre que estaba en cama; ardía en fiebre y deliraba. El hombre de unos cuarenta años era el líder del grupo. La energía del hombre empezaba a extinguirse y yo no podía llegar a tanto; su destino ya estaba escrito. Ante mi negativa, pronto apareció otro hombre que quizás tenía mi misma edad. Sus ojos castaños me revelaron quien era. Sin duda, era él. Llegó lanzando improperios y vociferando. Al verme, su energía comenzó a bullir en un tono sangriento y abominable. Era Juansinalma; el monstruo que todos temían y que había acabado con cientos de inocentes por cuenta de su destreza con la navaja. Al verme directamente a los ojos, algo se movió en él y me perdonó la vida. Petrificada por el terror permanecí al lado del enfermo para brindarle algo de paz. Pasada una hora, el moribundo ya partía de este mundo físico en medio de un silencio devastador. Su última morada ya estaba preparada a pocos metros. Allí lo depositaron en medio de una oración y el susurro de las hojas de los árboles.

Desde lejos los observaba, parecían compungidos por la muerte de su líder. Entre ellos había un muchacho que tenía un ojo cubierto con una venda ensangrentada. Sin temor, me acerqué a él para que desapareciera su aflicción. Pero Juansinalma observó como el jovencito sanaba con mi cercanía y agradecido me tomaba de las manos. Y la escena envileció aún más su corazón: Decidió retenerme más tiempo para usarme a su antojo. Lo que no sabía es que el amor solo

sana cuando es libre, mas cuando es forzado lo que causa es dolor.

Yo decidí entrar en un estado de contemplación. No comí ni bebí nada desde ese día. Me senté bajo un gran árbol (al que nunca antes habían visto florecer) que, en menos de nada, se cubrió de un blanco inmaculado y un verde azulado que irradiaba paz y felicidad. Pero su alma atormentada no le permitía ver con claridad. Y su afán de poder y su ansía por la guerra y la sangre no le movían el corazón. El tiempo siguió corriendo y su crueldad se hizo explícita en todos sus actos y decisiones.

En varias ocasiones se acercó a mí para decapitarme, pero una fuerza sobrehumana se lo impidió. Mi cuerpo se estaba desdibujando y aunque podía haber escapado, al menos quería dejar en su mente, la sensación de que la vida estaba por encima de todo... Que la libertad era el más valioso de los dones... Que la vida era un regalo y que le pertenecía a cada quien... Que el poder no debía transfigurar el corazón... Que nadie podía asumir el papel de un Dios... Que solo éramos un suspiro en medio de la inefable bruma.

Y un día cualquiera, solo aparecieron mis ropas blanquísimas en medio de una hojarasca azul verdosa al pie del árbol desolado. En vano me buscaron. De mi historia... un recuerdo que, poco a poco, se perdería en el tiempo y la memoria de las gentes.

11. El jardín de Miriam

El almuerzo se hizo lento y pesado para Ignacia; esperaba la llegada de Alejandro con ansía. Los demás estaban concentrados en las sorpresas que tenía Andreas para los niños; un mago y un verdadero festín de golosinas y bebidas de frutas tropicales, además, de la entrega de útiles escolares llenos de colorido y fragancias almibaradas. La fiesta de bienvenida era vital para motivarlos a continuar estudiando, ya que algunos desistían y dejaban la escuela, a mitad de semestre, para ir a trabajar en la pesca o a vender dulces, mango verde o artesanías a los turistas que, con asiduidad, poblaban las playas de los archipiélagos.

Todos proponían ideas novedosas y se planteaban múltiples retos para el nuevo año escolar que recién empezaba. Sin embargo, Ignacia no dejaba de pensar en Alejandro. A estas alturas suponía que ya no vendría a almorzar. Lo conocía perfectamente. Sabía muy bien lo que estaba sintiendo, pero ella no podía hacer nada. Él tenía que reconocerla por sí mismo, sin acercarse demasiado. Al tiempo que pensaba en la bondad y en la pureza de su alma cuando lo conoció, recordaba su transformación en un monstruo lleno de crueldad y de frialdad ante el dolor ajeno... Las imágenes llegaron a su mente como ráfagas de una película de Torrensino y respiró profundo para contener las lágrimas.

Gabriel era la razón de su paso por este mundo, por él había transgredido todas las leyes y debía recuperar el equilibrio que había roto con su pecado. Se preguntaba cómo iba a poder controlarse y no dejarse subyugar ante su presencia y el incontrolable poder que ejercía sobre ella.

Isabel se le acercó cuando sintió su dolor. Descansó la mano sobre su hombro y al instante la energía de Ignacia comenzó a fluir de manera ordenada y a brillar con un halo azul satinado.

—Bueno, ya podemos irnos —dijo Isabel mirando a Ignacia y diciéndole sin palabras que se calmara.

—Sí, creo que hemos terminado —dijo Mario.

—Gracias por todo, Andreas —le dijo Ignacia mirándolo a los ojos.

—Para ti todo... todo —le dijo besándola en la mejilla.

Antes de marcharse Ignacia pidió algo para llevar. Era para Alejandro. Paloma se percató de ello y la secundó en sus intenciones.

—Por favor, también un postre. Siempre es necesario para endulzar el alma —dijo Paloma sonriendo y mirando con suspicacia a Ignacia

—Ah y uno para mí también —agregó Isabel —No sé por qué, pero me encanta este enyucado... es tan suave y el coco lo hace sublime...

—Yo te invito —le dijo Camilo a Isabel mientras se acercaba a ella.

—Bueno, gracias —le dijo sonriendo.

Ignacia notó algo extraño entre Camilo e Isabel. Pero se hizo la desentendida; le urgía regresar a la escuela. Un mar de dudas la angustiaba, no la dejaba en paz.

El informe inconcluso de Alejandro y el comentario del señor Mauricio, "Eje profesor nuevo ha salió como loco y no sé pa' onde cogió", logró alterar bastante a Ignacia. El

resto de la tarde fue un verdadero suplicio ante la incertidumbre de no saber nada de él.

El regreso a Cantarega fue tranquilo y sin novedades, pero la angustia la hacía caminar tantos caminos tenebrosos que ninguno la llevaba a una versión feliz del estado de Alejandro. Eran las seis de la tarde y ya oscurecía. Temía que otra vez cometiera los errores del pasado.

—Mañana será un muy buen día. No te preocupes —le dijo Paloma despidiéndose de ella.

Ignacia compró algo para cenar en el bistró que tanto le gustaba y siguió los adoquines que conducían hasta su casa. De lejos, alcanzó a ver los pies de alguien sentado en la entrada de su casa. Aceleró el paso para constatar que se trataba de Alejandro, golpeado y ebrio.

—Alejandro... Alejandro, ¿qué te pasó?

—¿Qué hiciste? ¿Qué hiciste?

—Golpee a Andreas —dijo Alejandro entre risas—. Acércate... Acércate —Tomándola de la mano mientras le habló al oído—. Te voy a contar un secreto... ¡hip! La verdad no era él, pero se me parecía tanto. No sé qué me pasa Ignacia, yo no soy así. Estas dentro de mí, tan dentro. Me despierto pensando en ti y así continúa todo el día. Necesito tocarte, sentirte... Pero... tú estás enamorada de él...Lo voy a matar. ¿Matar?.. No sé ni que estoy diciendo. ¿A él y por ti? ¿por ti? Es tu culpa... tu culpa —le dijo mientras la tomaba de los brazos.

Algunos transeúntes se acercaron preguntándole si necesitaba que llamaran a la policía, pero Ignacia rápidamente posó su mano sobre el rostro de Alejandro y al instante quedó dormido.

—No, no pasa nada —les dijo Ignacia y siguieron su camino.

Mientras sostenía su mano sobre Alejandro, sus moretones empezaron a desaparecer, y lo llevó a un estado de semiinconsciencia, de penumbra mental.

—Levántate, Alejandro, vamos a casa de Patricio.

Alejandro empezó a caminar al lado de Ignacia, como un autómatas sin voluntad ni raciocinio, como si su alma se hubiera aletargado y cobijado dentro de un abismo. Ignacia detuvo un taxi que los condujo hasta su destino.

Las puertas de la casa, ubicada cerca al centro, se abrieron casi de inmediato para que los ojos de Ignacia y Patricio se cruzaran por un instante.

—¿Qué le pasó a Alejandro?

—Extraña a su mamá.

—Parece que ya está un poco grandecito para eso.

Y sonrieron al tiempo.

Ignacia volvió a posar su mano sobre él mientras le decía que fuera a dormir.

—Patricio, te amo —dijo Alejandro saludándole con un golpe suave en el hombro.

—Esta juventud de hoy... no deja de sorprenderlo a uno.

—Y tú ¿quién eres?

—Ignacia Rhenals.

—La coordinadora de la Escuela de las Marías.

—Sí, así es. ¿Me conoce?

—Por Marienne. Ya sabes cómo es... viene aquí a veces a buscar algunas plantas de mi jardín. Bueno, del jardín de mi esposa. Y no deja de hablar ni con la boca llena.

—Ya veo.

—¿Por qué no entras un rato y me hablas de la escuela? Yo solía trabajar allá.

—Sí...lo sé, recién empezaba a trabajar, cuando Usted se retiró.

—Usted es psicólogo, ¿cierto?

—Sigue, por favor.

—Hablemos un rato. Mientras, compartimos unos hojaldres de jamón con queso y limonada. Pero, por favor, tutéame, no me hagas sentir viejo.

—Como Us... tú digas.

Ignacia no pudo resistir la tentación de estar un rato con él. Patricio era un ser puro y su energía blanca azulada generaba paz y tranquilidad. Estaba casi segura de que está sería la última vez que reencarnaría; su discernimiento y sabiduría superaban por mucho a la de un mortal.

El jardín lleno de flores evocó risas, juegos, ilusiones y la nobleza de un amor puro y sereno. Patricio era un ser como pocos. Su dedicación y constancia se veían reflejadas incluso en los rosales enanos de color blanco que perfumaban el ambiente y hacían trasladarse a otros mundos mullidos y distantes. La charla amena y los deliciosos pastelillos le hicieron olvidar, por momentos, a Ignacia la desazón que la acompañaba. Un concierto de batracios se comenzó a escuchar tenue, arrullador, casi hipnótico. La brisa un poco fría que ululaba sobre las flores empezó a caminar por las bancas, por los faroles, por los vericuetos, como si quisiera hablar y decir tantas cosas guardadas en el arcano del tiempo. La mente de Patricio empezó a bailar con el céfiro, a refugiarse en ese pasado tan vívido, tan suyo, tan cercano.

Ignacia pudo sentir de nuevo la paz que había perdido. Cuando se marchó le agradeció a Patricio su gentileza y lo invitó a la fiesta de los niños, aunque sabía muy bien que él ya no pertenecía a este mundo. Él, por su parte, sonreía reconfortado por una dulce serenidad que emanaba de su interior, al evocar con esperanza y no con tristeza el recuerdo de Miriam.

...

Mis huesos no eran fuertes y sentía mucho cansancio. Las arrugas en mi rostro simulaban mapas de reinos cuadriculados. A mi lado estaba Ipsis, cansada también, pero con muchos menos achaques, pues yo decidí sentir el dolor de ambas como una especie de autocastigo para mi salvación. Nuestro alimento eran raíces, frutos coloridos y bolas verdes con sabor agradable que se desplomaban de lo alto.

Pensaban que éramos hechiceras y nos temían. Nos mantenían alejadas de la tribu, sin perdernos de vista, a la espera de que hiciéramos algo en su contra. El gran sabio nos protegía porque sabía que podíamos ver el futuro. Predijimos el ataque del jaguar y la muerte de dos guerreros. Su preocupación era la misma de nosotras; él también lo había sentido. Inmensas naves llegaban por el agua y descendían hombres pálidos con armaduras y artefactos jamás vistos. No eran buenos. Eran exterminadores. Una raza de gente violenta sin compasión alguna.

Era mi primera vez en este mundo. El despertar ha sido ruinoso, aunque pienso que nada es suficiente para espiar mis culpas. Los sentidos son una puerta al sufrimiento y a la felicidad. Me desperté en medio de la maleza con picaduras de zancudos, la boca seca, la piel agrietada y las manos entumecidas. Ya era bastante vieja y las articulaciones me dolían. La pobre Ipsis apareció de la nada a las pocas horas, pero con mejor salud y algo de juventud. Su única obligación era custodiarme y aunque podría decirse que era mi carcelera, era en realidad mi protectora, mi guía. La primera vez que tomé agua sentí que me conectaba con la tierra de los dioses y cabalgaba en las hondonadas de los valles ígneos, pero sentí pesar al saber que la existencia física dependía por completo de ella. Mis bocanadas de aire eran arrítmicas y conscientes, a veces desaforadas, a veces pausadas. Aire ególatra, invisible e irónicamente celestial. La necesidad de ingerir alimentos de toda clase se convirtió en una explosión de sabores, de colores, de texturas... algunos más gustosos que otros, pero que transportaban de forma singular a la vida, a la realidad. La sabiduría también necesita conectarse con la vivencia, con las sensaciones, con el mundo. No proviene, simplemente, de la contemplación.

Cuando nos encontraron hace algunos años, los aldeanos nos trataron con temor porque nuestra tez era un poco más oscura que la de ellos y no habían visto gente parecida a nosotras, pero sabían, por relatos antiquísimos, que de las Islas del Sol a veces llegaban visitantes que se abastecían y al poco tiempo se marchaban... Pensaron que quizás nos abandonaron por traer malas energías o por lo feas que éramos. Era la primera vez que hablamos lengua humana y si bien al principio fue extraño, al sentir la vibración y escuchar el sonido de nuestras propias voces, nos dimos cuenta de que el don de entendimiento de lenguas lo habíamos conservado.

Decidieron dejarnos vivir cerca de ellos, aunque fuera de la aldea, por intervención del gran sabio que no vio peligro en nosotras, pero sí un gran conocimiento que quería para él. Así que venía cada dos días para aprender de las plantas y las visiones. Había una en especial que lo aterrorizaba: Los invasores. Se preguntaba qué podía hacer para proteger a su gente. No había respuesta. La historia de un genocidio ya estaba escrita.

Primero el avistamiento, luego el terror. ¿A dónde podían ocultarse? Los héroes sin nombre nacerían por cientos en aquellos días; mujeres y hombres por igual. Las montañas más altas fueron su primer refugio y nunca más el gran sabio volvió. Nos abandonaron a nuestra suerte y nos mantuvimos escondidas, tratando de evadir los pálidos enemigos y el devastador poder

de sus armas... pero nos hallaron.

Y por primera vez vivimos el dolor físico. Nos torturaron en un intento por encontrar lo que buscaban: oro y esclavos. No unas ancianas desagradables con apariencia de brujas... Y sin augurarlo me encontré con sus ojos vacíos en el rostro de uno de nuestros verdugos. Era un soldado guerrero ávido de sangre y lleno de crueldad. Disfrutaba el sufrimiento ajeno tanto como comer o beber. Al no conseguir nada, sin atreverse a quitarnos la vida, nos abandonaron atadas a un inmenso árbol, pues en su mente no éramos más que unos súcubos paridos por el diablo que debían morir bajo la voluntad de Dios. A lo lejos los vimos seguir su camino manigua adentro. Jamás lo volveríamos a ver en aquella vida.

12. La fiesta

El mago con ayuda de David completó su acto. Un conejo blanco había reaparecido casi al instante en presencia de todos. Las risas de los niños, ciento dos en total, eran el mejor aplauso. David, que ya cursaba el quinto grado con escasos diez años y era de los más aplicados en clase, demostraba un sinfín de habilidades para la comedia. El alboroto alcanzó el clímax cuando David dejó en libertad al conejo y todos se unieron para atraparlo. Inicialmente saltó al regazo de Paloma que despavorida lo lanzó al suelo y comenzó a esconderse entre los pies de los asistentes hasta que finalmente, Mario lo atrapó entre sus manos como si fuera una bola de algodón. Le dirigió a David una mirada de desaprobación, aunque en su interior no podía soportar lo hilarante de la escena. El mago tomó al animalito y lo guardó en la jaula. El siguiente acto contemplaba adivinar los datos de una persona que eligiera David. Mientras vendaba los ojos del mago, el niño enfocó su mirada hacia Alejandro.

—Necesito algo que le pertenezca al elegido.

David se dirigió hasta Alejandro y tomó una pluma dorada que tenía en el bolsillo de la camisa.

—Aquí está, aquí esta. Podemos continuar, Gran Hazam —le dijo el niño haciéndole una venia.

Tomó la pluma entre sus manos y la empezó a manipular por unos segundos, para relatar sus visiones...

—Usted es un hombre muy joven que ha viajado mucho... Extraña a alguien... Sí, sí, su hermano... Está enamorado, muy enamorado... diría que es la primera vez que se enamora de esa manera... También es muy afortunado porque ella le corresponde igual...y llegó hasta aquí por... por... No, no puedo verlo.

El mago dio por un momento la impresión de venirse al piso, pero se apoyó en el niño y se quitó la venda para preguntarle a Alejandro si había acertado.

—Sí. Todo lo que ha dicho es cierto, excepto lo de que la mujer me corresponde —le respondió al mago, pero dirigiendo su mirada hacia Ignacia.

Todos empezaron a aplaudir y los niños, tanto los más pequeños como los mayorcitos, se dirigieron al mago para tocarlo y ver de cerca su varita. Al tiempo que lo rodeaban, lo llenaban de preguntas sobre los trucos y su extraña vestimenta. Era la primera vez que veían a un mago en persona. El Gran Hazam, sin embargo, estaba pendiente de Alejandro. Cuando vio que se incorporó y pasó cerca de él, no pudo evitar exhortarlo.

—Alejandro, Alejandro... ¿Qué hiciste con tu vida? No sé si estés a tiempo de remediarlo.

Alejandro se detuvo por una fracción de segundo, lo miró, pero no pronunció palabra alguna. Pensaba que el pobre hombre estaba loco. Siguió su camino hasta la mesa con bebidas que estaba a cargo de Isabel.

—Vamos, Ale, tómate algo. ¿Qué quieres? Mango, piña y maracuyá, sandía, o tamarindo.

—La de tamarindo está bien y no me sirvas mucho.

—Ale... Ale, no te compliques. Todo va a estar bien.

Alejandro la miró con recelo por el comentario, pero guardó silencio. Tomó un sorbo

de la bebida y fue como si a su interior hubiera entrado de nuevo su alma errante.

—Está muy buena ni dulce ni excesivamente ácida. Gracias, Isabel, tienes razón para que complicarse.

Enseguida comenzaron a llegar los niños llenos de emoción pidiendo para ellos los refrescos.

—A mí de tamarindo.

—De piña con mucho hielo.

—A mí me las mezclas todas.

A la labor se unió Camilo, insistiendo en el orden, pidiéndoles que hicieran dos filas para atenderlos mejor. Paloma e Ignacia se organizaron con prontitud para ayudar en la tarea. La mezcla de manzanas verdes, papas, queso y pollo con crema de leche, acompañada de galletas tostadas y un trozo de jamón resultaba una delicia. Desde un rincón, Andreas observaba a Ignacia, complacido por su alegría, hasta que uno de sus empleados se acercó y le habló algo al oído. Luego se alejó discretamente, dando órdenes para que se encargaran de todo mientras se ausentaba por un rato.

El único que se percató de la ausencia de Andreas fue Alejandro. No podía evitarlo, lo seguía con la mirada a todos lados. El ofuscamiento que lo invadía, parecía que ya se convertía en parte de su carácter. Extrañaba su tranquilidad. Su volátil paz interior, ya era parte de un tiempo feliz, vivido muy lejos del presente desalentador y agonioso que ahora enfrentaba. Lo que lo atormentaba era la duda. Solo quería saber si Ignacia le correspondía en alguna forma. La veía, la detallaba y solo encontraba más motivos para sentir un fuerte deseo por ella. Un deseo que lo estaba llevando fuera de sí y acercándolo cada vez más a la locura. La noche anterior casi no la recordaba. Entre sueños veía a Ignacia y también sentía dolor en su rostro y el costado, pero en la mañana su apariencia impecable lo llenaba de dudas al punto de no saber que era realidad o fantasía. También le resultó extraño que Patricio le hubiera dejado algo de desayuno; un poco de plátanos hervidos y mucho queso con un gran vaso de jugo de naranja, pues él parecía vivir únicamente para sus plantas.

Ignacia... Ignacia... se repetía en la mente una y otra vez. Esperaba con delirio, alguna mirada de su parte o al menos que terminaran rápido para poder acercarse a ella, pero el tiempo se burlaba de él porque los minutos se convertían en horas. En algún momento Isabel lo llamó para que colaborara con la entrega de útiles escolares que habían sido dejados en el salón contiguo. Allí llegó un tanto contrariado y por otro lado consciente de que entre más ocupado estuviera, menos su mente iba a divagar por terrenos pedregosos. La tarea que no era tan fácil, distribuir los cuadernos, los crayones de colores, los borradores, los sacapuntas, los lápices y los bolígrafos negros y rojos a más de cien niños que no se decidían por los colores y las formas, implicó un retraso de unas dos horas. También se les repartió un pequeño morral impermeable para que, en lo posible, no se humedeciera el papel debido a las travesías que tenían que sortear en el mar aquellos que vivían en los islotes cercanos.

Ignacia supervisaba todo con esmero, y les insistía en la necesidad de continuar estudiando y lo maravilloso de aprender nuevas cosas y entender el mundo que les rodeaba. La escuela centraba su visión en la protección del medio ambiente y el respeto por todas las especies. Todos sin importar su asignatura trataban de transmitirles a los niños un sentido de pertenencia por el agua, la tierra y el aire. Esa

era una de las mayores fortalezas de la escuela que algunos administrativos intolerantes del ministerio anhelaban ver cerrada. Por ello, no se podían permitir mayores deserciones y trataban por todos los medios que los mismos niños y sus padres sintieran la escuela como uno de sus mayores tesoros.

Al final de la jornada todos veían con mucho positivismo los resultados de la fiesta de bienvenida y auguraban una buena acogida y mayor entusiasmo para el nuevo año escolar. En medio de los comentarios y la amena charla terminaron de organizar el salón que habían utilizado mientras esperaban a su benefactor para despedirse y agradecerle una vez más. Pero Andreas no apareció, envió a uno de sus empleados pidiendo disculpas y deseándoles lo mejor para el nuevo año. Alejandro se preguntaba qué le pasaba y se imaginaba las miles de tretas que estaría maquinando para retener a Ignacia porque Miguel, el empleado de Andreas, la separó del grupo y comenzó a hablarle en secreto. Se dijo a sí mismo que, de ninguna manera, permitiría que se quedara a solas con él, aunque Ignacia se opusiera.

—Alejandro... Alejandro... —le gritaron Paloma e Isabel tratando de llamar su atención.

—Sí, ¿qué pasa? —contestó Alejandro, sin perder de vista a Ignacia.

—Ya nos vamos, Ale, ¿no vienes con nosotros?

—No. Todavía no. Tengo que hablar algo con Ignacia.

Isabel sabía que, aunque le insistieran, todo iba a ser en vano. Ya no se podía hacer nada.

—Bueno, está bien —le dijo Isabel, tomando del brazo a Paloma.

—Vámonos, que él va a esperar a Ignacia —les dijo a los otros que, ya cansados y ansiosos, solo deseaban irse a descansar.

En el camino, la curiosidad natural surgió por la extraña cercanía entre Alejandro e Ignacia que apenas tendrían unos cuatro días de conocerse. Paloma, muy discreta, desvió la atención de todos hacia el comportamiento de David, que si bien era de los estudiantes más destacados, también era de los más indisciplinados y rebeldes frente a la autoridad, por lo que siempre terminaba siendo tema de conversación para todo el personal del colegio.

Alejandro se acercó a Ignacia cuando vio que Miguel se distanció un poco.

—Ignacia, necesito hablar contigo.

—¿Tiene que ser ahora? Andreas se está sintiendo un poco mal y lo voy a acompañar un rato.

—¿Qué te pasa Ignacia? ¿Qué responsabilidad tienes tú con Andreas? ¿Acaso eres su mujer? —le dijo Alejandro transfigurado por la ira y los celos.

Ignacia trató de ignorarlo, sin embargo, la energía de Alejandro comenzó a transformarse mientras subía el tono de voz y la tomaba del brazo con una fuerza descomunal que la frenó y le hizo sentir temor como tantas otras veces.

—Ale, ¿Qué haces? ¿Me vas a arrancar el brazo? —le dijo Ignacia consternada.

—No, no, no... jamás te haría daño. Vámonos ya Ignacia. Te necesito.

—Te he dicho que no... y menos en ese estado.

Alejandro empezó a tirar las sillas y a vociferar en contra de Ignacia hasta que los hombres de Andreas aparecieron y trataron de controlarlo, pero era inútil. Estaba fuera de sí.

—Alejandro... Alejandro —le gritó Andreas, escuchándose su voz retumbar en el recinto donde pocas horas antes todo era alegría y risas.

—Tú... precisamente ¿tú? —dijo Alejandro caminando hacia él.

—No... No —gritó Ignacia.

Alejandro se contuvo empuñando sus manos casi a punto de sangrar y al mismo tiempo fijó sus ojos sobre la lámpara que estaba sobre Andreas. De un momento a otro, las lágrimas de cristal tintinearón con fuerza mientras la base se empezó a desprender y se precipitó sobre él, cuando inexplicablemente se detuvo en el aire y salió disparada contra la pared. Miguel y los otros quedaron perplejos; no daban crédito a lo que veían. Andreas sintió tanta furia que quiso retorcerlo en el aire, pero se abstuvo y se tiró contra el piso. Ignacia solo pensó en correr hasta Andreas para auxiliarlo. Mientras Alejandro intentaba zafarse de nuevo de los grandulones, pensaba que había perdido la cordura. Aunque tenía la impresión de haber desprendido la lámpara; era imposible y mucho menos que se hubiera estrellado contra el muro. Después de susurrarles algo lo dejaron libre y también corrió hacia Andreas. Al caer a su lado deslizó su mano sobre sus cabellos. Andreas sonriendo le dio unas palmadas en el rostro y se apoyó en la fuerza de Alejandro para ponerse en pie. Ignacia se sintió un poco confundida, pero todo lo interpretó como un gesto de caballerosidad de parte de ambos.

—Alejandro, vámonos —le dijo Ignacia tomándolo de la mano, después de que Andreas le asegurara que se sentía mejor y se despidiera de ambos. Entonces, Alejandro descansó sus ojos sobre ella y la siguió sin musitar palabra alguna.

Andreas se dirigió a la azotea del hotel para observar a Ignacia y a Alejandro. Era la primera vez que asumía la existencia física. En este mundo él tenía el poder y todas las armas para ganar. Simplemente, dejaría que el destino, manipulado por él, siguiera su curso, y así tendría la oportunidad de recuperar, por fin, a Ignacia para compartir juntos la eternidad como debió ser desde el principio. Todo, absolutamente todo, estaba a su favor. Solo debía esperar.

Mientras esperaban en el bote Alejandro empezó a recobrar la postura y sostuvo con dulzura la mano de Ignacia. Cuando sus miradas se cruzaron, de alguna manera sus energías empezaron a fusionarse, a fundirse en un blanco perlado con tintes rojizos pues al mismo tiempo la ira y la confusión estaban presentes en Alejandro. No hubo palabras. No eran necesarias. Las sensaciones vibrantes y sublimes que los inundaban, no dejaban espacio para reclamos ni preguntas. Llegaron con el sol aún vivo y trepidante.

—Ve a tu casa, Ale, mañana nos vemos en el trabajo.

—No, en la noche vengo por ti.

—Ok, yo te espero —le contestó mintiendo, deliberadamente, porque le temía al nuevo ser en el que él se estaba transformado.

La angustia de Ignacia la había llevado a buscar a Marienne, pero la casa estaba sola. Aarón la recibió tan afablemente y le brindó tanto cariño que se sintió mucho mejor. Su energía que apenas comenzaba a trasegar el infinito camino de las reencarnaciones, quizá ya se preparaba para el plano humano. Ignacia podía sentirlo, porque su *aura* ya empezaba a tomar colores y ese era el primer paso para trascender. Se acurrucó con él, en el sillón Luis XV y trató de descansar un poco, pero unos golpes desafortunados la

trajeron de vuelta al presente perturbador. Era Alejandro.

—Ignacia, sé que estás ahí, ábreme.

—Necesito hablar contigo —dijo Alejandro mientras golpeaba la puerta.

Ignacia decidió abrirle aún a pesar de lo riesgoso que era para ella. Alejandro por una razón que no entendía del todo, al conocerla, empezaba un proceso de autodestrucción que terminaba con su vida o la de ella.

—Sigue, Alejandro, aquí estoy —dijo Ignacia mientras dejaba a Aaron en el piso para que se resguardara en algún rincón de la inmensa sala.

—¿Por qué no me esperaste en tu casa?, Ignacia, ¿por qué me huyes? ¿es que acaso no quieres estar conmigo?

—Te equivocas, claro que quiero estar contigo, pero todavía no es el tiempo.

—¿Entonces cuándo?... Dime... ¿qué tengo que hacer? —le preguntó mientras echaba un vistazo por toda la casa.

—Mira, aquí está todavía mi bonsái florido, tan fragante como tú... sin una flor ni una hoja marchita como si fuera perenne. ¿No te parece irreal? —le dijo Alejandro, al tiempo que se le acercaba.

—¿Qué pasa entre tú y Andreas? —le dijo mientras la tomaba de los brazos con una fuerza casi descomunal—. ¿Por qué no hablas? ¿por qué te quedas muda?

—Suéltame, ¿qué haces? —le dijo temblando.

—¿Dónde está Marienne?

—Está cerca, ya regresa. Por favor, vete... No eres tú realmente

—Sí, es verdad... desde que me acerqué a ti... solo tengo pesadillas contigo... te busco y te encuentro... pero no eres tú... es otra mujer... son otras mujeres...

¿Qué es lo que me pasa?, ¿qué me hiciste? —le dijo Alejandro mientras la abrazaba con más y más fuerza.

Ignacia logró, en medio de su debilidad creciente, zafarse de Alejandro. El aura de Alejandro se tornaba roja con tintes naranjas, ante su cercanía, y se dispersaba en medio de la habitación, al punto que sentía como su energía la lastimaba. Su aura era al mismo tiempo el cúmulo de muchas voces de niños, mujeres y hombres que en sus vidas pasadas había asesinado. El sonido ensordecedor lo obligó a sentarse por unos instantes; sentía como el aire se le escapaba y una especie de tremor doloroso se apoderaba de su cuerpo. A pesar del malestar que sentía, no le quitaba la mirada y ella, por angustia, no pensó en escapar.

Isabel y Marienne llegaron en el preciso momento en que caminaba de nuevo hacia Ignacia. Alejandro sintió que todo volvía a la normalidad, como si su alma regresara de nuevo a su cuerpo. Las sensaciones eran profundas y a la vez desconcertantes. Sentía que le faltaba aire para respirar. No era como si sus pulmones estuvieran obstruidos, era como si el aire nunca hubiera existido. Y sintió la necesidad de salir corriendo, tan lejos como se lo permitieran las pocas fuerzas que tenía. Le dio un beso a Ignacia en la sien y se marchó sin musitar una sola palabra. Se sentía como el más infame de los hombres. Cruzó el umbral tan rápido como pudo y se aferró a la nada para no caerse y poder salir de esa casa que lo asfixiaba. Nuevamente, fijó sus ojos en Ignacia y siguió caminando, dejándolas solas en medio de una gran consternación.

Isabel le hizo ver que Alejandro ya no sería más ese muchacho que recién había conocido. Marienne también asintió y le hizo saber que muy probablemente como

tantas otras veces, todo iba a terminar muy mal. Tal vez, sugirieron ambas, este era el momento de rendirse y marcharse a otro lugar. Aunque algo extraño estaba sucediendo, porque Marienne sentía algo inusual, casi imposible... Un niño azul aparecía cercano a ella en sus revelaciones y si era cierto, Ignacia tendría que encontrarlo y guiarlo en su aprendizaje.

Ignacia pensaba en Alejandro y su creciente agonía. Así como estaban desarrollándose los eventos, lo mejor era desaparecer, pero no del todo.

Isabel tomó unas piedras de colores que había dejado sobre un fuego luminoso que no ardía y que vibraba sobre una especie de altar. Las piedras las ubicó en las manos, los pies, el vientre, el pecho y la cabeza de Ignacia. Marienne observaba con serenidad mientras repetía palabras ininteligibles, casi como susurros. Ahora Ignacia asumiría una nueva apariencia para tener un poco de ventaja sobre Alejandro y poder buscar al niño santo que veía Marienne en su futuro.

...

Ayer presenciamos la ejecución de Domingo. El espectáculo fue parte del terror que han querido sembrar en sus corazones. "No tienen alma ni raciocinio, no son más que animales". (Es la justificación para la peor de todas las ignominias de la historia humana.) Sin embargo, la esperanza no la pierden, su inquebrantable fuerza interior los mueve al sacrificio, a la lucha por su libertad. Yo lo conocí en sus correrías por las Montañas de María, cuando me hallaron junto con Isamara en medio de la selva. Nos llevaron al refugio que todos anhelaban para ser libres con el afán de soñar, en la lejanía, que la tierra que cultivaban y pisaban era la de sus ancestros, aunque hablaran una lengua ajena mezclada con la propia. Nuestras habilidades nos sirvieron para ganarnos el respeto como curanderas. Mis arrugas y las hebras plateadas que adornaban mi cabeza acentuaban el aire de sabiduría y de certeza en mis palabras y mis acciones. Nunca pensé encontrarme con Gabriel, sin embargo, un día cualquiera entre los nuevos cimarrones apareció él. Era un muchacho de catorce años que habían traído con el veneno de una serpiente en la sangre. Yo lo cuidé y traté de mitigar su dolor, pero no podía hacer nada. Supe que era él porque en algún momento, en medio de su valiente lucha, abrió los ojos y se encontró con los míos. Me sonrió y apretó mi mano para luego abandonar el mundo que lo había torturado desde que nació. Isamara me acompañó en mi angustia y mi sufrimiento. Nuestro encuentro fue muy breve, pero marcado por la pena y la nostalgia. Aquellos que habían escapado con él nos contaron que nació esclavo, pero que su corazón era libre y sus pensamientos con frecuencia vagaban con los pájaros y las mariposas en busca de un cielo azul... puro... brillante. Se imaginaba lejos del yugo del látigo y del intenso odio que sentía por sus dueños. No hubo nada que lo detuviera: ni la súplica de su madre agobiada por una enfermedad, que no la dejaba respirar, ni los castigos que le impondrían si lo atrapaban ni la posibilidad de encontrarse frente a frente con la muerte. Su sueño de hallarse libre en el primer asentamiento reconocido como tal se esfumó, lentamente, al abrigo de mi dolor.

Nuestra vida siguió junto a ellos, aún después de la traición en contra de Domingo, aún después de la barbarie...

12. Lola

Lola era una mulata espigada, con un pelo alborotado y libre como el viento, de ojos ámbar y labios voluptuosos. Su belleza era de ensueño. Diecinueve años de trasegar por el mundo. Una sabiduría innata y una espiritualidad que trascendía los sentidos. Una ventisca de emociones y sensaciones guiada por el ímpetu de vivir la vida al máximo. Su plan era completar su pasantía en la escuela de la isla de las Marías luego de haber estado un tiempo en San Antonio, la mayor de las islas del país. Nadie había escuchado alguna vez que Ignacia hablara sobre ella. Estudiaba psicología y era tan brillante que se había ganado una estancia financiada por su Universidad. Adoraba los niños y esta era una oportunidad única de crecimiento y aprendizaje que aprovecharía no solo para su propio beneficio, sino, aún más importante, para ayudar a los niños de la isla. Paloma la recibió, como a todo el mundo, con una sonrisa enorme y un abrazo. Era el primer día de clases. La algarabía inicial fue remplazada, poco a poco, por algunas voces agudas y otras graves mezcladas con las risas infantiles, que hacían eco en el patio mientras hacían ejercicio. Antes de entrar los había visto sumergidos en la alegría de los juegos y las competencias que Lisandro López, el profesor de educación física, hacía dos veces por semana. Era un hombre obeso y poco podía moverse, pero su ánimo compensaba su falencia. Los días correspondientes los dividía en cuatro grupos y en una hora, los hacía saltar, trotar, tocar las puntas de los dedos de sus pies y jugar a sus anchas como los niños que eran.

Alejandro apareció, intempestivamente, con el rostro demacrado y la sonrisa desecha, esperaba hablar con Ignacia... esperaba que lo perdonara... pero su mirada se detuvo en Lola. Además, de llamarle la atención su belleza, sintió algo extraño e irresistible que le hizo fijar su mirada en ella. Su perfume era algo dulce, pero las notas de violetas, de inmediato le hicieron recordar a Ignacia.

—¿Paloma, por favor, me puedes decir donde está Ignacia?

—Precisamente, estoy hablando con Lola, su sobrina.

Los dos se saludaron solo con una sonrisa.

—Umm... ¿Y a qué hora llega?

—Ignacia se va a ausentar por un mes, tiene que resolver algunos asuntos personales y pidió licencia. ¿Necesitas algo? —le dijo Paloma—. Mario la va a remplazar ese tiempo y Lola le va a colaborar, ella será nuestra pasante de psicología.

—No... Está bien —respondió Alejandro como si el mundo se le hubiera venido encima. A su mente llegó Marienne. Quizás ella era la única que podía entenderlo y ayudarle con Ignacia.

El fin de semana no tuvo el valor de buscar a Ignacia; se embriagó hasta casi olvidar su dolor, preso del arrepentimiento y la vergüenza por su proceder le confesó a Patricio sus penas y ambos movidos por la tristeza compartieron el tiempo y el licor. Finalmente, Patricio le hizo ver que debía encontrar serenidad y paz en su interior, así como la forma de abrir su corazón y su mente ante la mujer que lo atormentaba, pero también a apropiarse del coraje y el valor para dejarla ir, si ella no le correspondía. Sin embargo, el vacío y el desánimo se apoderaban de su espíritu quitándole su alegría, volviéndolo huraño, ausente...

Ese día de clases trató de olvidar su dolor y en parte lo logró ante las ocurrencias de los niños de quinto grado, especialmente de David que lo asombró con su innata habilidad. Debían elaborar una historia corta, de media página al menos, sobre el tema que quisieran. La mejor historia se ganaría un regalo sorpresa. David ese día disfrutó una deliciosa bolsa de golosinas y no era para menos:

“Una flor de pétalos fragantes, adornada con carmesí y magenta, se exhibía con desdén y prepotencia ante el bosque. Cerraba su coronita interior de pétalos para que ningún pajarillo o abeja tomará de su néctar. No quería que la convirtieran en fruto, pero fue algo inesperado y un descuido imperdonable el que finalmente fraguó su destino. Una desabrida bola de color opaco colgaba del árbol. Se decía a sí misma en medio del llanto que la vida era muy cruel, no podía comprender como después de tanta hermosura, ahora nada la distinguía, nada brillaba en su exterior. Aunque sabía que era ella misma, su apariencia tan diferente la entristecía sobremanera. Suplicaba por un milagro. Pedía que la pesadilla se acabará. Nadie la deseaba, nadie la admiraba. El tiempo lento la hizo madurar y caer irremediamente al suelo. El golpe no fue doloroso, fue ensordecedor. Y su interior se dispersó en el bosque. Una semilla de las muchas que cayeron, dio origen a una planta que nuevamente floreció. La bella flor trató esta vez de ser más amable con los otros y disfrutar su existencia, sin importar la forma que tomara. Había aprendido que la forma era solo un paso en este trasegar porque lo realmente importante habitaba en su interior”.

Las respuestas de David sobre su historia solo trajeron a Alejandro más dudas. ¿Cómo un niño tan pequeño podía albergar en su interior tanta sabiduría? Le decía que este paso por la vida era solo temporal, que debíamos aprender a ver más allá de la simple apariencia y disfrutar del amor a los demás. Era extraño para un niño que vivía en una isla de pescadores, tan alejada del mundo, y cuyo contacto con el exterior se reducía a unos pocos libros y a las clases del colegio. Sin entender por qué, sus respuestas y el brillo de sus ojos le resultaron incómodos y un tanto perturbadores.

La noche llevó a Alejandro a un parque central donde se reunían a bailar algunos grupos típicos de la ciudad. La sangre caribe se sentía en la música alegre y el jolgorio de la gente. Una hermosa morena vestida con una falda amplia y larga, que seducía con sus movimientos de cadera rítmicos y sutiles, tenía embrujados a los asistentes. Cuando pudo ver el rostro de la mujer, supo sin duda que se trataba de Lola, la sobrina de Ignacia. Estaba bailando cumbia al son de gaitas y tambores que hablaban a través de su cuerpo. Su abdomen semidesnudo se contraía al son de la música mientras batía cada una de sus manos, con las que sostenía un extremo de la falda en lo alto como si fueran alas, lo que le daba un aire de divinidad. El deseo que empezó a sentir por la mujer, aunque en principio le hizo creer desleal, poco a poco lo alejaba del dolor por la ausencia de Ignacia. Sintió la necesidad de unirse a la danza y en medio del éxtasis y el temblor de su cuerpo, de un momento a otro se vio frente a Lola con su sonrisa espontánea, tomándolo de las manos y atándolas a su cintura. El sudor de sus cuerpos se mezcló en medio del frenesí, mientras él se imaginaba a su lado nadando en aguas tibias de color turquesa. El último golpe del tambor los separó y Lola se dirigió hacia un puesto de granizados de naranja. Llamó a Alejandro con la mirada y por primera vez desde que conoció a Ignacia sentía que su vida volvía a la paz. El frío intenso y el sabor agrídulce de la bebida apaciguaron, levemente, el ardor que ahora sentía por la sobrina de Ignacia.

—Bailas muy bien —le dijo Lola con acento portugués.

—No eres de acá, cierto —preguntó Alejandro mientras sentía como el frío intenso de la bebida le calmaba la ansiedad.

—Sí, pero desde muy pequeña, la familia se mudó al país de mi padre. Adoro la música, el bullicio, el carnaval —le respondió mientras bailaba al son de un solo de gaita caribeña.

—Perdona, mi nombre es Alejandro. No me había presentado. ¿Tu nombre es Lola, cierto?

—Sí, así es —le dijo mientras bebía.

—¿Lola, sabes donde esta Ignacia?

—No, no me dijo con claridad. No alcancé a verla. Me dejó las llaves de la casa con Marienne, creo que tú la conoces...

—Alejandro, acompáñame a casa, quiero cambiarme y comprar algo de comer —le dijo tomándolo de la mano y arrastrándolo con ella.

No había reparado en que la casa de Ignacia estaba en la esquina, muy cerca del parque. Alejandro entró con Lola y pensó en permanecer cerca a la fuente de ángeles.

—Alejandro, sigue. Puedes esperarme en la habitación mientras me ducho. Además, hace calor. Allí estarás más cómodo.

—Sí, lo que tú digas —le contestó siguiéndola hasta el fondo de la casa.

Las paredes estaban adornadas con oleos que recordaban la obra de Xul Solar. Y la iluminación casi natural que recaía en lámparas de cristal; llamaba a contemplarlas, a soñar con otros mundos. Un sofá blanco impecable lo invitó a renovarse de su cansancio mental y físico. La temperatura artificial era realmente agradable, tanto que se dejó vencer por el sueño, pero solo por un instante. Sabía que tras la puerta que tenía en frente, el cuerpo de Lola estaba húmedo y fragante. Una vez salió se arregló detrás de un biombo que dejaba ver su silueta sin desparpajos, sin malicia.

—Ya estoy lista, veamos que conseguimos por ahí. Yo te invito —le dijo tomándolo del brazo.

—Lola. ¿Y ese perfume?

Eran las orquídeas y las violetas de Ignacia.

—Un regalo de mi tía, ¿no te gusta? —le preguntó con cara de angustia.

—Más bien todo lo contrario —se sentía fascinado con esta chica que nunca antes había visto. Se sentía feliz y a la vez culpable.

La noche terminó con camarones apanados, una ensalada ligera, bizcochitos de coco y dos botellas de cerveza. Parecía que Alejandro recuperaba la cordura, pero si bien se calmaba una pasión, otro delirio nacía con la fuerza de una tormenta. Un beso cerca de sus labios selló la despedida de ese día.

...

Nos hallamos, súbitamente, en medio de un verdor maravilloso, rodeadas de árboles gigantescos y una calidez almibarada. Se escuchaba el susurro de las hojas al compás del viento y las melancólicas notas agudas de un ave escondida en medio de la naturaleza viva. Podíamos sentir la llovizna como un delicado abrigo y los gritos de unos animales, parecidos a nosotras, que saltaban de un lado a otro en las copas de los gigantes verdes para luego desaparecer raudamente. La magia del entorno, que se nos hacía inverosímil, nos llenaba de paz y a la vez de un ligero desconcierto.

Quizás habíamos caminado unos pocos metros, cuando nos encontramos con un pueblito de chozas habitado por mujeres y algunos hombres ya mayores, de piel cobriza y cabellos muy lacios, que en un principio nos miraron extrañados, pero luego nos dieron de tomar una bebida de sabor agridulce y refrescante. Las vasijas eran de arcilla adornadas con figuras de animales que, a pesar de ser bellas, infundían cierto temor. Nuestra apariencia era similar a la de los aldeanos, aunque éramos de más alta estatura y más rollizas que ellos. Al parecer nos estaban esperando, sin embargo, el hecho de que llegáramos solas los sorprendió un poco. Yo iba, supuestamente, a desposarme con uno de los hombres de la tribu. Hacía cuatro días que los hombres jóvenes y fuertes se habían marchado a cazar y pescar.

Los esperaban con desespero porque no era usual que demoraran tanto en su travesía. Los niños al tiempo que ayudaban a moler raíces, jugaban con piedritas y entonaban cánticos alegres. El regreso de uno de los suyos, muy malherido, sembró la desesperanza y la tristeza entre todos. Murió casi al medio día en los brazos de su madre, sin poder entenderse muy bien lo que decía.

Antes de que la tarde terminara de llenar de tristeza el fatídico día, un grupo de hombres con armaduras y de piel muy pálida entró triunfante a la aldea. Ya no eran leyendas y tampoco eran espíritus. Eran de carne y hueso. Y lo más probable era que las repetidas historias de su crueldad fueran ciertas: Los hombres aparentaban ser pacíficos, pero luego los ultrajaban, les robaban el metal con que se adornaban y los obligaban a repetir palabras y a hacer gestos sin sentido.

Con los demonios blancos, solo habían regresado unos cinco hombres de la aldea. No permitieron que nos acercáramos, a pesar de que algunos estaban heridos. Desarmaron todo buscando tesoros que solo existían en sus mentes febriles. Luego nos organizaron en filas y nos detallaron a cada uno. Les causó extrañeza nuestra apariencia porque nos veíamos más fuertes que las mujeres de la aldea. Y fue así como decidieron llevarnos con ellos. El camino fue largo y pernoctamos en dos ocasiones en medio del espeso verdor.

El cansancio sumado al arrullo de los sapos y las aves nocturnas tenían un efecto hipnótico que cesaba ante sus gritos para despertarnos. El campamento estaba situado cerca del mar y de la desembocadura de un río. Las toldas descoloridas se hicieron visibles a lo lejos y el regocijo de los blancos se hizo notorio en su expresión y en sus himnos. Cuando llegamos, nos llevaron frente al que aparentemente los comandaba. Yo reparaba en todo cuanto veía y lo que hacían, pero no en el hombre joven que se acercaba a nosotras. Sus intensos ojos verdes, lo dijeron todo. Era él. Fue un instante en el que las almas se aceptaron una a otra. El caos empezó a fluir en mi interior y no pude dejar de mirarlo. Su única respuesta fue una sonrisa. Nos interrogó en presencia de otro nativo. Le hizo saber que veníamos de muy lejos, que tenía tan solo trece años y mi compañera ya rondaba los veinte. Mi belleza lo sedujo casi de inmediato. Desde que me

vieron sus hombres, supieron que al no llevar tesoros, el mejor botín era una jovencita que aliviara los deseos de su capitán. Y me convertí en su amante, en su consuelo, en su compañera.

En menos de un año ya hablaba su lengua (no podía fingir por más tiempo) y le servía de intérprete, ataviada con ropas de su natal país. La masacre de pueblos enteros era inevitable, pero con mi intervención, al menos, eran menos los muertos. Un consuelo vago sin mayor expectación. Era evidente que a David le faltaban muchas vidas para que su energía comenzará a conectarse con la naturaleza. No mostraba atisbos de bondad. Solo le importaba el oro. Yo era su mayor ventaja, la india lengua que le permitía conseguir pacíficamente lo que quería. Un instrumento para lograr sus planes y al mismo tiempo su solaz en estas tierras distantes.

Idiana era mi única compañía, pues no permitía que nadie se me acercara. Mi tiempo era para pintar, bordar o satisfacer sus caprichos. Me daban el trato de señora, pero seguía siendo de su propiedad, la esclava más costosa, mejor vestida y mejor educada de la que se tuviera noticia jamás. Debía recorrer a su lado la agónica ruta por el oro a través de río, mar y tierra. En la quietud de la noche me abrazaba, me besaba, contemplaba mi desnudez y la rareza de mis rasgos. Luego me amaba con pasión y desenfreno, para terminar dormido en mi regazo. Me obsequiaba tantas joyas que podía llenar no uno sino dos cofres. Mi equipaje también era tumultuoso; con vestidos enormes, aderezados con encajes y bordados, además, de las zapatillas que debía lucir en todo momento. Idiana peinaba mi cabello, en un intento por complacer a David, enredándolo tanto que el nido de aves resultante lo espantaba y convencido de luchar contra la corriente, me permitía estar con mis crenchas lisas y sueltas porque por más que trataba de disfrazarme, yo no dejaba de ser una mujer que pertenecía a esta nueva tierra.

En ese trasegar pasaron cinco años. El capitán y su amante eran la comidilla de todos los asentamientos. Parecía sentir afecto por mí, pero su energía no me decía nada y sus ojos solo veían lo físico, lo inmediato. Las noticias de mis habilidades llegaron a oídos de otros conquistadores y su ensimismamiento no le permitió prever la tragedia. Ese día permanecería por siempre en mi memoria. Otro blanco, con más hombres y una nave de mejor artillería, nos asaltaría en mar abierto. David quedó reducido junto con sus hombres y no pudo evitar que me raptaran. Yo era el trofeo que buscaban, la india pacificadora, la seguridad de la victoria sobre los nativos que, recelosos, se enfrentaban contra ellos con flechas envenenadas, la garantía de que una vez vencidos les convencería de llevarlos al Dorado. Sus ojos lánguidos me dijeron tantas cosas, pero ya no había vuelta atrás. En muchas otras vidas nos volveríamos a encontrar...

13. Tormenta

Las calles adoquinadas y los andenes cubiertos por las artesanías de algunos vendedores guiaron los pasos de Lola hasta la casa de Marienne donde también la esperaba Isabel. Era la primera vez que, por voluntad propia, asumía dos identidades frente a Gabriel. Ciertamente, no era prohibido por las leyes, pero las consecuencias podían ser nefastas. Sin embargo, su cercanía como Ignacia ya no era viable. La idea de que la reconociera como esta nueva mujer no la entusiasmaba porque ya lo veía como un caso perdido, pero la posibilidad de que existiera, realmente, un niño azul era la principal motivación de su permanencia en la escuela. Quizá ya estaba desarrollando sus habilidades y pudiera ser fácil identificarlo. No había plena claridad y conciencia de donde provenían, pero se suponía que su energía era la fracción más pura y virtuosa de un ser envilecido, que por sus crímenes estaba condenado a ir y venir, eternamente, en el ciclo sin fin de nacimiento y muerte. Lola imaginaba la mayor de las tragedias, porque quizás esa era la razón por la que no había reconocido a Gabriel cuando lo vio por vez primera. Era la pureza de su alma, el azul intenso de su alma, la que había movido su amor desde el principio y lo que le había permitido reconocerlo todas las vidas que lo había amado. Si su alma se había desdoblado ya no había nada que hacer por Gabriel y peor aún... su cercanía podría desatar sus más primitivas emociones. Tanto Isabel como Marienne estaban de acuerdo con Lola en que debían tratar de hallar al niño, si era verdad que existía. No obstante, el tiempo estaba en su contra porque no tardaría mucho en desatarse, de nuevo, la tormenta de pasiones que provocaría la cercanía de Lola en Alejandro. Un golpe fuerte en la puerta las hizo reaccionar con rapidez. Era él. Marienne se quedó sola mientras las otras huyeron por el callejón que salía a la Calle de las Damas. No sintieron temor por dejarla sola; su energía estaba serena y no corría peligro alguno con él.

Marienne le ofreció algo de comer y beber, pero él la rechazó con una sonrisa amplia, como no le había visto desde que lo conoció.

—Gracias, Marienne. Estuve con Lola, la sobrina de Ignacia. Cenamos juntos. Le pregunté por ella, pero no me dio ninguna razón. ¿No has sabido nada de ella? Me siento mal por lo que pasó. ¿Podrías decirle que lo siento mucho?

—Sí, claro, Ale. Si ella me escribe, yo le cuento.

—También vine a buscar mi bonsái. No sé por qué, pero me hace recordarla...

Marienne le entregó el arbolito, no sin antes recordarle los cuidados que debía tener para mantener su vitalidad. Alejandro se despidió de ella con un beso en la mejilla, expresándole su profundo agradecimiento por el obsequio. El pequeño árbol lo dejó en el jardín de Miriam para que Patricio también disfrutara de la paz y la felicidad que producía su contemplación.

La mañana siguiente, custodiada por un sol opacado por algunas nubes, se sentía fresca sin ese calor agobiante de todos los días. La tarea de Lola empezó desde muy temprano. Programó citas con todos los niños para hacerles exámenes y verificar si tenían trastornos del aprendizaje, conocer su entorno familiar y su actitud frente a la escuela. La labor no era sencilla, pues eran más de cien niños. Estimaba que antes de dos semanas, cumpliría con el objetivo de encontrar al pequeño que buscaban. Temía

por Alejandro. Sabía que terminaría obsesionándose con ella y que su apego podría causarle mucho daño.

Andreas apenas la vio supo que era ella porque él podía verla tal cual como era, aunque tomara la forma de un gigantesco cetáceo o un bosque de pinos o una delicada mariposa. No entendía la razón de su cambio pero si sospechaba que de alguna forma no tenía que ver, exactamente, con Alejandro. Durante el almuerzo le dieron la bienvenida con una torta de chocolate y arequipe, que Andreas les obsequió con la intención de unirse al grupo. Estuvo un corto tiempo hasta que uno de sus empleados le dio un mensaje. En otra mesa lo esperaba un hombre alto, de pelo castaño ondulado. Lola al igual que Isabel percibió el cambio de energía de Alejandro cuando vio al hombre. Sentía ira, pero también alegría. Intempestivamente, se levantó y se dirigió hasta la mesa donde estaban Andreas y el misterioso hombre. El desconocido se mostró sorprendido ante lo que parecían reclamos de Alejandro. Luego se dirigieron hacia la terraza y empezaron a discutir, pero Alejandro se marchó mientras el hombre lo llamaba con insistencia. A todos les causó curiosidad, especialmente a Isabel y a Lola.

Faltando poco para marcharse, Lola decidió acercarse a Andreas para agradecerle su gentileza y de paso tratar de conocer al hombre que había ofuscado a Alejandro. Se trataba de Matías, uno de sus socios. El hombre la impresionó de una forma inexplicable, pues a pesar del brillo de sus ojos, su energía era algo turbulenta. El efecto fue recíproco; apenas él la vio se sintió hechizado. Y aunque a Andreas le molestó la emoción que despertó en su socio, la invitó a compartir un rato con ellos. La risa contagiosa de la muchacha y su extroversión sedujeron a Matías. Cuando se despedía, no pudo resistirse a invitarla a caminar por el centro histórico en la noche. Lola aceptó sin aspavientos y, en medio de la sorpresa de Andreas, le dio su número para que la llamara.

La tarde se hizo corta por las actividades extras que se programaban para los niños que lo requerían y con los informes que tenían que elaborar. Usualmente, laboraban dos o tres horas más después del almuerzo, pero quienes no tenían pendientes podían terminar antes su jornada. Ese día Alejandro, se marchó temprano con el rostro enmarcado por la ira y la amargura. Para alivio de Lola no hubo acercamientos ni palabras comprometedoras.

Un vestido rojo de escote profundo se ceñía al cuerpo de Lola, dejando ver la perfección de su figura y quizás su fanatismo por el ejercicio. Matías la esperaba puntual en un restaurante con vista a la bahía. Sin lugar a dudas era muy atractivo; su galantería y esplendor eran capaces de seducir a cualquiera, incluso a ella. La transparencia de sus ojos contrastaba con las ondas tumultuosas de su energía. La paz y el caos en equilibrio perfecto. Divagaron sobre tantas cosas sin centrarse en nada, solo disfrutando el momento, sazonado con nuez moscada y ron blanco. Aunque trataba de averiguar qué hacía, muy sagazmente cambiaba de tema. Caminaron, bajo la luz de los faroles, por las calles bañadas con las flores que colgaban de los balcones y disfrutaron de los helados artesanales de zapote y guanábana a los que llegaron guiados por la romería de turistas. La noche fresca aromatizada por el salitre terminó frente a la puerta de la casa de Ignacia, con un beso en la mejilla y la promesa de seguir viéndose.

Una mano fuerte sobre el antebrazo de Lola la hizo reaccionar con un poco de temor. Alejandro la había estado esperando toda la noche. Estaba algo tomado y trató de besarla, pero ella se opuso con firmeza. Matías apareció de la nada y le reclamó por lo impropio de su comportamiento.

—¿Qué te pasa Matías? ¿Pretendes golpearme? ¿No te basta con todo lo que hiciste? No tenía idea de donde estabas. Creía que habías muerto —le dijo lleno de furia, tratando de ahogar su dolor con un llanto invisible que le quebraba la voz.

—Alejandro. No puedo permitir que trates así a Lola. ¿Estás loco?

—Yo estaría loco, si dejo que te acerques a Ignacia.

—De que hablas, ¿con quién la confundes?

—Matías, por favor, vete... Nada va a pasarme.

—Lola, en eso no te puedo complacer.

Alejandro se encontraba en medio de los dos cuando de improviso se desvaneció y antes de caer inconsciente al suelo, Matías lo sostuvo al tiempo que Lola le ayudaba para evitar que se hiciera daño. En ese momento, sus ojos se cruzaron en el espacio y en el tiempo como si se hubiera eclipsado todo a su alrededor. Todo rastro de dolor, tristeza e ira desapareció, solo había luz, paz y regocijo. Una intensa emoción cálida y mágica trascendía todo, absolutamente todo. La conexión terminó, cuando ambos dejaron de tocar a Alejandro y ahí el mundo comenzó otra vez a girar, a seguir su ritmo agitado y convulsivo.

—Ahí está ese muchacho —dijo Patricio que llegó apresurado y mostrando mucho interés en el bienestar de Alejandro.

—¿Ustedes lo conocen?

—Sí, señor. Trabaja con ella y yo soy su hermano.

Según relató, estaba preocupado por él, pues lo vio bebiendo por un largo rato en el jardín de su casa, frente a un bonsái florido al que le hablaba, pero de un momento a otro había desaparecido.

—¿Saben si pudo hablar con Ignacia?

—Mi tía viajó y no regresará hasta dentro de un mes.

—Con razón está así. Yo mismo lo animé a que hablara con ella —dijo Patricio mientras trataba de levantar a Alejandro.

—Vamos muchacho, ayúdame a llevarlo a casa.

Matías se marchó con Patricio, llevando consigo a Alejandro. No podía apartar los ojos de Lola. Sintió la imperiosa urgencia de estar a su lado, pero su hermano lo necesitaba. No había palabras para disculpar lo que había hecho hace tantos años, pero en su corazón siempre estuvo su pequeño hermano, a quien intentó proteger contra el mundo y la crueldad de la guerra.

La guerra marcó la vida de todos. Alejandro nunca supo que su hermano había pertenecido, desde que era un adolescente, a uno de los bandos que dividían al país y, mucho menos, que su participación como informante lo había llevado a huir, para proteger a su familia... para protegerlo a él.

En aquel momento, Alejandro todavía no había cumplido doce años. Y vivía en un mundo ajeno a las balas, a la sangre, al dolor. Matías se sintió conmovido por Alejandro porque, a pesar de los años, su imagen había permanecido indeleble en su memoria y esperaba de alguna manera recompensar todo el sufrimiento y el tiempo

perdido.

La absoluta paz que se respiraba era una verdad a medias, pues estaban cazando a todos los que de una u otra forma hubieran colaborado con los artífices de la debacle del país, pero que habían permanecido en la sombra atizando el fuego de la guerra, por negocio o por simple ideal. Matías había venido a engrosar las filas de los cazadores, no por gusto, sino a cambio de una nueva vida, de un nuevo destino. La búsqueda no era tan sencilla porque, además, de identificar a los criminales de guerra, debían recuperar las cuentas donde acumularon millones y millones, fruto de todo lo ilícito que la hacía tan rentable. Su supervivencia dependía de ello. Trabajaba para el estado y su arte era camuflarse como otro villano más para lograr su cometido. El camino hacia Andreas, uno de los peores criminales de guerra de la nación, estaba trazado.

...

La lluvia se precipitaba a cántaros sobre el techo de palma y se colaba ruidosa en algunas vertientes y muda por entre los troncos que sostenían la ira y el desprecio de los dioses. Sumábamos quince en total apretujados, húmedos, temblorosos a punto de un infarto colectivo, cuando la puerta débil y leñosa cayó al suelo de un solo golpe. Los uniformes veteados de cafés y verdosos tonos montaraces se agolparon enfrente de la única salida viable ante la tormenta despiadada de fuego y locura que recorría las calles, barrosas y desechas, del pueblo que recién se habían tomado para impartir justicia y ley ad libitum. No hubo listas en mano ni blancos definidos. El azar sorteaba la supervivencia y el caos se imponía sobre la razón y la piedad humana. Arrastrados al centro de la plaza hombres y mujeres, jóvenes y viejos por igual, observamos las miradas inquisidoras del juez apátrida, bañado en fastuosidad, que desplegaba su discurso a viva voz, sembrando el terror en la médula de los huesos y en las puntas de los dedos. A merced del siniestro batallón pendía de hilos invisibles la vida de cada uno. Los hombres jóvenes y fuertes, que separaron del resto de nosotros, serían los primeros en morir. (Un número no tiene importancia: es igual la vida de uno que de cien.) Las armas se descargaron en medio de vítores mientras la lluvia ya menguante formaba un río, un riachuelo y pequeños charcos de agua-sangre. Y después el desmembramiento de algunos para amontonarlos cerca a la fuente ubicada en una esquina de la plaza. El llanto y los gritos se oían en el interior de los corazones porque al primer gemido o muestra de desconsuelo, la muerte sería el pañuelo que prestarían para consuelo del que mostrara, públicamente, su sufrimiento. La devastación empezó casi llegando el ocaso y fue imperativo que pernoctaran entre nosotros. Cuerpos sin espíritu, sin fe ni esperanza. El comandante de la tropa infame me vio entre la multitud y los espejos duros de sus ojos me revelaron quien era. Una bestia infrahumana. Era él, en su peor versión, en la más despreciable forma humana, y el cataclismo de la epopeya despiadada se dibujó con un pincel de hierro candente, en el corazón y la piel del desgraciado. Seguí las órdenes y caminé hasta la choza que del tremor se resbalaba con solo respirar. No sentí nada ni el contacto de sus manos ni su estrepitoso jadeo; dejé el cuerpo vacío, inerme, abyecto... mientras, me separé de la realidad física para no sufrir con su cercanía y su inmundicia. Algo en su psiquis se transformó, porque creyó que había abusado de un cadáver. Cuando se levantó y con el pie trató de moverme, se resquebrajó su telaraña interior; al verme tomar color de nuevo como si reviviera por cuenta de un sortilegio. Los hombres vieron en su rostro un temor indescriptible, como si se hubiera encontrado con las Moiras frente a frente. Y la noche que planearon pasar en medio de sus juegos de sangre y crueldad preferidos, intempestivamente, se truncó por decisión de su líder. Ítala vio cómo su energía roja y naranja lo envolvía y lo cegaba, pero al mismo tiempo, tenues destellos blancos se filtraban en medio de su podredumbre. El sería parte de los primeros grupos que firmarían con el gobierno de aquel entonces. Y su estela de muerte y venganza seguirían en su memoria, aun cuando pagara su deuda con la ley de los hombres, para después morir asesinado, al poco tiempo, en medio de la guerra que parecía no tener fin...

14. Almíbar de rosas

La inercia de los días matizó la agónica realidad que se desfiguraba con el paso lento del tiempo. El largo fin de semana llegó sin aspavientos, colmado de incertidumbre y desasosiego. Lola se mantuvo ocupada en su angustiada búsqueda, sin hallar aún respuestas, desvelada en las noches por Matías, por recordar sus ojos y por embargarse de nostalgia ante su ausencia. Alejandro mantuvo la distancia, en un intento por entender lo que le ocurría con la bella muchacha, y la necesidad de saber si el huracán que había despertado Ignacia empezaba a disiparse. Además, sentía vergüenza por su comportamiento y no hallaba la forma de acercarse a ella sin sentir temor a que saliera huyendo despavorida. Pensaba también en Matías y en la ironía del destino, porque ambos parecían interesarse en la misma mujer. Una mujer que los dos apenas conocían.

Paloma recibió con sorpresa una invitación para todos de parte de Andreas; una fiesta en la casa que tenía en uno de los islotes. Era una forma de retribuirles lo que hacían por los isleños, decía en su correo. La invitación también incluía el traslado de ida y regreso al día siguiente luego del desayuno. El punto de partida era el puerto de la ciudad, allí los esperaría para abordar su yate hasta las siete de la noche.

El yate con una eslora de 66 pies estaba anclado en el puerto desde las cinco de la tarde. No era muy lujoso, pero sí espacioso y cómodo, con una velocidad de crucero razonable para atracar en el islote antes de la hora. Andreas había llegado temprano para aprovisionarse con bebidas y alimentos, además, había pasado a recoger a Matías porque ese viernes, precisamente, regresaba del interior del país para finiquitar el negocio que tenían pendiente. Justo cuando abordaban se encontraron con Lola que venía acompañada por Camilo e Isabel. Un poco más tarde, llegaba Alejandro con Paloma; se la había encontrado de camino al puerto y venía casi arrastrándolo por temor a perder el bote. Los últimos en llegar fueron Mario y su esposo César. Su contagiosa felicidad se desbordaba en sus miradas ante la expectativa por el próximo nacimiento del bebé que tanto habían anhelado. Una amiga mutua les hizo realidad su sueño; llevaba en su vientre a su hijo, al pequeño que iluminaría sus caminos.

Un grupo folclórico de cantoras, que ambientó el viaje todo el trayecto, era otra sorpresa de Andreas. El ritmo y la cadencia de la música hicieron estallar el júbilo entre todos. No obstante, en medio de la celebración, Alejandro consternado miraba a hurtadillas a Lola. No podía evitar relacionarla con Ignacia; usaban el mismo perfume y, además, sus ojos ámbar lo llevaban siempre a ella. Matías, por su parte, observaba desde el segundo piso a Lola. Se sentía fascinado con ella sin saber por qué. No sabía si era su pelo alborotado o su risa contagiosa o si era algo que emanaba de su interior. También observaba a Andreas no podía creer que una persona con tanto carisma fuera capaz de tanta vileza, de tanta crueldad.

La luna resplandecía en el cielo fusionado con el mar. El viaje fue rápido y entretenido. Dos empleados ayudaron a descender del bote a los ocupantes y a descargar las provisiones que traían. Cuando Lola iba a bajar, las manos firmes de Matías fueron su soporte para no caer en el agua. Alejandro los miraba y sentía un

desasosiego que no entendía muy bien.

La casa estaba iluminada por reflectores que dejaban entrever el amor y la dedicación con que era mantenida, algo difícil a veces por el salitre. Había también cabañas, una amplia zona de estar con piscina, hamacas, asador y un bar. El primer coctel lo preparó el mismo Andreas con ron blanco, jugo de granada, almíbar de rosas y gotas amargas. La velada se tornó aún más efusiva cuando sonaron las tambores en un frenesí que desató aplausos y coros monosilábicos.

Lola, buscando un poco de silencio, se alejó con Isabel para caminar hacia la playita situada cerca de las cabañas, cuando quedaron perplejas al ver una escena irracional; un niño usaba sus manos para jugar con el mar. En ese momento hacía brotar luces multicolores del agua, como si fueran fuegos artificiales y se divertía con la figura de un delfín que parecía estar vivo; retozaba, lo subía, lo mecía y luego lo desvanecía entre las olas. Nuevamente, pretendió hacer otra figura, pero percibió a las mujeres y salió corriendo hacia el interior de la casa. Ambas se miraron incrédulas. En la cocina lo encontraron. Era David. Su madre trabajaba para Andreas. El destino se había confabulado con el azar para que hallaran al pequeño. La pregunta que surgía era: ¿Cómo sin ayuda de un guía había avanzado tanto? porque no solo manipulaba la materia, sino también la energía y también su propia aura.

En todo su trasegar jamás habían sabido de la existencia de un niño azul. Ellos representaban un punto de equilibrio entre el caos y la paz. A veces, marcaban el inicio de un nuevo ciclo de vida terrenal, un nuevo comienzo, una nueva esperanza, un maestro para aquellos que quisieran trascender el apego a lo material y construir un mejor futuro. Un regalo de la Fuente Suprema dado cada mil años. David se mostró distante con ellas y no quiso hablarles. Su madre, Juana Castillo, observó su comportamiento y lo reprendió por su descortesía, pero Lola le hizo ver que tal vez estaba aburrido, a lo que el asintió inclinando su cabeza hacia adelante sin musitar palabra alguna.

Isabel observó que Juana armaba unos canapés y se ofreció a ayudarla, tenía preparaciones de camarón, de pollo y de varios quesos, también pimientos, cebollitas y tomates confitados. La mujer alta, de piel oscura y risueña, consintió porque sabía que a Isabel le encantaba la cocina; en más de una ocasión se había quedado con ella y otras mujeres de la isla viéndolas preparar sus dulces ancestrales. Lola se sentó al lado de David y cuando lo vio a los ojos negros y grandes que hablaban por sí solos, una risa melódica y pueril resonó hasta en las ollas y calderos que colgaban en el centro de la cocina. David, aún sonriendo, posó su pequeña mano sobre la de ella y le transmitió una paz que no sentía desde que había asumido la existencia física. Todas sus dudas se disiparon y constató que en su camino ya no la necesitaba.

El entusiasmo se avivó, cuando Lola e Isabel llegaron con los pasabocas que empezaron a disfrutar de inmediato con limonadas de coco y de cereza. La música y la brisa salobre se sumaron al licor para alentar a la pasión a unos y a otros.

Camilo necesitaba respuestas. El día de la cita se vistió de camiseta y mezclilla y su colonia preferida lo acompañó con mesura. Se sentó en la heladería y pidió un poco de agua. El plan de ese día era comer helado, caminar un rato por el centro y quizás ver una película aprovechando el mítico festival de cine que ya había empezado en la

ciudad. Pero nunca llegó. Y su consuelo fue un enorme helado de vainilla francesa con pistachos como aderezo. La semana pasó sin disculpas ni explicaciones. Ni una sola palabra. Aunque pretendió echar todo al olvido, en verdad, se sentía muy atraído por ella, sobre todo esa noche que se veía más alegre y extrovertida.

Isabel, como si hubiera leído sus pensamientos, se puso de pie, lo tomó de la mano y lo arrastró a la ronda que tenían formada, empezó a bailar en torno a él y después para sorpresa de todos, lo besó, apasionadamente, quitándole el aliento. Isabel solo entonces supo el error que había cometido: Sintió el dolor que le causaría a Camilo porque sus sentimientos eran sinceros y ella no podía corresponderle. Isabel nunca había sido feliz en este mundo y lo que más anhelaba era por fin dejar su vida y regresar a donde pertenecía. Sin saberlo, había alimentado en Camilo una esperanza que haría languidecer su espíritu. Lo besó en la mejilla y volvió al sofá para seguir bebiendo porque ya nada podía hacer. Lo único que le importaba era regresar con su protegida al mundo etéreo para seguir custodiando las almas transeúntes.

Lola sintió que Isabel estaba por primera vez, en cientos de años, dejándose tentar por las emociones humanas y en cierto modo la compadecía ya que la vivencia del amor, si bien podía ser multi-gratificante, también podía ser en extremo dolorosa. Ahora ella misma se encontraba entre dos sentimientos; Alejandro a quien temía y Matías que le generaba intriga porque le hacía sentir emociones intensas y cálidas, como si fuera un océano de aguas turbulentas en el que pudiera navegar sin temor a naufragar física y espiritualmente.

...

*Hacia el silencio, enérgico y absoluto, de tu mirada... camino.
En el perfume de tu presencia transparente yace
tu sonrisa irónica.*

*Mi piel templada agoniza entre tus dedos...
Celebrando la muerte de mi voluntad,
recorres anturios diminutos empapados en mi existencia.*

15. Renuncia y liberación

La oficina de Andreas era absolutamente blanca, no solo las paredes, el techo y el piso, sino los muebles y hasta las flores. El único óleo que colgaba de la pared, detrás del escritorio, era un mar vivo pincelado en todas las tonalidades de azul con olas blancas vibrantes. Matías y Andreas se habían reunido allí para discutir el pago de la mercancía. La confirmación de la venta de los artefactos era una prueba ineludible de su cruel y despiadado negocio; la aniquilación de inocentes de manera efectiva y rápida. La discusión sobre los términos de la venta se interrumpió por una voz conocida para Matías.

—Hermano, lo que pides es excesivo.

La silla parecía esconder a alguien que estaba de espaldas admirando el oleaje surrealista.

—Estoy de acuerdo. Es demasiado —dijo Andreas, mientras Alejandro se ponía de pie con un vaso de whisky en la mano.

—Además, sabes que no tienes a quien venderle. Nuestro interés es lograr una gran reserva, en espera de que nuestros “buenos amigos” logren desestabilizar de nuevo este país y en ese momento vender a los precios que tú nos pides ahora —dijo Andreas

—Hermanito, sin guerra no hay negocio. Vivimos de ella.

—Nosotros estamos acelerando las cosas... Pero... toma su tiempo —dijo Andreas mientras Matías se acercaba a la ventana.

—Y los clientes que hay no justifican ese volumen de compra. Para nosotros, ahora mismo, esto es una inversión y lo que sacamos al exterior... es de otra calidad —dijo Alejandro ya junto a Andreas.

—Inversión a corto plazo, eso esperamos. Y, además, estamos en familia, Matías —dijo Andreas con una enorme sonrisa mientras se acomodaba en el escritorio.

Matías estaba consternado, no podía pronunciar palabra alguna. Su hermano... Todo lo que hice para protegerlo, pensó, resultó inútil.

La guerra había terminado por envolverlos a ambos en su manto de sangre y horror. Alejandro era el protegido de Andreas. Se había hecho cargo de él desde los doce años, cuando asesinaron a sus padres, educándolo en los mejores colegios, la mejor universidad y lo había convertido en algo parecido a un hijo, pero para sus propios intereses. Aunque lo complacía en muchos caprichos, de forma sutil lo conminaba a responder a sus exigencias, supuestamente, en beneficio de ambos. Al mismo tiempo, eran más que padre e hijo, eran cómplices en todo; hasta el punto de enamorarse y pelear por la misma mujer. Alejandro era la otra ficha que buscaban. Las multimillonarias cuentas extranjeras que por varios años habían rastreado estaban a su nombre. Había aprendido bien a no despertar la más mínima sospecha. A caminar entre sombras...

Todo lo que hablaron fue escuchado a kilómetros y el ardid había resultado. La tragedia de su vida estaba a punto de cerrarse porque ya tenían todas las pruebas que necesitaban y en menos de media hora el islote estaría rodeado por fuerzas especiales del estado. Matías temía no solo por su hermano, sino por todos los que estaban en la isla... Y a su mente llegó la imagen de Lola como un delirio, como una ráfaga, como

una luz en medio de las tinieblas que ensombrecían toda su existencia.

—Está bien. Hagamos el trato —dijo Matías, aunque por dentro sentía ira y culpaba a Andreas de todas sus desgracias.

—Permítanme un momento, por favor —les dijo Andreas mientras atendía el teléfono y parecía alterarse con cada palabra que escuchaba.

—Los planes van a cambiar, ligeramente —dijo Andreas mientras le hacía señas con los ojos a Alejandro y sacaba un arma del escritorio.

—Matías, Matías... Tienes que ser tú... Eres un traidor —le dijo mientras le apuntaba y le indicaba a Alejandro que lo revisara.

Alejandro encontró la evidencia y la arrancó de la piel de Matías. Buscó otros dispositivos, pero solo halló unos cables mínimos con un micrófono de última tecnología y su arma. Matías no hizo ningún esfuerzo por defenderse. Se sentía derrotado, veía como su vida se reducía a la nada y toda su lucha se traducían en fracaso. La información era precisa; faltarían como mucho veinte minutos para la emboscada.

Andreas no estaba preocupado por la temporalidad de la situación, lo único que le importaba era Lola. Necesitaba enfrentarla a Alejandro y a Matías, pues no veía otra manera de hacerla regresar al mundo al que pertenecían. Y una sola mirada de Andreas bastó para que Alejandro, con la mayor frialdad del mundo, tomara el arma de su hermano y le disparara causándole una herida casi mortal.

Lola en medio de la música y del bullicio sintió que la energía de alguien se disipaba y vio cómo el brillo de los demás languidecía, pues todos los seres vivos para bien o para mal están conectados entre sí en una sola energía, una sola naturaleza. Supo de inmediato de dónde provenía el cambio y se apresuró para llegar... sentía como si una parte de ella estuviera a punto de extinguirse. Andreas sonrió cuando la vio cruzar la puerta y encontrarse con los ojos de Alejandro.

—¿Qué hiciste?... ¿qué hiciste? Es tu hermano —gritaba Lola mientras se tiraba al lado de Matías —. Eres un monstruo Alejandro, ¿cómo pudiste?

Alejandro se enfureció y tomó a Lola del brazo, tratando de separarla de Matías, pero su fuerza sobrehumana se lo impidió. Cuando la miró a los ojos, sintió un intenso temor porque una extraña conexión surgió entre ellos y pudo trasladarse en el tiempo con ella donde tenía otros rostros, otras voces, otros matices... Y se desplomó a su lado, atónito, casi exánime.

Andreas se levantó y caminó hasta ellos. Observó la escena en la que los tres estaban entrelazados en una sola energía de tonos blancos, violetas y rojos. El tiempo se detuvo a su voluntad y el espacio se convirtió en una horda frenética de destellos sin dirección, que solo existían para él y ella. Acarició con ternura su rostro y la hizo levantar la mirada para que naufragara en sus ojos mientras le revelaba quien era en verdad. Lola sintió horror al descubrir, lo que se escondía dentro de él.

—Mi amada Xhynnanha, otra vez estamos juntos, unidos por tu amor a este mortal cuya pureza del alma se ha desdoblado y solo habita en uno de los dos. Mira el resultado de tu intransigencia. Uno de ellos podría ascender en unas cuantas vidas y al otro lo único que le queda es esperar un nuevo ciclo de reinicio terrenal, quizás en mil años porque su alma es casi bestial, yo diría que ni siquiera es humano.

—Todo este tiempo. Supiste engañarme con tanta facilidad. —Se lamentó Lola con lágrimas en los ojos.

—Dame tu mano y retornemos. Tú y yo somos todo y nada. Nos necesitamos mutuamente. ¿De qué te ha servido luchar por este capricho absurdo? ¿Cuánto has sufrido por nada?

—Regresar contigo, que eres todo cuanto aborrezco. El odio, el caos, la guerra, la muerte... No... No... Prefiero mil veces renunciar a todo lo que soy y renacer una y otra vez, hasta que pueda reencontrarme con mi esencia...

Lola unió las manos de los hermanos y fundió sus almas en el cuerpo de Matías, sacrificando su inmortalidad al violar el libre albedrío de los hombres. Andreas no tuvo tiempo de reaccionar. Cuando vio su lucha perdida, aunque quiso destruirla, supo que no tendría sentido. Ella misma había decidido su camino. Y un torbellino de tonos violetas y naranjas envolvió el cuerpo de Andreas, al tiempo que el sonido de proyectiles se descargaba sobre su humanidad. Se había marchado, pero su cuerpo quedaría como testigo de su existencia física. Los compañeros de Matías habían llegado al islote sin causar estragos ni desastres. En sus conteos, solo quedaron registrados Andreas y Alejandro. Matías estaba muy mal herido e inconsciente y la versión de la historia que sobrevivió fueron los fragmentos de lo evidente. Esa trágica noche quedaría en la memoria de todos, como una de las interminables anécdotas de Paloma.

Xhynnanha había decidido afrontar la existencia física sin ninguna ventaja, como cualquier mortal, pero con la seguridad de encontrarse con Gabriel todas las veces que renaciera y el regalo de amarse todas las vidas posibles que se dibujaran a través del tiempo y del espacio sin importar los laberintos escritos por el destino...

Addendum

Desde aquí puedo observar todo. La vista es única. Los transeúntes tienen una energía multicolor y sobresale el tono de su estado. Algunos permanecen mucho tiempo con un tono subido de rojo-naranja y otros son verdes, o violetas, pocos son azules. Las formas de algunos son más armoniosas y es el resultado de cómo se ven a sí mismos. Sin embargo, no es trascendente. Incluso para mí es difícil de entender. Algunos nos llaman dioses. Pero somos mucho más que eso. El concierto de voces de los transeúntes, a veces me transporta al mundo físico, imaginándolo. Nunca lo he visitado. He escuchado que es insufrible. A veces siento pesar por los transeúntes; son almas¹ que vienen y van en un ciclo que solo termina cuando alcanzan la pureza de su energía, es decir, liberan a su espíritu². Es un proceso depurativo que puede llevar muchas existencias corpóreas y los actos de cada quien, definirán su ir y venir entre este Universo etéreo y el Universo físico. Algunos vagan eternamente sino se concientizan de su propia realidad, de su trascendencia. (Su apego no tiene límites y se atan irremediabilmente a lo físico.) La fragilidad y lo sublime del universo terrenal es vital para ambos mundos, pues coexisten en una franca simbiosis, nutriéndose como una sola estructura, así como el alma y el cuerpo, pero en dimensiones infinitas.

El Universo etéreo es como un reflejo del Universo físico, dotado de una extraordinaria naturaleza plena de bosques, mares, montañas, lagos y ánimas³. Es la vida misma hecha energía, sin sufrimientos ni ataduras físicas. Es un todo y un absoluto. El infinito al que se llega para culminar el ciclo de la vida terrenal, que empieza y termina, una y otra vez, porque es el equilibrio entre la energía y la materia lo que garantiza la supervivencia de ambos universos.

La regencia del Universo etéreo sobre el físico no lo excluye de seguir leyes que deben respetarse y protegerse. Por ello, es obligación de los guardianes vigilar el orden en el valle de transición⁴ para evitar la anarquía y asegurarse de que las almas sigan su camino de aprendizaje, de manera que no se estanquen y sigan fluyendo libremente. Ellos, los guardianes, no toman apariencia alguna y son visibles como destellos de luz azulosa. Algunos han existido por siempre y se encargan de custodiar el más valioso tesoro de estos dos mundos; las almas en tránsito.

En ocasiones, algunos que han alcanzado cierto nivel de comprensión son separados del Valle de Transición para compartir tiempo con nosotros. Estas almas son elegidas de acuerdo a sus atributos y sus potencias, para transmitirles dones de sabiduría y bondad, de forma que sean fuente de esperanza y de luz en el mundo terrenal dominado por el apego y la falta de altruismo. Son almas viejas, muy antiguas en su trasegar y algunas de ellas, sino se envilecen en el ciclo etéreo—corporal pasan al siguiente nivel para seguir avanzando, hasta llegar incluso a ser una deidad. El ciclo de vida y muerte es un ciclo infinito que cada cierto tiempo queda en “suspensión”, cuando el mundo terrenal se auto aniquila producto de las guerras o virus mortales, pero nuevamente florece para mantener el equilibrio entre los dos mundos.

Mi nombre es Xhynnanha y soy una de las deidades que gobiernan el mundo etéreo. No soy como otros que han llegado a esta dicha, luego de tortuosos sufrimientos. Cada

vez que nace un nuevo Universum⁵ brota de la Fuente Suprema una energía pura, blanca y absoluta que sobrepasa todo conocimiento y sabiduría. Está por encima del bien y del mal. Y de inmediato empieza a ocupar un lugar predestinado en el Universo etéreo con incontables poderes que usa guiada por el Xián⁶. Es a través de este estado que puede conectarse con otras deidades, sentir el flujo de energía del Universo físico al etéreo, apreciar la alegría y la tristeza de los terrenales⁷, percibir los pasos sobre la arena de los mares o escuchar los susurros del oleaje en medio de la multitud. Es un estado de comunión entre los dos universos en que la deidad es el conducto de todo lo que fluye entre ambos. Sin embargo, solo tienen ese poder las deidades que, por un evento cósmico del azar, brotaron directamente de la Fuente Suprema. Así fue mi nacimiento. Un hecho de incomparable serenidad y belleza que incluso fue detectado por los terrenales (lo que ellos interpretaron como el nacimiento de una estrella).

Todas las deidades, sin importar sus diferencias o sus egos, acuden a contemplar la maravilla naciente. En realidad, saben que también recibirán destellos de sabiduría y belleza para su regencia. No es nada altruista. Son guiados por las reverberaciones que se expanden a través de todo el Universo etéreo, no importa si tienen que surcar constelaciones y galaxias para llegar hasta ese momento sublime, donde todos pueden regocijarse y presentarse ante la nueva deidad. Inicialmente era una masa amorfa de destellos, pero con plena conciencia y lista para desarrollar toda mi potencialidad. Fui depositada sobre un pináculo desde donde podía observar a los visitantes. Debía adoptar una apariencia, pues aun cuando somos energía pura, nos hacemos tangibles en la forma y color de nuestra preferencia. Los visitantes tenían, a pesar de ser tan diferentes, formas concretas que simulaban las de los terrenales.

Mi cabello es púrpura así como mi vestimenta que tiene todas sus tonalidades; lila, malva, violeta, magenta. Mis ojos, aunque cambian de tono, la mayor parte del tiempo son índigos. Mi tez es dorada, a veces clara, otras veces más oscura. Nos gusta jugar con nuestra apariencia, en realidad es más una diversión que una imposición, además, no tiene relevancia en este Universo. Mi rostro puede ser el de cualquier humana, pero es mi serenidad y mi sabiduría la que trasciende de manera que no importa mi apariencia, pues a veces adopto la apariencia de un frondoso árbol y permanezco en contemplación por *kronias*⁸.

Para los terrenales es diferente, su historia está marcada por las diferencias, por su limitada visión de lo material como un todo. Han diezmado miles de miles, sin permitirles que crecieran, que aprendieran en esa vida que tenían, únicamente porque su apariencia era diferente. (Cada oportunidad de vida es única e irremplazable, quizás ese sea el momento de trascender, de llegar a la conciencia absoluta para, al fin, abandonar el ciclo de nacimiento-muerte.) Y para aquellos que asesinan se multiplican sus sufrimientos en su siguiente existencia. No solo por segar la vida de otro, sino por asumir el papel de un Dios, que delibera, juzga y mata en función de su obtusa y ciega realidad. Ese es el peor de todos los errores: enaltecerse y endiosarse. Es un camino en el que todos pierden. Hasta nosotros las deidades. La energía horrible de esos seres, no aporta nada al mundo etéreo. El rojo y el naranja de su energía quema, intoxica. A veces obliga a separarlos de los otros transeúntes. Son una verdadera calamidad. De esta manera, aquellos que están próximos a alcanzar su energía blanca son llamados a compartir con algunos de nosotros para evitar que se contaminen. Pero también son

llamados para guiarlos y disfrutar de su sabiduría. En mi palacio habitan: una Iluminada⁹ cuya energía es blanca, pero que está a la espera del evento cósmico que la ascienda a la dicha sin fin, y dos transeúntes de energía azulosa que quizás logren liberarse por completo en su próxima existencia. Algunos están predestinados a regresar en pares. Si en su forma corpórea encuentran su complemento¹⁰. Si contra viento y marea, logran hallarlo entre miles de voces. Si juntos logran ver el pasado, el presente y el futuro como uno solo a través de todas sus existencias corpóreas. (El tiempo, realmente, no tiene dirección, es solo una falacia producto de la ilusión del Universo físico.)

En el mundo terrenal, estos transeúntes han sido seres verdaderos, libres de todo apego en sus últimas vidas, consientes cada vez más de su realidad. Han iniciado la comunión con su espíritu, el espíritu del otro y el espíritu de la naturaleza. Han avanzado mucho; saben que en el amor están todas las respuestas y su vida es franca y honesta, de manera que los demás los reconocen como maestros o guías y los buscan porque su energía transmite paz y alegría; en ellos se puede descansar la mirada y recibir un cúmulo de felicidad que traspasa las fronteras físicas, para regocijarse en la tranquilidad y la esperanza de que todo será mejor.

El más puro es Gabriel¹¹. Ha surcado el mundo terrenal como una luz casi desde el principio, transitando muchas vidas; como poeta, matemático, sacerdote, asceta, filósofo y mártir. En su vida anterior era un hombre santo. Cuidaba a los enfermos de peste. Les daba alimento, jugo de escaramujo y esperanza para soportar el sufrimiento. Regalaba a las familias una pócima para protegerse contra la pestilencia; vinagre de salvia, tomillo, romero y lavanda. Su santidad le permitió sanar y mitigar el sufrimiento de muchos abandonados a su suerte. Meses antes de morir, ya poseía el don de la profecía que le permitía ver el futuro unido al presente.

Paul muy pronto volverá al Valle de Transición. Pienso que tal vez esta será su última existencia corpórea. Fue llamado a vivir aquí conmigo, mucho antes que Gabriel. En su vida anterior se había dedicado a pregonar la igualdad entre los seres humanos y a difundir un mensaje de lucha por sus derechos en un mundo caótico donde los siervos eran esclavos a merced de los caprichos de un gran Señor. A punto de iniciar una revuelta, uno de sus amigos lo vendió a él y a su familia por unas cuantas monedas. Su valentía lo llevó a la muerte. Su esposa murió después que él y aquí la ha estado esperando. Los complementos una vez se encuentran siguen reencarnando juntos. Un poco antes, un poco después, pero con el tiempo suficiente para hallarse y entregarse a la vivencia de la felicidad plena. He aprendido mucho con él, con su extraordinaria capacidad para sobrellevar las dificultades. A pesar de que la vida terrenal es en verdad muy dolorosa, me ha enseñado a través de sus relatos agónicos y mágicos que con paciencia y esperanza, poco a poco, todo se puede ir superando. No creo que yo pudiera sobrevivir a tanta maldad y seguir aún sonriendo, como lo hace él. Estoy segura que voy a extrañarlo. Pienso que de vez en cuando seguiré sus pasos, desde aquí, porque es un alma pura y no merece más tormentos.

Marienne, la iluminada, es un ser radiante que transmite paz y aprende muy rápido. Me suele contar que su vida en el mundo terrenal no era agobiante, más bien era feliz, sobre todo cuando compartía con otros sus habilidades especiales, a pesar de que terminaron llevándola a la hoguera. Ella era capaz de ver el pasado y el futuro de los

terrenales con solo tocarlos y mirarlos a los ojos. Lo hacía gratuitamente, pero a veces le regalaban animales, objetos y monedas, y esto empezó a molestarles a algunos que la acusaron de brujería. Tendría quizás catorce años cuando un grupo de aldeanos temerosos de su poder la sacaron de su casa, en medio de los gritos y el llanto de sus hermanos y su madre. No bastaron las suplicas ni su edad ni el respeto de su familia. Nada pudo salvarla de las llamas. Fue ahí, justo en ese momento, que comprendió su realidad y pudo ver una a una todas sus existencias corpóreas: como hombre, como mujer, como ambos. Había amado muchas veces, incluso con entrega, pero su complemento no habitaba el mundo terrenal y como no necesitaba hallarlo para abandonar el ciclo de nacimiento-muerte, durante el martirio, en el momento de la revelación, no sintió dolor y trascendió la existencia física despertando en el Universo etéreo como un halo de luz blanca satinada. Aquí está conmigo desde que abandonó la vida terrenal. Sin embargo, ella por ser una iluminada, si así lo desea, pueden encarnar durante breves períodos en el Universo físico, bien sea para aprender o servir de guía a quienes lo necesiten.

El Valle es un lugar de contemplación rodeado de la espesura de miles de árboles frondosos llenos de luz violeta y blanca, con tintes azules. Los amrites¹², sus frutos, son una fuente de placer única porque permiten interconectarse con otros mundos, con otras formas de sabiduría y solo están reservados para las deidades. Únicamente crecen allí por la cercanía de las almas transeúntes que con su estancia dispersan gotas de energicum¹³ necesarias para nutrir y fortalecer los frutos custodiados por ánimas ya *ad portas* del Universo físico. Los transeúntes descansan bajo su sombra en medio de charlas y juegos o sumergiéndose en el río multicolor que atraviesa el valle o retozando en las turmalitas¹⁴ gigantescas que son bañadas por La Cascada de la Vida¹⁵, cuyas aguas sanan las heridas espirituales que les ha dejado el mundo terrenal. Es un paraíso donde aprenden y desaprenden en un intento por renovarse y enfrentarse a su nueva existencia corpórea porque cuando nazcan serán seres nuevos, llenos de inocencia y amor, pero será su fortaleza la que defina su respuesta ante la adversidad o el hedonismo de las circunstancias para redimirse o condenarse. En principio, todos los transeúntes son tratados como iguales, pero los rojos o anaranjados, que están iniciando su proceso, son muy inestables y tienden a agredir a los azules o a los violetas o a los verdes, por ello los Guardianes se concentran en ellos tratando de sanar su dolor brindándoles amor y compasión. A ellos no se les permite descansar al pie de los árboles porque los contaminarían con sus emociones primitivas y negativas, pero si pasan la mayor parte del tiempo en La Cascada o en el lecho del río.

La conciencia de lo que han hecho y el saber que sus próximas existencias serán muy desafiantes los consterna y los hace muy débiles; de manera que, su proceso de reencarnación, al que le temen, se vuelve muy caótico. Pero es su destino y nada puede evitarlo. Llegado el momento, los transeúntes (aunque algunos traten de resistirse) son conducidos a través de una gruta en la que entran en un estado parecido a la muerte terrenal y todos sus recuerdos y potenciales son atados a su espíritu, pero no a su alma. Por ello, solo cuando son capaces se separan cuerpo y alma en su forma terrenal (liberando su espíritu), es que pueden superar la existencia corpórea, al ver más allá de lo evidente y lo tangible. Sin embargo, habrá momentos o breves transiciones en las que algunos podrán percibir esos recuerdos a través de sensaciones

que interpretarán como casualidades o engaños de su propia mente. Hay situaciones especiales que solo las define la gran Fuente Suprema. Todavía no he sido testigo de tales aberraciones. Sin embargo, es posible que un alma se disperse y se le niegue toda posibilidad de crecimiento, de retornar por completo al Universo etéreo. La tendencia hacia la oscuridad de estas almas dispersas las atará por siempre al Universo físico y es probable (ya que reencarnarán a destiempo) que en algún momento se reencuentren consigo mismas sin ser conscientes de ello, sin la menor posibilidad de autoreconocerse y liberarse de la condena infinita.

Todas las deidades cumplimos una misión. Mi labor es dispersar la semilla del amor en el mundo terrenal. Es cierto, no he visitado el mundo terrenal, pero puedo verlo a través del Gran Lago de la Sabiduría. En este lago paso la mayor del tiempo observando, deliberando, pero sin violar el libre albedrío. Porque el amor es un sentimiento o un destello de luz que emana belleza y beatitud, que cuando es compartido trasciende todas las dimensiones. Y que es libre de ser recibido o rechazado. De esta manera, los seres terrenales pueden decidir si viven o no el obsequio. En una sola mirada el alma se traslada al cuerpo del amado por fracciones de segundo y, más allá del tacto, se vivencia por la fusión de las almas en un estallido único, que libera la más poderosa energía, capaz de suplir de forma infinita al Universo etéreo.

Faltan unos kronias para unir mi existencia a Cthammhuz. Aquí, en el universo etéreo, también hay un orden de las cosas. He postergado mi traslado a su palacio por eones¹⁶ y aunque es lo que determina la Fuente Suprema, me cuesta mucho aceptarlo. Es la deidad del caos y la guerra, del odio y la desesperanza, de la muerte y la destrucción. Su poder es muy superior al mío y entre todas las deidades que podrían complementarlo me escogió a mí, pero su energía no me permite llegar al Xian; todo a su alrededor se trastoca. Fue el día de mi nacimiento. Ese día fue la primera vez que dejó de sentir el desasosiego que a veces lo martiriza porque él es lo que es, no por decisión propia, sino por el azar. Y fue el azar lo que lo condujo a mí, a mi esencia... su total y absoluto opuesto. Ha sido paciente conmigo como muestra de su sincero interés. Me ha colmado de amrites y de destellos de energía fulgurante, que veo desde mi horizonte cuando quiere congraciarse conmigo. Pero no quiero estar a su lado. A su lado no siento paz. Me roba mi serenidad. Inexplicablemente, solo al lado de Gabriel me he sentido extasiada, pero él es mortal y hasta pensarlo es contra la ley.

En algún momento, cuando me acompañaba a meditar a la orilla del Gran Lago de la Sabiduría, algo sucedió espontáneamente: Pude conectarme mucho más rápido al nivel superior del Xian y ver otros mundos físicos, diferentes al terrenal, habitados por seres extraordinarios de nuevos pluriversos. Lo más sorprendente aquella vez fue que Gabriel también alcanzó a verlos. Nuestra conexión creció, sin límites, desde aquel entonces junto con la necesidad mutua de la cercanía.

¿Un mortal? ¿Acaso podía ser cierto? Tal vez Gabriel estaba *ad portas* de ser pronto un iluminado y dada la pureza de su energía existía la probabilidad de que se convirtiera en una deidad, pero... nada lo garantizaba... si su vida terrenal se dispersaba de alguna forma por cuenta de su libre albedrío... todo lo que había ganado podía revertirse... Y le tomaría más vidas...

Marienne tan asertiva intuía mi pesar y mi infelicidad, porque mi energía se notaba por momentos sin destellos, opaca... y temía por mis volatilidades... Antes de cometer mi crimen, ya lo había visto todo...

Me vio darle de comer de los amrites a Gabriel... pretendí atar sus recuerdos a su alma para que no torciera sus caminos y en su siguiente reencarnación alcanzará la iluminación. Lo quería desesperadamente a mi lado...

Cthammhuz, que me espiaba a través de sus ubiqüitas¹⁷, presencié todo lo que hice y cuando estalló en cólera me delató ante la Fuente Suprema... Mil sufrimientos nos esperarían a Gabriel y a mí a partir de ese momento...

¹ Energía que depende de la existencia física y de cada una de sus oportunidades de vida terrenal.

² Energía que es común a todos y no depende de la existencia física. Está subyugada por el alma. Solo es liberada cuando se alcanza la iluminación.

³ Estos son formas energéticas que brotan espontáneamente de la Fuente Suprema, pero con un nivel casi exiguo de entendimiento que viven cierto tiempo en este Universo, hasta que se incorporan al Universo físico como plantas o animales y siguen su camino hasta convertirse en terrenales sin transgredir los ciclos de nacimiento y muerte del mundo físico.

⁴ Sitio donde las almas en tránsito esperan su reencarnación.

⁵ Conjunción de un Universo físico y otro etéreo, que no pueden existir independientemente y hacen parte como una unidad dentro del pluriverso.

⁶ Estado de hiperconciencia al que solo pueden acceder las deidades mediante la suprameditación.

⁷ Se refiere a la existencia corpórea en la cual habita el alma y sufre los ciclos de nacimiento y muerte en el mundo terrenal (humanos).

⁸ Unidad de tiempo que puede corresponder a un día, una semana, un mes o un año terrenales, porque el tiempo en el Universo etéreo es inconmensurable.

⁹ Se refiere a aquellos seres espirituales que alcanzaron, a través de múltiples reencarnaciones, un nivel máximo de pureza. Lograron liberar el espíritu de su alma. La inmensa mayoría de los habitantes permanentes del Universo etéreo son iluminados. Pueden adoptar diversas apariencias de acuerdo a su predilección.

¹⁰ A veces es entendido como alma gemela. Para algunos su alma gemela está en la existencia corpórea para otros en el mundo etéreo.

¹¹ El nombre es dado de acuerdo a su última existencia corpórea.

¹² Frutos ovoides de color azul intenso, repletos de néctar que otorgan sabiduría, belleza y beatitud a las deidades.

¹³ Destellos energizantes que emanan de las almas transeúntes, que corresponden a sentimientos y emociones de su reciente existencia corpórea. Son como residuos que ya no les son útiles para su siguiente nacimiento, pero que son reciclados en el Universo etéreo.

¹⁴ Rocas multicolores. Son equivalentes a los cuarzos del mundo terrenal con los que están interconectadas, pero con una extraordinaria pureza y mayor poder de sanación.

¹⁵ Sus aguas son energizadas por las turmalitas y se reciclan contantemente, también alimentan el Gran Lago de la Sabiduría. Tienen poder de sanación espiritual y corporal. Si la Fuente Suprema lo consiente pueden ser obsequiadas por las deidades para dar la vida o sanar a los terrenales. Estos lo vivencian a través de los llamados milagros.

¹⁶ Unidad de tiempo que puede corresponder a millones de kronias.

¹⁷ Son ventanas minúsculas que le permiten ver todo lo que ocurre en el tiempo y el espacio, sin ser percibidas por otras deidades.

Índice

- [1. El guayacan rosado 7](#)
- [2. La isla de las Marías 15](#)
- [3. Culpa y tribulación 25](#)
- [4. Coincidencia o destino 43](#)
- [5. Cantarega 53](#)
- [6. Las visiones de marienne 69](#)
- [7. La escuela 83](#)
- [8. Andreas 99](#)
- [9. La historia de Patricio Gimenez 117](#)
- [10. Isabel y Camilo 127](#)
- [11. El jardín de Miriam 143](#)
- [12. La fiesta 157](#)
- [12. Lola 177](#)
- [13. Tormenta 193](#)
- [14. Almíbar de rosas 209](#)
- [15. Renuncia y liberación 219](#)
- [Addendum 229](#)